



MOAI



EDICIONES

# KEITH LAUMER

AL OTRO LADO DEL TIEMPO

**AL OTRO LADO  
DEL TIEMPO**

Keith Laumer



*Al Otro Lado del Tiempo (The other side  
of time)*

© *Keith Laumer, 1963*

© *De la presente traducción Salvador  
García Lea, 2016*

*Diseño de Portada: Antonio García  
Amos*

***Primera Edición Digital: Mayo 2016***

# ÍNDICE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Sobre el Autor

## CAPÍTULO I

Era una de esas tardes tranquilas de verano, cuando los colores de la puesta del sol parecían prenderse en el cielo más tiempo del que era de esperar en Estocolmo durante el mes de junio. Me encontraba de pie ante los ventanales, contemplando los matices rosa pálido, dorado intenso y azul eléctrico, notando en el cogote esa sensación que siempre me anunciaba problemas importantes e inminentes.

El teléfono sonó con estridencia al otro lado de la estancia. Batí el récord de carreras pedestres para llegar junto a

él. Levanté el instrumento, una pieza antigua estilo Imperial, de bronce, de la mesa del vestíbulo, y tardé unos instantes en hablar, a fin de estar seguro de que mi voz no sería chillona al decir «diga».

—¿Coronel Bayard? —preguntó una voz desde el otro extremo—. Le llama Freiherr von Richthofen. Un momento, por favor...

A través de la arcada de comunicación con el comedor, vi el oscuro resplandor de los cabellos rojos de Barbro que movía la cabeza dando el visto bueno a la botella de vino que le mostraba Luc. La araña de luces que colgaba por encima de su cabeza proyectaba suaves destellos sobre la

nívea mantelería, el fulgurante cristal, la antigua vajilla de porcelana y la plata reluciente. Teniendo a Luc como mayordomo, todas las comidas eran un festín, pero yo había perdido el apetito. Sin saber por qué. Richthofen era un viejo y querido amigo, así como jefe del Servicio de Inteligencia Imperial...

—Brion —inquirió la voz con ligero acento de Richthofen a través del acampanado auricular del teléfono Cerebro encontrarte en casa.

—¿Qué ocurre, Manfred?

—Ah... —tuve la impresión de que su voz sonaba un tanto tensa—. ¿Has pasado la tarde en casa?

—Llegamos hace una hora más o

menos. ¿Has tratado de localizarme antes de ahora?

—Oh, no. Pero ha surgido un asuntillo —hubo una pausa—. Brion, desearía saber si tendrías tiempo de dejarte caer por el Cuartel General del Servicio de Inteligencia Imperial.

—Por supuesto. ¿Cuándo?

—Ahora. Esta noche... —la pausa otra vez. Algo le preocupaba, cosa extraña de por sí—. Lamento molestarte en tu casa, Brion, pero...

—Estaré ahí dentro de media hora —dije yo—. Eso no va a gustarle a Luc, pero lo superará. ¿No podrías anticiparme algo de lo que ocurre?

—No, Brion. El teléfono no ofrece

entera seguridad. Pídele disculpas a Barbro en mi nombre... y a Luc.

Barbro se había levantado, rodeando la mesa. Ella vio mi cara.

—Brion, ¿quién ha llamado? ¿Pasa algo malo?

—No lo sé. Volveré en cuanto pueda. Tiene que tratarse de algo importante para que Manfred me haya telefoneado.

Avancé por el vestíbulo hasta mi dormitorio, me vestí con traje de calle, cogí una trinchera y un sombrero —las noches de Estocolmo eran frías —y salí Al vestíbulo delantero. Allí estaba Luc con un pequeño aparato de alambre elástico y piel.

—No voy a necesitarlo, Luc —dije yo—. Mi visita al C. G. es sólo de rutina.

—Más vale que se lo lleve, señor —el semblante huraño de Luc tenía la expresión acostumbrada de agria desaprobación, expresión que yo había descubierto que ocultaba una profunda lealtad. Le dirigí una sonrisa, cogí el revólver de resorte con su funda especial, retiré mi manga derecha y ajusté el arma en su sitio, verificando su funcionamiento, Con un leve movimiento de la muñeca, el arma pequeña de resorte —de forma y color de una piedra lisa y desgastada por el agua —se escurría de golpe hasta la palma de mi mano. Volví a meterla en su sitio.

—Sólo para complacerte, Luc. Volveré dentro de una hora, tal vez antes.

Salí a la luz de los cuadrados faroles de carruaje que proyectaban un nostálgico resplandor amarillo sobre la balaustrada de granito, descendí la ancha escalinata hasta el coche y me senté ante el volante de grueso reborde de roble. El motor ya ronroneaba. Avancé por la avenida de grava, dejando atrás los álamos de la verja de hierro abierta y salí a la calle empedrada de la ciudad. Más adelante, un automóvil estacionado junto al bordillo con los faros encendidos, se puso en marcha situándose en frente del mío. Por el retrovisor vi a un segundo

coche que doblaba la esquina, bastante distanciado de mí. El complicado emblema del Servicio de Inteligencia despidió reflejos diamantinos contra el sólido hierro forjado. Por lo visto Manfred envió una escolta para estar seguro de que llegaba al cuartel general.

Fue un recorrido de diez minutos por las calles amplias, de tenue iluminación de la vieja capital, parecido superficialmente al Estocolmo de mi continuo nativo. Pero aquí en el mundo Cero-Cero del Imperio, centro de la vasta Red de mundos alternos, revelado por el recorrido del M-C, los colores eran un poco más claros, la brisa del atardecer un tanto más suave, la magia de vivir un poco más accesible.

Siguiendo a mi escolta, crucé el Puente Norrbro, doblé a la izquierda entre columnas de granito rojo y penetré en una avenida corta, atravesando las verjas macizas de hierro forjado y dirigiendo un saludo con la mano al centinela de rojo que presentaba armas. Me detuve delante de las amplias puertas de roble barnizado guarnecidas de hierro y la placa de bronce que decía: «KÜNGLIGA SVENSKA ESPIONAJE», y el coche que me seguía frenó con un chirrido y las puertas se abrieron de golpe. Cuando salí de detrás del volante, los cuatro hombres de los dos automóviles ya me rodeaban en un semicírculo. Reconocí a uno de ellos, un operario que hizo de chofer para mí

conduciéndome a un lugar llamado Ruina-Insular Dos algunos años antes. Correspondió a mi saludo con la cabeza con una mirada impersonal estudiada.

—Le esperan en la suite del general Barón von Richthofen, coronel —dijo él. Solté un gruñido y subí la escalera con la curiosa sensación de que mi escolta se comportaba como una patrulla de agentes del Servicio Secreto que hubieran capturado a un elemento peligroso antes que como guardia de honor.

Manfred se levantó cuando entré en el despacho. Me dirigió una mirada singular, como si aún no supiera exactamente cómo exponer lo que tuviera que decirme.

—Brion, debo apelar a tu indulgencia —dijo—. Toma asiento, por favor. Algo de... de índole grave ha surgido —me miró con preocupada expresión. Éste no era el Von Richthofen sereno, tranquilo que estaba acostumbrado a ver en el curso de mis diarias obligaciones como coronel del Servicio de Inteligencia Imperial. Me senté, observando que los cuatro agentes armados se situaban cuidadosamente en la estancia y los cuatro que me condujeron a la oficina permanecían de pie en silencio.

—Adelante, señor —dije; asumiendo una actitud formal para ambientarme—. Entiendo que se trata de trabajo. Imagino que me dirás de qué se

trata a su debido tiempo.

—Debo hacerte algunas preguntas, Brion —dijo Richthofen, contrito. Se sentó y las líneas de su rostro revelaron de pronto sus casi ochenta años, pasó su mano delgada por sus cabellos gris plata y bruscamente se enderezó echándose hacia atrás en la silla con el aire resuelto de un hombre que ha decidido hacer algo y cuanto antes mejor.

—¿Cuál es el apellido de soltera de tu esposa? —preguntó vivamente.

—Lundane —contesté llanamente. Seguiría el juego fuese el que fuese. Manfred conocía a Barbro desde hacía más tiempo que yo. El padre de ella prestó servicios con Richthofen como

agente Imperial por espacio de treinta años.

—¿Cuándo la conociste?

—Hará cosa de unos cinco años, en el Baile Real de Verano, la noche que llegué aquí.

—¿Quién más estuvo allí presente aquella noche?

—Tú, Hermann Goering, el capitán jefe Winter... —nombré a una docena de los invitados a la alegre fiesta que terminó tan trágicamente con un ataque efectuado por miembros del mundo de pesadilla conocido como B-I Dos —. A Winter le causó la muerte una granada de mano que me estaba destinada — agregué.

—¿A qué te dedicabas... al principio?

—Era diplomático de los Estados Unidos hasta que tú, muchachos me secuestraron trayéndome aquí.

Esto fue un sutil recordatorio de que, fuera cual fuese el motivo de que mi más antiguo amigo en este otro Estocolmo estuviera interrogándome como a un extraño, mi presencia aquí, en el mundo del Imperio, fue idea sólo suya. Encajó la indirecta carraspeando y revolviendo un poco los papeles que tenía delante antes de proceder a hacerme la pregunta siguiente.

—¿Cuál es tu trabajo aquí en Estocolmo Cero-Cero?

—Me diste un buen puesto en el Servicio de Inteligencia como oficial de Vigilancia de la Red....

¿Qué es la Red?

El continuo de líneas alternas del mundo; la matriz de realidad simultánea...

—¿Qué es el Imperio? —me atajó. Se trataba de uno de esos interrogatorios relámpago destinado a embrollar el tema y hacerle olvidar el hilo del pensamiento, pero de ningún modo el interrogatorio amistoso que uno podía esperar.

—La imposición radiactiva de la línea-A Cero-Cero en la que se desarrolla el generador M-C.

—¿Qué significa la abreviatura M-C?

—Maxoni-Cocini, los nombres de esos tipos que lo inventaron allá por el 1893...

—¿Cómo se utiliza el efecto M-C?

—Es el impulso empleado para suministrar fuerza a los vehículos del tiempo de la Red.

—¿Dónde se realizan las operaciones Red?

En toda la Red, excepto Ruina, naturalmente...

—¿Qué es la Ruina?

—Toda línea-A dentro de millares de parámetros de la línea Cero-Cero es

ten infierno de radiación o...

—¿Qué produjo la Ruina?

—El efecto M-C erróneamente tratado. Vosotros, los tipos que estabais aquí en la línea Cero-Cero, erais los únicos en controlarlo...

—¿Qué es la línea Cera-Cero?

Agité una mano.

—Este universo donde ahora nos encontramos. El mundo alterno donde el campo M- C...

—¿Tienes una cicatriz en el pie derecho?

Sonreí ligeramente por el nuevo cariz del interrogatorio.

—Ajá, en el sitio donde el jefe

inspector Bale me dio mi balazo entre el dedo gordo y...

—¿Por qué fuiste traído aquí?

—Necesitabais que suplantara a un dictador en cierto sitio llamado Ruina Insular Dos...

—¿Existen otras líneas-A viables dentro de la Ruina?

Hice un signo afirmativo con la cabeza:

—Dos. Una es un lugar asolado por la guerra con una Historia Común de fecha de 1910; la otra es mi clima nativo, llamado B-I Tres...

—¿Tienes la cicatriz de un balazo en el costado derecho?

—No, en el izquierdo. También tengo...

—¿Qué es una fecha de Historia Común?

—La fecha de la cual divergen las historias de dos líneas-A diferentes.

—¿Cuál fue tu primera misión coma coronel del Servicio de Inteligencia?

Contesté a ésta y a otras muchas preguntas. Durante hora y media habló de cada faceta de mi vida privada y pública, hurgando en esos arrinconados y pequeños incidentes que sólo yo hubiera debido conocer. Y durante todo este tiempo ocho hombres armados permanecieron inmóviles, callados,

listos para actuar...

Fingir que aceptaba con indiferencia la situación empezó a fatigarme bastante cuando él, dando un suspiro, extendió las manos sobre la mesa. Tuve la repentina impresión y el sobresalto de que él acababa de deslizar una pistola dentro de un cajón que quedaba fuera de mi campo visual. Me miró entonces con una expresión más normal.

—Brion, en la curiosa profesión a la que ambos nos dedicamos, uno se encuentra obligado a cumplir con obligaciones desagradables. Haberte llamado para que vinieras... —hizo un signo a los tipos armados que esperaban, quienes se esfumaron en

silencio— ha sido uno de mis más ingratos deberes. Puedes tener la seguridad de que fue necesario y que el asunto, ha quedado solucionado a la entera satisfacción.

Se puso en pie, extendiendo una mano. Me levanté, notando bajo el cuello de mi camisa un gorgoteo reprimido de indignación. Acepté su mano, le di un apretón y la solté. Debió notarse mi reluctancia.

—Más adelante, mañana tal vez, podré explicar esta farsa, Brion. Esta noche te ruego que aceptes mis disculpas personales por la violencia y molestias que me he visto obligado a imponerte. Todo fue en interés del Imperio.

Hice algunos sonidos corteses, pero no entusiásticos, y me marché. Sabía que en cualquier uso Richthofen tuvo una razón para hacer lo que hizo, pero eso me sirvió de poco y no hizo disminuir mi curiosidad. Sin embargo, condenado me viera si iba a hacer yo alguna pregunta.

No se veía a nadie cuando me encaminé hacia el ascensor, descendí y salí al corredor de suelo de mármol blanco de la planta baja. Sonaban pasos apresurados al otro extremo del amplio vestíbulo. Se oyó un portazo con el eco singular de algo que ha concluido. Permanecí quieto, olfateando el aire como un animal antes de aventurarse en territorio nuevo y peligroso. Parecía

flotar un aire de crisis en el silencioso edificio.

Entonces me sorprendí olfateando con avidez. Olía a madera quemada y asfalto, un indicio de humo. Me volví hacia el lugar de procedencia con paso rápido, pero sin hacer ruido. Pasé por delante del pie de la amplia escalinata que subía hasta la sala de recepción del primer piso. Me detuve, giré sobre mis talones, fijos los ojos en un tiznón oscuro que resaltaba contra las deslumbrantes baldosas blancas del suelo. Falló poco para que no viera el segundo tiznón, a unos dos metros de distancia del primero, de color algo más claro. Pero la forma de ambas señales era evidente: huellas. En el corredor, un

poco más adelante había otra mancha, como si alguien hubiera pisado alquitrán caliente y fuera dejando un rastro.

Las huellas de pisadas avanzaban corredor adelante hacía la izquierda. Miré el pasillo débilmente iluminado. Todo parecía tranquilo como en una ocasión funeraria al cabo de algunas horas, y tenía el mismo aire de la ceremonia concluida y que va a repetirse.

Me adelanté e hice alto en el cruce, mirando en ambas direcciones. El olor era más intenso... ahora me recordaba el olor de pintura chamuscada. Doblé la esquina siguiendo las huellas. Algunos pasos más allá, en el corredor, había señales de una quemadura grande en el

suelo rodeada de huellas... muchas huellas de pies. Había también un salpicón de sangre y en la pared la marca ensangrentada de una mano que tenía doble tamaño que la mía. Debajo de un letrero que indicaba ESCALERA DE SERVICIO había una segunda marca ensangrentada en el borde de la puerta: la huella de una mano perfilada por pintura ennegrecida, ampollada. Se me crispó la muñeca. Un reflejo recordándome el revólver de resorte que Luc insistió en que llevara encima.

Dando dos pasos llegaría a la puerta. Extendí la mano para asir el tirador bruñido de bronce... y la retiré rápidamente. El tirador quemaba al tocarlo. Me enrollé la mano con el

pañuelo y conseguí abrir la puerta. Unos angostos escalones descendían entre las sombras y el olor de madera quemada. Iba a hacer girar el interruptor de la pared, pero, pensándolo mejor, no lo hice y, cerrando la puerta quedamente a mi espalda, inicié el descenso. Al pie de la escalera esperé un instante, a la escucha, después adelanté la cabeza para explorar el sótano oscuro... y quedé helado.

En la pared de en frente bailaban unas sombras imprecisas... unas sombras perfiladas en una luz rojiza. Seguí avanzando en ángulo recto, arriesgándome a echar otra mirada. A cincuenta pies de distancia, una figura llameante se movía con brusca

velocidad: era una figura que resplandecía en la penumbra como una estatua de hierro macizo al rojo vivo. Efectuó una breve y rápida carrerilla, con movimientos demasiados vivos para darle alcance, giró sobre sí misma, atravesó bamboleante el estrecho pasadizo y desapareció por una puerta abierta, como un monigote de papel del que tirasen de un cordel.

Noté de nuevo la crispación en mi muñeca y esta vez el revólver estaba en mi mano —sensación suave, confortante —apretado contra mi palma. Ahora el olor de humo era más penetrante. Miré al suelo y a la luz débil proyectada desde detrás de mi cuerpo, distinguí huellas ennegrecidas en las tablas de

madera. Se me ocurrió el pensamiento de retroceder, dar la alarma y volver con algunos guardias bien armados; pero fue sólo esto, un pensamiento. Avanzaba ya hacia la puerta sin gustarme mucho el asunto, pero tras la pista de algo que no admitía espera.

El olor llenaba el aire, espesándolo. Era ese olor a tela de una tintorería-lavandería en seco en dos horas, mezclado con la peste a metal caliente de una fundición y una ligera fragancia a leña otoñal quemada, para compensar. Me aproximé con sigilo a la puerta, de espaldas contra la pared, y franquéé las últimas pulgadas de separación como la oruga a la captura de una hoja tierna. Me arriesgué a lanzar

una rápida mirada al interior. El resplandor del intruso misterioso despedía extrañas sombras rojizas en las paredes de un almacén abandonado lleno de polvo, sucio, oscuro, donde había algunos escombros desperdigados que no fueron recogidos. En el centro de la habitación, el hombre ígneo se inclinaba sobre un cuerpo tendido, una figura gigantesca con un mono informe. Las manos del hombre ígneo —manos extrañas, resplandecientes, enfundadas en unos guanteletes toscos —daban tirones a su víctima con una más que humana destreza: acto seguido, se enderezó. No perdí el tiempo en quedarme asombrado ante el espectáculo de que su víctima aún no

estuviera muerta, y si yo le atacaba con la rapidez suficiente para aprovecharla ínfima ventaja de la sorpresa...

Me olvidé por completo del revólver de resorte. Crucé la puerta corriendo, abalanzándome sobre la figura que irradiaba calor como una pared tangible y la vi volverse con una rapidez increíble, en una fracción de segundo, levantar una mano —cinco dedos llameantes abiertos retroceder un paso...

De la mano abierta brotaron chispas rojas y largas que brincaron hacia mí. Como el nadador, suspendido en el aire al dar un salto, vi el resplandor eléctrico, oí el «¡pop!» cuando me cercaron los relámpagos en

miniatura...

Después, una explosión silenciosa convirtió el mundo en una blancura cegadora, despeñándome en la nada.

Estuve tendido larga rato, aferrado al vago sueño que era mi refugio contra el brumoso recuerdo de huellas candentes, una habitación desierta, y un fantástico hombre ígneo inclinado sobre su víctima. Gemí, buscando a tientas el suelo otra vez y hallando únicamente cemento duro y frío contra mi cara, una náusea en el estómago y el sabor a cobre en mi boca. Al encontrar el suelo, empujé con fuerza para apartar mi cara de la superficie arenisca, parpadeé con los ojos pegajosos...

La estancia se hallaba a oscuras, silenciosa, llena de polvo y vacía como una tumba saqueada. Utilicé el viejo zapato de tenis que alguien había dejado en mi boca en lugar de la lengua, lo froté contra los labios resecos. Hice uno de esos esfuerzos que en otras circunstancias dieron a ganar a tipos más afortunados que yo la Medalla del Congreso, y me incorporé sentándome en el suelo. En mi cabeza zumbaba un sonido parecido al eco de la Campana de la Libertad poco antes de agrietarse.

Maniobré para ponerme a gatas y, a etapas fáciles y sin prisas, me puse de pie. Olfateé el aire. El olor a quemado había desaparecido como la raya en unos pantalones de cuatro dólares. Y mi

presa no habla esperado a ver si yo me encontraba bien. El -o ello- se había largado hacía rato, llevándose consigo el cadáver.

Era muy escasa la luz en la escancie para permitirme ver un solo detalle. Hurgué en los bolsillos, extraje un encendedor macizo de poder y acero estilo Imperio, hice tres intentos, conseguí una humosa llama amarilla y bizqueé tratando de encontrar el rastro de huellas ennegrecidas que me revelaran la dirección que tomó el hombre ígneo al marcharse.

No había ni una sola.

Me encaminé hacia la puerta, buscando las muescas que había visto

previamente, luego volví, revolviendo entre las cajas de cartón vacías y los barriles de cera para el suelo. No había huellas de pisadas —ni siquiera del tipo antiguo— exceptuando las mías. El polvo era espeso, uniforme. Ni una marca que indicase el sitio donde antes estuvo el cadáver, ni un indicio de mi ataque a la carga a través de la estancia. Sólo los arañazos que hice al levantarme demostraban que yo no soñaba que existía. Siempre me pareció una tontería, ya que uno puede soñar un pellizco como puede soñar con una sensación más dulce. Pero con toda solemnidad cogí un pliegue de piel del dorso de mi mano y lo retorcí con fuerza. Casi no pude soportar el dolor.

Eso no probaba ni una cosa ni la otra. Me dirigí hacia la puerta como el hombre que va andando a la tienda de pompas fúnebres para ahorrarse el importe de su último viaje en taxi, y entré en el vestíbulo. Las luces estaban apagadas. Únicamente un resplandor tenue y fosforescente parecía emanar de las paredes y del suelo. No me produjo ningún sosiego ver el tablaje de madera. Las huellas ardientes eran oscuras, claras, chamuscadas. Ahora la superficie encerada relucía lisa, sin una sola marca.

El fuerte zumbido de mi cabeza habíase convertido en un susurro casi inaudible, como el de una mosca atrapada, cuando empujé la puerta

entrando en el vestíbulo de la planta baja. El globo de cristal lechoso suspendida del techo alto me miraba con un color azul eléctrico poco saludable. Una neblina negruzca flotaba en el aire quieto del corredor silencioso prestando un toque fúnebre a la vista familiar del suelo de mármol y las puertas barnizadas. A mi espalda, la puerta se cerró con un sorprendente estrépito metálico. Hice algunas aspiraciones de aire negruzco, pero no descubrí ni rastro de humo. Una mirada a la puerta me mostró algo que ya esperaba ver: la pintura oscura no tenía marcas de una mano llameante.

Atravesé el vestíbulo, empujé una puerta entrando en una oficina vacía.

Encima de la mesa escritorio, un pequeño cacharro de arcilla sobre un papel secante, lleno de tierra dura, cocida. A su lado, encima de la mesa, una hoja seca. El reloj de la mesa señalaba las doce menos cinco. Pasé la mano para coger el teléfono, pulsé varias veces la horquilla del aparato. El silencio del otro extremo del cable parecía una pared de hormigón. Pulsé de nuevo, sin provocar ni siquiera un chasquido en la línea,

Abandoné la oficina, probé en la contigua, con idéntico resultado. Los teléfonos estaban tan muertos como mis esperanzas de vivir hasta edad avanzada fuera de una celda de paredes acolchonadas.

Mis pisadas en el corredor tenían unas fuertes resonancias. Me encaminé a la entrada frontal, empujé la puerta maciza, me quedé parado en lo alto de los peldaños mirando hacia abajo a mi automóvil que seguía en el mismo sitio donde lo dejé. Los dos vehículos de escolta habían desaparecido. Observé que, más allá del coche, la Varita del centinela estaba a oscuras. También estaban apagados los faroles de la calle y se echaba de menos la alegre iluminación de las torres de la ciudad. Pero un fallo electrónico no podía afectar a las luces de carburo... Mis ojos se alzaron hacia el cielo; estaba negro, cerrado. Incluso las estrellas estaban complicadas en el apagón.

Subí al coche, hice girar el conector y pisé la palanquilla de puesta en marcha del suelo. No pasó nada. Murmuré algo desagradable y lo intenté de nuevo. No hubo reacción alguna. Tampoco funcionaba la bocina y al accionar el conmutador de las luces únicamente conseguí producir un seco «clic».

Bajé del coche y me quedé indeciso un momento; después eché a andar dando la vuelta al edificio en busca de los garajes de la parte trasera. Tragué saliva, deteniéndome antes de llegar allí. Estaban a oscuras, las puertas sólidas estaban cerradas y atrancadas. Di otro suspiro y por vez primera me percaté del olor rancio,

muerto del aire. Retrocedí a pie por la avenida de grava, pasé junto a la garita del centinela, inexplicablemente abandonada, salí a la calle. Se extendía entre las sombras, silenciosa y oscura. Como podía predecirse, no había taxis a la vista. Había algunos coches pegados al bordillo. Eché a andar hacia el puente y descubrí en su centro una forma oscura: un automóvil con las luces apagadas, atravesado. Por algún motivo, ese espectáculo me impresionó. Un pequeño sentimiento de inquietud empezó a suplantar a la irritada frustración que estuvo cobrando vigor en algún punto por debajo del tercer botón de mi camisa. Me aproximé al coche, miré a través de las ventanillas. No

había nadie en el interior. Pensé en empujar el coche a un lado de la calle, pero recordé el estado en que me hallaba y seguí adelante.

Había más automóviles abandonados en Gustav Adolfstorg, todos ellos aparcados de forma incongruente en el centro. Uno de ellos era un autocar pequeño y descapotable, de turismo. El conmutador de encendido y el de las luces estaban encendidos. Seguí adelante y verifiqué el siguiente. Los conmutadores estaban activos. Por lo visto esta noche había habido una epidemia de averías de encendido de los automóviles en la ciudad así como un fallo en las centrales eléctricas. Una coincidencia que no

mejoró en absoluto mi estado de ánimo.

Caminé a través de la plaza con su heroica estatua ecuestre, pasando por delante de la fachada oscura de la ópera House, crucé Arsenalgatan, doblé por la Tradgarsgatan y dejé atrás tiendas cerradas, yermas y descoloridas bajo una luz espectral como la de un eclipse. La ciudad estaba completamente inmóvil. Ni una brisa agitaba el aire sin vida, ningún zumbido ronco de los motores de automóviles quebraba el silencio, ningún eco de pisadas, ningún rumor de voces distantes. Mi primera sensación de vaga inquietud se desarrollaba rápidamente en un frío sudor de tamaño natural.

Acorté camino por el parque,

bordeando los escaparates atiborrados de objetos de artesanía provincianos, y apresuré el paso al cruzar una franja de barro endurecido.

El equívoco que había en todo aquello penetró en mi preocupación. Miré hacia atrás, a la extensión de tierra estéril, escudriñando el jardín... el jardín singularmente despojado. Había los senderos de grava, las pilas revestidas de azulejos —sus surtidores sin vida —la concha de la, orquesta, los bancos pintados de verde, los postes de faroles de acero que llevaban acopladas papeleras y horarios de tranvías pulcramente enmarcados. Pero ni un tallo de hierba, ni un árbol o matorral florido, ni rastro del magnífico macizo

de rododendros ganador de un premio que ocupó la sección de rotograbado de una popular revista una semana antes. Me volví para continuar andando, casi corriendo, convirtiéndose el desasosiego en un pánico indefinible que me oprimía la garganta y agitaba mi estómago como el agua de pantoque de una galera que se hunde.

Empujé las verjas de hierro de mi casa resollando con el ruido de una caldera hirviente, a causa de la carrera. Miré las ventanas negras, consciente del aire de abandono, desolación, vacío absoluto. Subí por la avenida, fijándome en la extensión de tierra que estaba cubierta de vegetación unas horas antes.

Donde hubo álamos aparecían ahora unos curiosos hoyos cuya negrura destacaba en el suelo gris. Únicamente quedaban algunas hojas desperdigadas para recordarme que allí hubo árboles. Resonaban fuertes mis pisadas en la grava. AL cruzar lo que antes fue césped, sentí que mis pies se hundían en la tierra seca y agrietada. Llegué a las escaleras y miré hacia atrás. La línea de mis huellas era el único indicio de que aquí existió vida anteriormente... Las marcas de mis pisadas y algunos insectos muertos debajo de los antiguos faroles de carruaje. La puerta, abierta. Entré, saboreando el silencio fúnebre, golpeándome dolorosamente el corazón en el pecho.

—¡Barbro! —grité.

Mi voz era un seco graznido, un graznido de miedo. Avancé corriendo por el vestíbulo sin luces, subí las escaleras de cuatro en cuatro, miré en la sala de estar y en el dormitorio. Solamente encontré silencio, una penosa quietud en la que los sonidos de mi presencia parecían levantar un eco de reprimido reproche. Abandoné la habitación tambaleándome, llamando a gritos a Luc, en realidad sin esperar una respuesta, gritando para romper el espantoso silencio y aniquilar el miedo a lo que podría hallar en las habitaciones oscuras, muertas.

Registré una habitación tras otra,

retrocedí, probando en los armarios, grité, abrí las puertas de par en par, sin combatir el pánico que iba atenazándome, pero desahogándolo con la acción violenta.

No había nada. Cada una de las habitaciones estaba en orden perfecto, cada mueble en su sitio acostumbrado, cada cortinaje discretamente corrido, intactos hasta el último libro, hasta el más pequeño adorno, pero encima de la repisa de mármol de la chimenea, el reloj de bronce estaba mudo, inmóvil su péndulo. Y en las macetas donde las plantas de amplias hojas dieron un toque de verdor a la sala, sólo había tierra reseca. Permanecí en el centro de la biblioteca oscura, clavada la mirada en

el brillo metálico del cielo nocturno, sintiendo que volvía el silencio como algo tangible y tratando de recobrar el dominio de mí mismo, aceptar la verdad: Barbro había desaparecido... junto con todo lo viviente en la capital Imperial.

## CAPÍTULO II

Al principio no reparé en el sonido. Estaba sentado en el espacioso saloncito, mirando la calle vacía al otro lado de los cortinajes de brocada, atento a las palpitaciones de mi corazón vacío...

Entonces se impuso: un golpazo distante, vago -pero un sonido- en la ciudad silenciosa. Me levanté de un salto, corrí hacia la puerta y me encontré en las escaleras antes de tener la idea de tomar precauciones. El ruido era más claro: una percusión rítmica parecida al ruido de pisadas de tropas, que se

aproximaban...

En ese momento les vi, un movimiento fugaz a través de los barrotes de hierro de la verja. Volví a entrar y en la penumbra les observé mientras pasaban de cuatro en cuatro, hombres corpulentos que llevaban monos grises, sin forma. Intenté calcular cuántos había. Tal vez doscientos, algunos cargados con pesadas mochilas, otros con armas parecidas a un rifle, a uno o dos de ellos les sostenían sus camaradas. Esta noche habían entrado en acción en alguna parte.

Pasó el último y entonces eché a correr por el sendero de grava. Sin abandonar el resguardo de los edificios que bordeaban la avenida, les seguí a

unos doscientos metros de distancia.

La primera impresión brutal había pasado dejándome una curiosa sensación de indiferencia. La indiferencia del único superviviente. La tropa entró en la Nybroviken: eran soldados de hombros anchos, huraños, una cabeza más altos que yo con mi metro ochenta y cinco de estatura, no cantaban ni hablaban... Sólo marchaban dejando atrás manzanas de calles, automóviles vacíos, edificios vacíos, parques vacíos... y un gato muerto tirado en el arroyo. Me detuve a mirar el patético cadáver contraído.

Doblaron hacia la izquierda entrando en la Uppsalvágen, y entonces comprendí adónde se dirigían: al

Edificio Terminal de la Red en Stallmástaregarden. Yo observaba desde el refugio de un roble macizo, a unas cien yardas de distancia, mientras la retaguardia de la columna cruzaba la verja de florido estilo y desaparecía al otro lado del macizo portal que había sido arrancado de sus goznes. Uno de los hombres se quedó rezagado para montar guardia en la entrada.

Crucé la calle en silencio, me encaminé hacia la entrada lateral, desperdiciando unos segundos en echar de menos las llaves olvidadas en mi caja fuerte, y me dirigí entonces a la parte posterior del edificio. Dando traspiés entre los desnudos macizos de flores, seguí la línea de la pared apenas

visible en aquella luz negruzca, una luz singular que antes parecía brotar de la tierra que resbalar desde el cielo sin estrellas. Una pared de ladrillos me cerraba el paso. Di un salto agarrándome al borde superior, icé el cuerpo y me dejé caer en el patio trasero de la Terminal.

Había allí media docena de vehículos del tiempo estacionados, del tipo especial utilizado para trabajar en algunas de las líneas A más próximas —mundos con fechas de Historia Común que databan sólo de algunos siglos, donde existían otros Estocolmos en cuyas calles podía pasar desapercibida una camioneta de reparto camuflada.

Uno de los vehículos estaba cerca

de la pared del edificio. Me encaramé a su capó y, alargando la mano, traté de levantar la ventana ancha y doble, de marco metálico. No se movió. Bajé de nuevo, manipulé a oscuras debajo del tablero de instrumentos del aparato, saqué el juego de herramientas estándar, encontré un martillo, volví a encaramarse y con todo el sigilo posible rompí el cristal. Hizo un estrépito infernal. Me quedé quieto, escuchando y casi esperando oír voces indignadas interrogándome, pero mi respiración fue el único sonido, aparte de un crujido de los muelles del vehículo cuando cambié el cuerpo de posición.

La habitación en la que me

introduje era un taller donde se alineaban largos bancos de trabajo donde había numerosas piezas desmontadas de los vehículos, en sus paredes colgaban las herramientas y equipos. Salí por la puerta del otro extremo de la habitación, recorrí el pasillo hasta las grandes puertas dobles que comunicaban con los garajes. Del interior salían débiles sonidos. Entreabrí la puerta, me colé dentro de la quietud resonante del amplio depósito de altas bóvedas. En la penumbra había una doble hilera de vehículos del tiempo de Red: máquinas pesadas para una tripulación de diez hombres, otras más pequeñas de exploración y de tres plazas, un par de nuevos modelos

ligeros, de una sola plaza al final de la fila.

Y más allá —empequeñeciéndolos— una hilera de máquinas enormes, oscuras, de diseño extraño, macizas y feas como lanchones de carga, ilógicamente situadas entre los vehículos elegantemente decorados del servicio Imperial TNL. Figuras oscuras se movían alrededor de las máquinas extrañas, formando grupos al lado de cada transporte pesado respondiendo a gestos y a alguna que otra orden seca. Pasé por detrás de los aparatos aparcados y avancé un poco entre dos de ellos, desde cuya posición tuve una clara visión de lo que sucedía.

Estaban abiertas las puertas de la

primera de las cinco máquinas extrañas. Observé a un hombre uniformado que penetraba en el aparato seguido por el siguiente de la fila. Las tropas - cualesquiera que fuesen- estaban reembarcando. Eran pesos fuertes, desmañados, de hombros caídos, cubiertos de la cabeza a los pies por trajes holgados de color gris, con oscuras viseras de cristal.

Una de las máquinas Imperiales obstaculizaba el paso fluido de la columna; dos de los intrusos se aproximaron a la misma, agarrándola por el estribo lateral y con un solo movimiento la ladearon produciendo un golpe fuerte y el sonido de cristales rotos. Me sorprendí retrocediendo para

no ser visto el aparato de exploración pesaba sus dos buenas toneladas.

El primer vehículo del tiempo estaba cargado. La fila de hombres caminó arrastrando los pies hacia el siguiente y continuaren la operación de carga. El tiempo pasaba de prisa. Diez minutos más tarde todos los hombres estarían a bordo de sus máquinas, desaparecerían, regresando a cualquier línea mundial de la que habían venido. Estaba claro que eran invasores de la Red, una raza de hombres desconocida para las autoridades Imperiales, que poseían una vía M-C propia. Hombres que eran mi único lazo con los habitantes desaparecidos del desolado Estocolmo Cero Cero. De nada serviría

esperar allí; debía seguirles, averiguar todo lo posible...

Me llené los pulmones del aire rancio de la Terminal y di un paso hacia adelante, abandonando mi escondrijo, sintiéndome desamparado como un ratón alejado de su ratonera mientras avanzaba bordeando la pared, poniendo distancia entre los extranjeros y yo. Mi objetivo era uno de los aparatos de exploración de una sola plaza: una máquina maniobrable, con armamento adecuado y el instrumental más moderno. Cuando llegué hasta él, abrí la portezuela haciendo un ruidito metálico con el picaporte que bastó para revolverme el estómago bajo las costillas; pero no se produjo alarma

alguna.

En el interior, incluso había bastante luz -esa luz sobrenatural- que me permitía moverme. Me dirigí al compartimento de control, ocupé la plaza del operador y accioné el conmutador principal de temperatura.

No sucedió nada. Probé con los otros controles, sin que hubiera respuesta. El medio de impulsión M-C estaba tan muerto como los coches abandonados en las calles de la ciudad. Me levanté, regresé a la entrada y la abrí, saliendo sigilosamente. Oía a los invasores afanados a unos doscientos pies de distancia, resguardado por los cohetes alineados. Empezaba a tomar forma cierta idea... que no me gustaba

mucho. Sería preciso que en primer lugar yo consiguiese llegar al lado opuesto de la Terminal, Me di la vuelta...

Él estaba plantado a unos diez pies, justamente detrás del ángulo posterior del cohete. Visto de cerca, parecía medir unos dos metros diez, de proporciones anchas, manos enguantadas grandes como dos carteras. Dio un paso hacia mí y yo retrocedí. Continuó avanzando, casi indolentemente. Otros dos pasos y yo me encontraría despojado del resguardo de la máquina, expuesto a la vista de cualquier otro que mirase en esta dirección. Me detuve. El extranjero siguió andando, alargando hacia mí una mano inmensa de dedos

rechonchos.

Se me crispó la muñeca y el revólver de resorte apareció en mi mano. Le apunté a la parte inferior del centro del pecho y disparé. Al sonar el «bang» apagado del arma, el monstruo humano se dobló y cayó hacia atrás haciendo tanto ruido como un caballo de tiro al desplomarse. Me dirigí de un salto a la máquina próxima para refugiarme y allí estuve agazapado, esperando. Parecía imposible que nadie hubiera oído el disparo o la caída de la víctima, pero los sonidos del otro extremo del vasto cobertizo continuaron sin interrupción. Respiré, descubriendo que había estado conteniendo el aliento; mi corazón latía con fuerza en mi pecho

como el de un conejo atrapado.

Empuñando aún el arma, volví junto al hombre que estaba tendido de espaldas, con las extremidades abiertas como una piel de oso... y casi del mismo tamaño. A través de su rota placa facial vi un rostro rudo, ancho, grisáceo, de piel porosa y una boca ancha, sin labios que ahora estaba entreabierta y mostraba unos dientes cuadrados y amarillos. Los ojos pequeños, de color azul pálido como un cielo invernal, miraban sin vida bajo las hirsutas cejas amarillas que formaban una línea continua en la frente. Un mechón grasiento de cabello rubio y lacio cubría una de sus sienes hundidas. Era el rostro más horrible que había visto en mi vida. Me aparté

retrocediendo de espaldas y luego, volviéndome, eché a andar adentrándome en las sombras.

El último de la línea de vehículos extranjeros era mi objetivo. Para llegar allí tenía que cruzar un espacio abierto de unos quince metros sin otra protección que la de una luz difusa. Empecé a recorrer ese trecho al descubierto con tanto sigilo como me permitían las suelas de cuero de los zapatos. Cada vez que uno de ellos se volvía en mi dirección, se me helaba la sangre hasta que otra vez daba media vuelta. Me encontraba ya casi a salvo cuando uno de los oficiales de mando se volvió a mirar al otro extremo del enorme cobertizo. Alguien echó de

menos al que yo había matado. El oficial gritó: un grito repentino y ronco como un bramido de mortal agonía. Los otros no le prestaron atención. El oficial, dando una orden seca, echó a andar para investigar lo sucedido.

Tal vez disponía de medio minuto antes de que él encontrase a su hombre desaparecido. Escurriéndome a la sombra del vehículo de suministro, me encaminé apresuradamente hacia el último de la fila y di la vuelta por su cola. No había moros en la costa. Llegué a la entrada en tres pasos rápidos, volteé el cuerpo para subir y entré en la máquina enemiga.

Allí había un repugnante olor animal, un algo sutil de extrañas

proporciones. Observé los tableros de control, la silla del operador, las pantallas visuales y la mesa de mapas con una mirada rápida. Reconocible todo ello, pero en tamaño, forma y detalles diferían enormemente de las habituales normas Imperiales o de cualquier otro diseño normal.

Me encaramé al asiento alto, ancho y duro, mirando los cuadros y círculos de plástico que brillaban en chocantes matices marrones y violeta. Unos símbolos curiosos labrados al realce en tiras metálicas, rotulaban algunas de las palancas curvadas y barrocas que sobresalían del tablero ocre. Un par de prominentes pedales de pie, torpemente distanciados entre sí, mostraban indicios

de la rudeza con que eran utilizados.

Contemplé todo aquello, notando que mi frente empezaba a cubrirse de sudor. Disponía de unos segundos para decidirme... Y si mi suposición era errónea...

Me llamó la atención un sencillo interruptor de cuchilla empotrado en el centro del tablero. Había arañazos a su alrededor y partes desgastadas en la empuñadura de plástico de color incierto. Era una suposición como cualquier otra. Alargué la mano con intención de tanteo...

Fuera, un grito horroroso rompió el silencio. Di un respingo, golpeándome la rodilla contra un ángulo del tablero.

El dolor me llenó instintivamente de cólera y decisión. Apreté los dientes, alargué la mano otra vez y bajé la palanca con fuerza.

Las luces se velaron inmediatamente. Oí cerrarse la compuerta de la entrada con un impacto resonante. Las vibraciones eran intensas y rechinaban los aparatos desencajados del tablero. Empezaron a parpadear las luces indicadoras; unas líneas extrañas cabrioleaban en un par de resplandecientes pantallas encarnadas. Noté un golpazo tremendo en el lateral del casco. Uno de los individuos quería entrar, pero llegaba con un poco de retraso.

Las pantallas se habían despejado,

mostrándome un panorama de negra desolación bajo un cielo sin estrellas: la familiar devastación de la Ruina. El campo M-C estaba operando; el vehículo robado me llevaba a través de la Red de mundos alternos... y a una velocidad tremenda, a juzgar por el flujo azogado de la escena exterior mientras yo pasaba como un rayo a través de las realidades paralelas de las líneas A. Había conseguido escapar. Lo importante ahora era saber cómo controlar la extraña máquina.

Un examen del tablero durante media hora fue suficiente para darme una idea general del alcance de los instrumentos principales. Estaba dispuesto a intentar la maniobra del

aparato robado. Agarré la palanca de control, le di un tirón... y no se movió. Lo intenté de nuevo, consiguiendo sólo doblar el brazo metálico. Me levanté, apuntalé mis pies en el suelo y apoyé los hombros contra la palanca. La palanca se rompió con un fuerte ruido metálico. Dejándome caer en la silla, arrojé la palanca rota al suelo. Era evidente que los controles estaban cerrados con llave. Los propietarios del extraño vehículo del tiempo habían tomado precauciones contra cualquier desertor potencial que tuviera el impulso de conducir la máquina hacia alguna línea mundial idílica por él elegida. Después de su lanzamiento, el rumbo estaba predeterminado, guiado por instrumentos

automáticos... Y yo era impotente para,  
detenerlo.

## CAPÍTULO III

Transcurrieron dos horas mientras el vehículo se adentraba en las profundidades inexploradas de la Red. Yo permanecía sentado, contemplando el flujo fantástico de escenas al otro lado de las pantallas de observación: el fenómeno misterioso que el capitán jefe Winter del Servicio TNL había denominado «Entropía». A la velocidad que viajaba -muy superior a la alcanzada nunca por los vehículos imperiales- era imposible detectar seres vivientes: un hombre podría cruzarse raudo por delante de la pantalla

desapareciendo en una fracción de microsegundo; o las líneas fijas de la escena -las calles, edificios, la piedra, el metal y la madera- estaban ahí, en torno mío, cambiaban mientras yo las observaba...

Las estructuras familiares a medias parecían fluir, encogerse o estirarse gradualmente, germinando nuevos y extravagantes elementos. Vi puertas que se ensanchaban o bien disminuían y desaparecían; bloques de granito rojo que, se erizaban y se movían suavemente, transformándose gradualmente en piedras lisas de color gris. El rótulo ilegible de un escaparate próximo se contrajo, reformándose, las mayúsculas se distorsionaban en formas

parecidas a las letras cirílicas para cambiar de nuevo una otra vez hasta volverse líneas de símbolos sin sentido aparecer cobertizos y chozas que se hinchaban, apretujados entre las estructuras más viejas, reproduciéndose en ratones confusos, impresionantes que se apilaban hasta aparecer de la vista. Balcones estrechos como repisas ventanas aumentaban de tamaño convirtiéndose en enormes terrazas voladizas para fusionarse después, sobresaliendo del cielo y, a su vez, retirarse para revelar nuevas fiadas: sombrías columnas que se erguían a trescientos metros de altura hacia el cielo inmutable, unidas por puentes angostos que oscilaban, crispados como

dedos nerviosos, ensanchándose, extendiéndose en una red vasta que enredaba las cúspides como una telaraña, quebrándose seguidamente, esfumándose y dejando celo una barra oscura aquí y allá para unir las torres ahora pesadas como grilletes de monstruos cautivos. Todo esto en un instante petrificado, eterno, del tiempo, mientras la máquina robada se precipitaba a ciegas a través de las líneas de probabilidad alterna hacia su destino ignorado.

Sentado, en trance, contemplaba El universo girando en torno mío. Entonces me di cuenta de que cabeceaba y los ojos me dolían de una forma abominable. Recordé de pronto que aún

no había cenado ni dormido... ¿Cuántas horas llevaba sin comer ni dormir? Abandonando la silla, hice un rápido registro del compartimiento y encontré una capa tosca, tejida a mano, con el olor a habitación de atmósfera enrarecida mezclado con el de establos. Estaba demasiado agotado para permitirme ser melindroso, de manera que extendí la prenda en el suelo en el reducido espacio de separación entre el asiento del operador y el compartimiento de potencia, me enrollé en ella y dejé que me venciera el cansancio abrumador...

...y desperté con un sobresalto. El zumbido regular de la impulsión había descendido de tono, convirtiéndose en

monótono ronroneo. Supe por mi reloj que llevaba viajando poco menos de tres horas y media, pero pese a la brevedad del recorrido, el feo vehículo, aunque de una eficiencia fantástica, había cruzado la Red internándose en regiones donde jamás penetraron los exploradores Imperiales. Me levanté a desgana y logré abrir los ojos lo suficiente para distinguir las pantallas.

Era una escena propia de las visiones de un borracho. Torres extrañas, retorcidas, brotaban de cañones oscuros y vacíos donde los senderos serpenteaban por desechos amontonados entre establos atiborrados, arcos sin puertas, entre carros de ruedas altas cargados con absurdas formas de

madera, metal y cuero. Desde dinteles, cornisas, pilastras de piedra esculpida, rostros grotescos hacían muecas, con los ojos desorbitados, como los diablos de una tumba azteca. Mientras miraba con asombro, el zumbido monótono de impulsión disminuyó hasta cesar por completo.

La cambiante escena quedó petrificada en la inmovilidad de la identidad. Había llegado... a alguna parte.

Pero la calle —si era posible emplear esta palabra para denominar esta callejuela —estaba desierta, y la misma luz extraña, fungoidea que vi en las calles vacías de Estocolmo, brillaba débilmente debajo de cada superficie,

bajo la negrura mortal solitaria, opaca del cielo.

Entonces, inesperadamente, tuve un acceso de náusea que me hizo doblar el cuerpo. El vehículo ascendía, giraba, se retorció. Unas fuerzas se apoderaron de mí me estiraron hasta dejarme convertido en algo tan delgado como un cable de cobre, me enhebraron por el ojo candente de una aguja, encajándome en una masa compacta parecida al triturador de coches viejos para chatarra. Oí un silbido y era yo quien lo hacía tratando de introducir aire suficiente en mis pulmones para poder lanzar un grito de agonía...

Y entonces desapareció la presión. Estaba tirado de espaldas en el suelo

duro, pero respiraba aún y conservaba mi forma acostumbrada, mirando el parpadeo de heces en el tablero. Sentí el agudo y confortante dolor de un bien habido corte en mi rodilla y descubrí una manchita oscura de sangre a través de un jirón en mis ropas. Al ponerme de pie, la pantalla me llamó la atención...

El rectángulo de sesenta centímetros de la placa visora me mostraba a una muchedumbre compacta en la calle estrecha que estaba desierta un momento antes. Una masa de criaturas rechonchas, pesadas, de brazos largos que iban y venían en un juego complicado de sombra y luz donde vívidos rayos de sol se desplomaban en la sombra insondable desde muy

arriba...

Se produjo un chirrido metálico a mis espaldas. Giré en redondo y vi saltar y abrirse la compuerta. El vehículo tembló, dio una sacudida... y por la abertura apareció una mole grande y ancha, una monstruosidad con colmillos, una cabeza abultada y calva, un rostro ancho, de labios delgados, sin barbilla, orejas enormes de forma extraña y un cuerpo macizo enfundado en correas y hebilla adornado con ajorcas, algo incongruente en un peludo como el de un gorila rubio.

Los, músculos de mi muñeca derecha se pusieron tensos, a punto de trasladar el revólver de resorte a mi mano, pero me relajé, dejando caer los

brazos a los lados. Podía matar a ese sujeto y al siguiente que entrase. Pero estaba en juego algo más que mi propio bienestar. Un momento antes había visto el milagro de una calle desierta transformada en un santiamén en una concurrida plaza de mercado lleno de sol y movimiento. Si estos gorilas grotescos de cabellos rubios conocían el secreto de ese encantamiento, quizá mi Estocolmo también podría volver de entre los muertos... si es que lograba descubrir el secreto.

—Está bien, grandullón —dije en voz alta—. Te acompañaré por las buenas.

El ser alargó la mano descargándola como una pala sobre mi

hombro, me levantó literalmente del suelo y me arrojó a la puerta. Choqué contra la jamba, reboté, cayendo fuera en medio de un hedor que recordaba los de carne putrefacta y col hervida. Se extendió un gruñido por la multitud peluda que me rodeaba. Retrocedieron de un salto, farfullando algo. Me puse de pie, sacudiendo la porquería adherida a mi chaqueta y mi captor, acercándose por detrás, me agarró del brazo como si estuviera decidido a arrancármelo de cuajo y me lanzó dando vueltas hacia delante. Me enganché el pie en una corteza de melón y caí de nuevo a tierra. Me golpeó algo en la espalda con la fuerza de un árbol caído. Con un resoplido, traté de incorporarme a gatas

para echar mi discursito de dios blanco y salí despedido hacia adelante de un fuerte puntapié, yendo a parar de cabeza en unos malolientes y esponjosos desperdicios. Me levanté escupiendo, a tiempo para recibir un puñetazo en pleno rostro y vi estallar brillantes constelaciones en lo alto, como en un cuatro de julio, tiempo atrás, en otro mundo.

Me daba cuenta de que arrastraba los pies y los preparé para aligerar la insoportable presión de unos dedos que se me clavaban en las axilas. Entonces di un traspié y fui llevado casi a rastras entre dos de los hombres peludos que se abrían paso empujando con los hombros la masa de farfulladores espectadores

que se lo cedían a regañadientes, mientras sus ojos parecidos a mármoles azules me miraban como si yo fuera víctima de una enfermedad extraña y terrible.

Se me antojó que me arrastraban largo rato, mientras gradualmente ajusté el pensamiento a la realidad de mi captura por criaturas que despertaban recuerdos raciales de ogros, gigantes y cosas que rebotaban en la noche. Pero ahí estaban, reales como la misma vida y doblemente hediondos, rascándose los costados velludos con dedos como plátanos, mostrando enormes colmillos agresivos y amarillentos al hacer muecas de asombro y disgusto, y mirándome amenazadores como

duendes enojados con un chiquillo. Caminé a tropezones a través del tumulto de sonido ronco y hedor intolerable hacia el lugar que los gigantes del destino reservaran a los mortales que caían entre ellos.

Salimos de la callejuela para entrar en una avenida más ancha, pero no más limpia, bordeada por curiosos puestos donde vendedores de melenas grises, sentados en cuclillas miraban desde sus altas posiciones, voceando sus mercancías, arrojando a los clientes lo que habían comprado y recogiendo monedas cuadradas y gruesas al vuelo. Allí se amontonaban grutas, recipientes de arcilla de formas extrañas y todos los tamaños encapsulados y sellados con

alquitrán purpúreo, esteras parduzcas de fibra tejida, artificios de aspecto endeble de metal alisado a martillazos, arreos, correas de cuero con macizas hebillas de bronce, sartas de bronce bruñido y discos de cobre como los de antiguos caballos ingleses.

Y en ese bazar fantástico hormigueaba una horda abigarrada casi humana. Una docena de razas y colores de peludos infra-hombres, pitecántropos y hombres-gorilas: gigantes de aspecto humano con grandes melenas de cabello azulado enmarcando caras encarnadas; criaturas increíblemente altas y delgadas con pelo liso y negro, unas piernas singularmente cortas y pies largos y planos; individuos anchos, rechonchos

de hombros redondos y alargadas narices ganchudas. Algunos llevaban grandes collares y sartas de discos de latón bruñido, otros sólo un ijar de chucherías sujetas a las correas de cuero que parecían constituir su única prenda de vestir. Y otros, de miembros más sucios, con hombros rozados por las correas y callosos pies desnudos, no llevaban ningún adorno de latón. Y dominándolo todo, grandes moscas azules y verdes suspendidas en el aire, revoloteando, zumbando en forma de toldo viviente.

Ví apartarse al gentío para ceder el paso a una bestia enorme de movimientos lentos, algo grande como un pequeño elefante indio y con su

mismo andar pesado; pero la trompa no era sino un exagerado hocico de cerdo y por debajo del mismo dos grandes colmillos en forma de pala de marfil amarillo sobresalían de la quijada colgante por encima de un labio inferior caído, formando arcos de saliva y espuma. Anchos correajes de una pulgada de espesor uncían la bestia a un carro sólido cargado de toneles, y, en lo alto del cargamento, un peludo conductor hacía restallar un ancho látigo trenzado sobre el lomo macizo de su animal.

Más adelante, dos de los corpulentos y bajos seres de aspecto humano -calculé que pesarían unas quinientas libras cada uno- se afanaban

con fatiga enjaezados junto a un animal parecido al mastodonte, cuyos colmillos romos estaban rematados por botones de madera de seis pulgadas.

Llegamos al final del bulevar y después de entretenerse unos instantes en apartar a puntapiés a algunos espectadores recalcitrantes, mi guardaespaldas me dio un brutal empujón para que subiera un tramo de amplios e irregulares escalones donde había desperdicios esparcidos, y a cruzar después una entrada sin puertas donde dos patanes cejijuntos ataviados con correas negras y latones esmaltados que estaban agachados se levantaron para interceptarnos el paso. Me apoyé en la pared y traté de ejercitar mis

brazos para devolverles su flexibilidad mientras los muchachos celebraban un rudo conciliábulo. Del edificio-madriguera oscuro, caliente, oliendo a zoo, salieron otros sujetos y se acercaron para mirarme ceñudos, haciendo muecas, para hurgarme y pincharme con dedos que parecían cañones de un arma. Retrocedí, pegado de espaldas a la pared, recordando por alguna razón desdichada a un gatito del que Gargantúa estuvo muy encaprichado hasta que se le rompió...

Mis guardianes avanzaron a codazos, agarraron mis brazos como si les pertenecieran, gritaron para abrirse paso y me llevaron a rastras por una de las arcadas del hall de irregular entrada.

Intenté recordar l a s vueltas, curvas, ascensos y descensos del pasadizo-túnel, con la vaga idea de poder orientarme más adelante, pero no tardé en despistarme. Aquello estaba casi totalmente oscuro. Bombillas pequeñas, incandescentes, de color amarillento a intervalos de quince metros revelaban el suelo encharcado y los muros toscamente picados con numerosos pasadizos laterales.

Unas doscientas yardas más adelante, el hall se ensanchaba formando una cámara de unos diez metros. Uno de mis guardianes, plantado en un montón de basuras, sacó la ancha correa de cuero negruzco sujeta al muro por una cuerda. La abrochó con hebilla

alrededor de mi muñeca, me dio un empujón y luego fue a sentarse en cuclillas junto a la pared. El otro tipo se fue por un corredor desapareciendo por su pronunciada curva. Aparté con el pie las auras para poder sentarme y me dispuse a esperar. Tarde temprano desearía interrogarme alguien con autoridad. Para ello, sería preciso entablar alguna especie de comunicación y, como miembro de la raza viajera de la Red, supuse que mis captores tendrían alguna capacidad lingüística. Después de esto...

Recuerdo que me tumbé por completo en el suelo ocio, pensando por un instante que a pesar de estar tan fangoso resultaba sorprendentemente

confortable; entonces sentí un fuerte puntapié. Cuando trataba de incorporarme, alguien tiró de mí con la cuerda que me sujetaba el brazo levantándome bruscamente, y fui conducido a otro corredor sombrío. Apenas podía levantar los pies que pesaban como el plomo y el estómago me dolía como una llaga abierta. Traté de calcular las horas que habían pasado desde mi última comida, pero perdí la cuenta. Mi cerebro funcionaba torpemente, como un reloj sumergido en jarabe.

Llegamos a una cámara que, según supuse, estaba en la parte alta del achaparrado edificio. Habíamos caminado casi todo el tiempo por

corredores ascendentes. La cámara era abovedada, circular y había nichos en los muros de superficie irregular. Flotaba un terrible hedor a heno en putrefacción. La estancia más parecía una madriguera de zorro que una vivienda humana. Tuve el impulso de buscar con la mirada la abertura por la que saldría el oso.

En algunos nichos había pilas de harapos. Al moverse una de ellas descubrí que era un ser viviente: un ejemplar increíblemente viejo y mugriento de la raza de mis aprehensores. Mis dos guardianes me obligaron a acercarme al viejo. Ahora se mostraban sumisos, como si estuvieran en presencia de algún

personaje de rango. A la luz pobre que se filtraba por una serie de boquetes en los muros, vi una mano parecida a una garra enguantada en cuero gris que se alzaba para hurgar el pelo fino y apolillado del pecho del más anciano. Entonces descubrí sus ojos de color azul opaco, casi ocultos por los párpados caídos, encajados en las medias lunas sanguinolentas de los párpados inferiores. Me miraban con fijeza, sin un parpadeo.

Debajo, de las anchas aletas de la nariz, salían grandes mechones de pelo gris. La boca, grande como un bolsillo de americana, estaba fruncida, sin dientes. El resto de la cara era una masa de profundas arrugas enmarcadas por

largas melenas enredadas de cabellos blancos de las que sobresalían unas orejas de lóbulos increíblemente largos, desnudos, obscenos, rosados. La barba colgaba sobre el pecho hundido contra el cual destacaban unas rodillas huesudas y lisas como piedras grises. Respiré accidentalmente, atragantándome a causa del nauseabundo olor a ballena putrefacta; un empujón me obligó a volver a mi sitio.

El patriarca hizo un ruido ronco. Esperé, respirando por la boca. Uno de mis aprehensores me zarandeó, gritándome algo.

—Lo siento, muchachos —gruñí—. No lo chapurreo.

El viejo barbudo saltó como si le hubieran pinchado con un hierro candente. Chilló algo, rociándome de saliva de paso. Dio unos saltos con sorprendente energía, sin dejar de chillar, y luego se detuvo bruscamente acercando su cara a la mía. Uno de mis guardianes me agarró por el cogote, anticipándose a mi reacción. Miré fijamente, los ojos azules —tan humanos como los míos, encajados en esa caricatura de rostro —vi los poros abiertos grandes como cabezas de cerilla, observé que un hilillo de Saliva descendía de la boca flácida para perderse en la barba...

Echó el cuerpo hacia atrás, ganguendo, movió un brazo y soltó un

discurso. Orando acabó, se oyó una vocecita a la izquierda. Volví la cabeza y vi a otro pellejo que cambiaba de postura. Mis dueños me empujaron en esa dirección, sujetándome mientras el segundo viejo, más feo que el primero, me examinó. Mientras duró el examen, mi mirada recayó en otro nicho más alto. En las sombras puede distinguir los huesos de un esqueleto cusa cuencas vacías me miraban, formando las macizas mandíbulas una mueca sarcástica, con una gruesa correa rodeando aún los huesos del cuello. Por lo visto la promoción en el Tribunal Supremo local era un destino vitalicio.

El fuerte tirón en el brazo me devolvió a problemas más inmediatos.

El abuelo que tenía delante lanzó un chillido penetrante. No contesté. Curvó los labios descubriendo unas encías amarillas y desdentadas y una lengua parecida a un calcetín rojo lleno de arena, y soltó un grito. Eso despertó a otros dos sabios; de todas direcciones surgieron chillidos y gritos de reprobación como respuesta.

Mis guardianes me guiaron hacia el juez siguiente, un viejo gordo de estómago apenas cubierto de vello donde las enormes pulgas negras erraban como sabuesos siguiendo una pista perdida. A éste le quedaba un diente: un diente canino engarfiado, amarillento, de una pulgada de largo. Me lo mostró, glugluteando, y

seguidamente me tendió un brazo largo como una grúa. Mis guardianes, alertas siempre, me apartaron de un tirón cuando me agaché. Quedé muy agradecido. Incluso ese réprobo senil tenía fuerza suficiente para romperme la mandíbula y el cuello si llega a tocarme.

Cuando se oyó un grito desde un nicho situado en un elevado rincón oscuro, nos dirigimos hacia allá. Una mano descarnada a la que le faltaban dos dedos se movió a tientas para izar el cuerpo encorvado y sentarlo. Una media cara me miró desde lo alto. Había cicatrices, un borde irregular, y después sólo hueso en el lugar donde antes estuvo la mejilla derecha. Aún quedaba la cuenca del ojo, pero vacía, con el

párpado hundido. La boca, sin una comisura, no lograba cerrarse por completo -efecto que producía una sonrisa fatua-, algo tan impropio de aquel ser horrible como lo es esquilar a una hiena como a un perro de lanas.

Me tambaleaba, sin reaccionar con la rapidez que hubieran deseado mis guías. El de la izquierda -el peor de los dos, en mi opinión- me cogía del brazo, levantándome del suelo, dejándome caer brutalmente, sacudiéndome como a una manta llena de polvo. Vacilante, me puse en pie otra vez, me zafé de sus manos y le golpeé en el estómago. Fue como pegarle a un saco de arena. Como si nada, me hizo dar la vuelta retorciéndome el cuerpo. Creo que ni

siquiera notó el puñetazo.

Permanecimos en el centro de la estancia mientras el consejo de los mayores deliberaba. Uno de ellos se encolerizó y escupió al barrigudo del otro lado de la cámara, y éste, a su vez, le arrojó un puñado de basuras. Al parecer esa fue la señal de que la sesión había terminado. Retrocediendo de espaldas, mis guardianes me condujeron al corredor y emprendieron otra excursión a través de pasadizos tortuosos mientras aún sonaban los gritos y gruñidos en la cámara que abandonamos.

El recorrido terminó en otra estancia que sólo consistía en un espacio ancho del corredor. Había allí un banco de piedra, algunos estantes burdos con capacidad suficiente para ataúdes en un rincón, la acostumbrada bombilla opaca, pilas de desperdicios y trozos sobrantes de equipo de incierta función. Del agujero en el centro de la cámara salía un gluglú. Facilidades sanitarias, deduje por el hedor. En esta ocasión estaba sujeto por correas por el tobillo y se me permitió sentarme en el suelo. Me dieron un puchero de arcilla conteniendo una especie de gachas. El olor fugaz me dio arcadas y aparté el cacharro. No estaba tan hambriento... todavía no.

Pasó una hora. Tuve el presentimiento de que esperaba a alguien. Mis dos propietarios -o eran otros, no estaba seguro- estaban sentados al otro lado de la cámara, en cuclillas, despachando sus gachas con los dedos, sin hablar. Apenas podía oler el aire, mis nervios olfativos estaban insensibilizados. De vez en cuando entraba alguien bamboleándose al caminar, se acercaba a mirarme y luego se iba.

Finalmente llegó un mensajero, ladró algo en tono imperioso. Mis guardianes se pusieron de pie, se lamieron los dedos cuidadosamente con lenguas grandes como suelas de zapatos y, después de desabrocharme el

grillete de cuero del tobillo, se me llevaron de nuevo. Esta vez descendimos recorriendo un pasadizo lateral tras otro, atravesando un vestíbulo amplio donde había por lo menos cincuenta patanes sentados en bancos largos, celebrando algo parecido a un mitin, luego un zaguán coloreado por la última luz de la tarde y de nuevo descendimos por otro pasadizo estrecho que terminaba en un callejón sin salida.

El de la izquierda -mi compañero más violento- me dio un tirón al brazo, arrojándome hacia una abertura redonda de uno sesenta centímetros parecida a tina ratonera de tamaño grande a dieciocho pulgadas por encima del suelo. Su anchura permitía

entrar en ella a un hombre gateando. Comprendí su intención. Por un momento vacilé: esto era el fin de trayecto. Una vez dentro, no tendría más oportunidades de escapar, aunque antes tampoco tuve ninguna.

Un porrazo al lado de la cabeza me lanzó contra el muro. Caí desplomado, retorcido el cuerpo. El que me había golpeado estaba a punto de descargar otro puñetazo. Ya estaba más que harto de ese tipo. Sin detenerme a considerar las consecuencias, doblé la rodilla y disparé un puntapié al estilo ikedo a su ingle. Dobló el cuerpo Y mi segundo puntapié le dio de lleno en la boca. Alcancé a ver una hinchazón rojiza de sangre...

El otro hombre-mono me agarró tirándome como si nada a la madriguera. Entré de cabeza en el boquete, arrastrándome en medio de una humedad fría y un hedor sólido como el de queso rancio. Un metro y medio más adentro encontré un hoyo de unos dos pies, pasé al otro lado y me planté de cara a la entrada, con el revólver de resorte en la mano. Si venía a por mí el grandullón, se llevaría una sorpresa.

Pero les vi a los dos en silueta contra el fondo luminoso del corredor. El más violento, apoyado en su amigo, emitía unos ruidos quejumbrosos. Después, se alejaron juntos por el corredor. Al parecer, sus instrucciones no comprendían la venganza contra el

nuevo espécimen... todavía.

## CAPÍTULO IV

El primer movimiento tradicional en un lugar de encierro a oscuras era medir a pasos las dimensiones de la celda, gambito que probablemente otorga un místico senado de dominio sobre el encierro da uno. En realidad yo no estaba encerrado, por supuesto. Podía salir de nuevo arrastrándome hasta el corredor, pero, puesto que indudablemente me encontraría a Lefty (el más violento de mis guardianes) antes de cinco minutos, deseché la idea por absurda. Por lo tanto, lo único que podía hacer era calcular las dimensiones

de mi prisión.

Empecé desde la abertura, dando un paso que calculé de unos ochenta centímetros, y choqué con un muro. Ahí no había nada que hacer.

Comenzando de nuevo desde el punto de partida, di un paso más cauteloso, y luego otro...

De las sombras que había más adelante salió un sonido. Me quedé inmóvil, con un pie levantado, sin respirar, a la escucha...

—*Vansi pa' me' zen pa'* —dijo una voz melosa da tenor en la oscuridad —. *Sta' zi?*

Di un paso atrás. Aún empuñaba el arma. La ventaja era del otro tipo: sus

ojos estarían acostumbrados a la oscuridad y el contorno de mi cuerpo se destacaba contra el débil resplandor del túnel. Al caer en ello, me tiré al Suelo, sintiendo que la fría humedad traspasaba mis ropas.

—*Bo' jou', ami* —dijo la voz—. *E' vou Gallice?*

Quienquiera que fuese, era probablemente un compañero de encierro. Y su lenguaje no sonaba como los gruñidos Y chasquidos de los ogros de fuera. Sin embargo, no sentí impulso alguno de precipitarme en hacer las mutuas presentaciones.

—*Kansh'tu dall' Scarrsk...*  
—insistió la voz. Y esta vez casi

comprendí el significado. El acento era horrible, pero sonaba parecido al sueco...

—Acaso tú inglés —dijo la voz.

—Acaso —repliqué, oyendo mi voz que parecía un graznido —. ¿Quién eres tú?

—¡Ah, magnífico! Te vi cuando tú entrar —. El acento era vagamente húngaro y las palabras bastante incomprensibles —. ¿Por qué cogerte ellos tú? ¿Dónde vienes tú desde?

Me aparté un poco a un lado a fin de soslayar la luz. El suelo se inclinaba ligeramente. Se me ocurrió utilizar el encendedor, pero eso me hubiera convertido en un mejor blanco si mi

nuevo compañera tenía intenciones hostiles... y no podía esperar gran cosa de nadie después de lo visto en ese país increíble.

—No tener vergüenza de ti —dijo la voz, apremiante—. Soy amigo.

—Te pregunté quién eres —dije. Aún tenía la mosca detrás de la oreja. Estaba cansado, hambriento y dolorido, y hablarle a una voz extraña en la oscuridad no era lo que necesitaba para calmar mis nervios.

—Señor, es un honor darme a conocer a mí: Agente de Campaña Dzok, en servicio.

—Agente... ¿de qué? — Mi voz estaba crispada.

—Creo que antes de hacer confidencias, conocernos mejor —dijo el agente—. Habla otra vez, por favor, para que yo poder reconocer dialecto más exactamente.

—El dialecto es inglés —dije. Di otro paso hacia atrás, subiendo la ligera pendiente. Ignoraba si él podía o no verme, pero siempre es recomendable dominar al contrario en cuanto a posición...

—¿Inglés? Ah, sí. Creo que ahora hemos sincronizado la mnemónica correcta. No es una ramificación del Anglic muy conocido, pero supongo que mi adoctrinamiento lingüístico es uno de los más completos para un Agente de

Clase Cuatro. ¿Me desenvuelvo mejor?

La voz parecía más próxima y más gramatical.

—Ya lo creo —le aseguré... apartándome rodando por el suelo. Sentí demasiado tarde una arista bajo mi espalda, lancé un grito, me doblé y choqué contra piedra dura a un metro del nivel del suelo. Al rebotarme la cabeza, oí un penetrante timbrado y vi brillantes chispazos luminosos. Entonces una mano me agarró por encima del pecho y debajo de mi cabeza.

—Lo siento, amigo —dijo la voz, muy cerca—. Debí advertírselo. Me ocurrió lo mismo el primer día que llegué...

Me senté en el suelo, palpé en busca del revólver de resorte y volví a enfundármelo en la pistolera interior.

—Creo que exageré las precauciones —dije—. No esperaba toparme con otro ser humano en este condenado rincón—. Moví la mandíbula, comprobé que estaba sin novedad y luego toqué un arañazo en el codo.

—Veo que se ha lastimado el brazo —dijo mi compañero de celda—. Le pondremos un poco de unguento...

Le oí moverse y luego el chasquido de alguna clase de astilla, y más ruidos que indicaban que revolvía algo. Saqué el encendedor, y cuando el chasquido

provocó la llama, lo sostuve en alto... y me quedé atónito.

El agente Dzok estaba en cuclillas a corta distancia, con la cabeza vuelta en dirección opuesta a la luz, con un pequeño botiquín en las manos... Unas manos cubiertas de pelo corto y sedoso de color caoba que se extendía hasta debajo de los puños de un maltrecho uniformé blanco. Sus brazas eran largas y fuertes, llevaba botas de piel suave calzándole unos pies extraños de alargados talones, su cabeza era redonda, la tez oscura, la nariz larga. Dzok volvió hacia mí el rostro, de ojos hundidos y amarillentos bastante juntos, de boca ancha que al abrirse descubrió unos dientes cuadrados y amarillos.

—Me deslumbra un poco la luz —dijo con su voz musical—. Llevaba tanto tiempo a oscuras...

Tragué saliva, apagando el encendedor.

—Perdona —dije entre dientes—. ¿Qué..., quién dijiste que eras?

—Noto que estás un tanto asustado —dijo Dzok, en tono divertido—. ¿Debo suponer que aún no conocías rama de los homínidos?

—Tenía la extraña idea de que nosotros, los Homo-sapiens, éramos la única rama de la familia que alcanzó la era cenozoica —dije—. Me impresionó bastante conocer a esos tipos de afuera. Ahora tú...

—Hmmm, creo que nuestras dos familias se separaron aproximadamente a finales del pliocénico. Los Hagroon son un ramal algo posterior, de finales del pleistoceno... o sea de hace medio millón de años.

Rió suavemente:

—Como ves, representan una relación más estrecha con vosotros los sapiens que con nosotros los de Xonijeel...

—La noticia es deprimente.

La mano curtida de Dzok palpó mi brazo y finalmente lo agarró suavemente para frotar con cuidado la abrasión. El frío ungüento empezó a provocar pulsaciones en la herida.

—¿Cómo fue que te capturaron?

—preguntó Dzok —. ¿Formabas parte de algún grupo de prisioneros capturados en un ataque?

—Según creo, soy el único —yo no abandonaba mi recelosa precaución. Dzok parecía amistoso, pero tenía demasiado pelo para mi gusto después de mi experiencia con los Hagroon. Aunque éstos estuvieran más emparentados conmigo que con el agente, en mi mente les relacionaba sin poder remediarlo... Y eso que Dzok tenía más parecido con un mono que con un gorila.

—Es curioso —dijo Dzok —. Según las normas, las capturas suelen

ser de unos cincuenta. Supongo que es el grupo mínimo que merece la pena para el análisis cultural, el adoctrinamiento y demás que se precisan.

—¿Se precisan para qué?

—Para utilizar a los prisioneros — contestó Dzok —. Los Hagroon son negreros, por supuesto.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Siendo tú víctima imaginé que lo sabías...—Dzok marcó una pausa —. Pero bueno, quizás estés en una categoría distinta. ¿Dices que fuiste el único cautivo?

—En cuanto a ti... —dije, ignorando su pregunta—. ¿Cómo llegaste aquí? El agente suspiró:

—Me temo que fui un poco imprudente. Tuve la ingenua idea de que en esta congenie de razas homínidas pasaría desapercibido, pero me descubrieron inmediatamente. Después de aturdirme a golpes, me condujeron a rastras ante un tribunal de monagenarios para ser interrogado, pero simulé no entenderles...

—¿Quieres decir que hablas su lengua? —le interrumpí.

—Naturalmente, mi querido amigo. Un agente de Cuarta Clase sería muy poco eficiente sin un adoctrinamiento de idiomas.

Pasé eso por alto.

—¿Qué clase de preguntas te

hicieron?

—Todo bobadas, la verdad. Es sumamente difícil para razas no cosmopolitas comunicarse con sentido común. Las arrogaciones básicas culturales varían de tal manera...

—Nosotros nos entendemos bastante bien.

—Bueno, después de todo yo soy un agente de Campana de La Autoridad. Se nos adiestra para esta capacidad de comunicación.

—Valdría más que empezaras por el principio. ¿De qué autoridad hablas? ¿Cómo llegaste aquí? Y, ante todo, ¿de dónde eres? ¿Dónde aprendiste inglés?

Dzok había terminado de curarme

el brazo. Se rió de buena gana, con naturalidad. El encierro en condiciones tan miserables no parecía inquietarle.

—Responderé a las preguntas por orden. Propongo que ahora vayamos a mi estrado. He colocado algunos harapos en el rincón seco. Y seguramente te gustará comer algo decente después de esa bazofia asquerosa que dan nuestros amigos.

—¿Tienes comida?

—Mi ración de emergencia. La he economizado bastante. No es muy satisfactoria, pero bastante nutritiva.

Nos dirigimos a una zona en forma de estantería situada a la derecha de la celda, en un rincón alto del fondo, donde

me tumbé en los harapos secos y bien ordenadas de Dzok, aceptando una cápsula del tamaño de un huevo de petirrojo.

—Trágate la —dijo Dzok—. Es una ración equilibrada para veinticuatro horas, preparada de forma concentrada, por supuesto. Se asimila en unas nueve horas.

También lleva agua —me dio una taza de espesa arcilla. Engullí la píldora con bastante esfuerzo.

—Debes tener la garganta más grande —dije—. Y ahora, ¿qué contestas a mis preguntas?

—Ahí, sí, la Autoridad. Se trata del gran gobierno con jurisdicción sobre

toda la región de la Telaraña comprendida en los dos millones de unidades-E a la redonda de la Línea...

Le escuché pensando en la reacción de las autoridades Imperiales ante esa noticia cuando yo regresara —si regresaba— y suponiendo que hubiera algún lugar adonde volver. No se trataba sólo de una nueva raza viajera por la Red, sino de dos, y ambas tan extrañas entre sí como lo eran para mí. Y las tres reclamando, sin duda, el derecho a territorio siempre más extenso...

Dzok seguía hablando:

—...nuestra labor en el sector Anglic ha sido limitada por razones evidentes...

—¿Cuáles?

—Nuestros muchachos no hubieran pasado desapercibidos entre vosotros —dijo Dzok secamente—. De manera que dejamos el sector para que hicierais lo que se os antojara...

—Pero, ¿habéis estado ya allí?

—Sólo en misión rutinaria de reconocimiento y casi siempre en tiempo nulo, por supuesto...

—Empleas demasiado los «por supuesto», Dzok —dije—. Pero continúa. Te escucho.

—Disponemos de mapas bosquejados del área. Hay una vasta extensión desértica de C... —

carraspeó—. Un vasto desierto conocido como la Desolación en el cual no sobrevive ninguna línea mundial. Está rodeada el área por un espectro bastante amplio de líneas relacionadas todas ellas con el núcleo técnico del norte de Europa como fuente central de cultura... tecnología de bajo nivel, por cierto, pero donde ya empiezan a brillar las primeras luces del entendimiento...

Prosiguió haciendo el esbozo del vasto alcance de las líneas-A que constituían la extensión de actividades de la Autoridad. No le señalé sus conceptos erróneos respecto a la ausencia total de vida en la Ruina, o a su aparente ignorancia de la existencia de una línea con posibilidades viajar por la

Red. Mantendría en reserva esta información.

—... el alcance de la Autoridad se ha extendido desde hace mil quinientos años —decía el agente—. Nuestra capacidad única de tránsito por la Telaraña entraña, naturalmente, cierta responsabilidad. La primitiva tendencia a explotación se ha superado hace tiempo y la Autoridad ahora ejerce solamente una función policíaca y mantenedora de la paz, en tanto que obtiene útiles materias y productos fabricadas de cuidadosa selección y tiene una normal base comercial.

—Hmmm —me conocía de memoria el discurso. Palabrería idéntica emplearon Bernadette y Richthofen y los

demás conmigo cuando llegué por primera vez a Estocolmo Cero-Cero.

—Mi misión aquí —continuó Dzok — era descubrir las fuerzas ocultas detrás del tráfico de esclavos que ha creado tanta inquietud y miseria en la periferia de la autoridad, y recomendar el método óptimo para eliminar inconveniente con el mínimo de interferencia abierta. Como te he dicho, menosprecié gravemente a nuestros Hagroon. Fui arrestado a los quince minutos de mi llegada.

—¿Y aprendiste el inglés en tus visitas a... al Sector Anglic?

—Nunca he visitado personalmente el sector, pero, las Bibliotecas de

idiomas han controlado, naturalmente, los dialectos en desarrollo.

—¿Sabes tus amigos dónde estás?

Dzok suspiró:

—Me temo que no. Ahora comprendo que me marché dispuesto a lucirme en mi papel... Lo comprendo tarde. Me imaginaba regresando al Cuartel General IDMS con la solución total en bandeja de plata. En vez de eso... Bueno, con el tiempo notarán mi prolongada ausencia y tratarán de localizarme. Entretanto...

—Entre tanto..., ¿qué?

—Sólo me queda la esperanza de que actúen antes de que me llegue el turno.

—¿El turno para qué?

—¿No lo sabes, amigo? Por supuesto que no; no hablas su detestable dialecto. Verás, todo se debe a la escasez de comida. Son caníbales. Los cautivos incapaces de demostrar su utilidad como esclavos son sacrificados para ser devoradas.

—¿De cuánto tiempo disponemos, según tú? —le pregunté a Dzok.

—Calculo que lleva tres semanas aquí —dijo el agente—. Cuando llegué, había das infelices, un par de esclavos de ínfima inteligencia. Según deduje, hacía dos semanas que estaban aquí. Se las llevaron la semana pasada. Supuse que celebraban un banquete para un alto

personaje. A juzgar por el aspecto del menú, les serían indispensables esos colmillos feroces que tienen. Debían estar muy duras.

Empezaba a comprender a l agente Dzok. Su aire despreocupado encubría la convicción de que estaría en una cazuela de los Hagroon antes de que pasaran muchos días.

—En este caso, creo que lo mejor será empezar a buscar la forma de salir de aquí —propuse yo.

—Esperaba que lo entendieras así —dijo Dzok—. Tengo un plan... pero tendrán que llevarlo a cabo dos hombres. ¿Se te da bien trepar?

—Haré lo que sea —dije sin

rodeos—. ¿Cuál es tu plan?

—En el corredor montan guardia dos tipos. Tendremos que atraer a una de ellos para quitarlo de en medio par separado. Eso no será difícil.

—¿Y cómo burlamos al otro guardián?

—Será un tanto arriesgado, pero no imposible. Dispongo de algunos materiales, piezas de mi equipo de supervivencia así como de algunos objetos que he ido coleccionando desde ras: llegada. También hay un mapa que dibujé de memoria. Tendremos que abrir brecha hasta la entrada durante unos cien metros de corredor. La entrada lateral será nuestra, salida. Esperemos que no

nos tropecemos con un grupo de Hagroon antes de llegar al fin del recorrido. Tu disfraz será inútil si te ven de cerca.

—¿Disfraz? —tuve la sensación de haber entrado en el delirante sueño de algún borracho —. ¿De qué iremos vestidos? ¿De Drácula y Hombre-Lobo? —tenía el pensamiento ágil, sintiéndome un poca irresponsable. Me tumbé de espaldas sobre los harapos, cerré los ojos. La voz de Dzok parecía llegar desde muy lejos.

—Descansa bien. Haré los preparativos. En cuanto despiertes, paremos la intentona.

Desperté al oír voces roncas, enojadas. Me incorporé, parpadeando, escudriñando las sombras. Dzok dijo algo en voz baja y le replicó otra voz animal, brutal. Ahora podía olerle, incluso en el aire fétido de la celda: el olor que emanaba del airado Hagroon se imponía sobre los demás hedores. Pude verle. Era corpulento, grande, y estaba cerca de la entrada. No me explicaba cómo logró introducirse en aquella abertura que resultaba estrecha para mí...

—No te muevas ni hagas ruido, Anglic —dijo Dzok en el mismo tono apaciguador que estuvo empleando con

el Hagroon—. Éste viene a por mí. Por lo visto se me ha acabado el tiempo...—. Seguidamente empezó a hablar de nuevo en el extraño dialecto.

El Hagroon gruñó y escupió. Vi alargarse su brazo y a Dzok esquivarla agachándose, disparando un golpe en el pecho del otro grandullón. El Hagroon lanzó una exclamación ronca, encorvándose un poco y extendió de nuevo el brazo. Me puse de pie, crispé la muñeca y al instante sentí el impacto del revólver de resorte en la palma de mi mano.

Dzok retrocedió y el carcelero se abalanza sobre él, descargando un puñetazo que le pilló desprevenido y le hizo tambalearse. Me acerqué hacia el

Hagroon, apunté y disparé a quemarropa. La reculada del arma me despidió hacia atrás y el hombre monstruo cayó de espaldas tambaleándose hasta golpear el suelo, donde pataleó, abrazándose con sus enormes brazos. Hacía horribles sonidos guturales y me sorprendí sintiendo lástima del bruto. Era duro. Un disparo hecho a tan poca distancia hubiera matado a un buey, pero él se revolcaba tratando de levantarse, Fui hacia él y cogiendo su cabeza volví a disparar. El fluido salpicó mi cara. El cuerpo enorme dio un brinco tremendo y quedó inerte. Me sequé la frente con el antebrazo, resoplando para evitar el olor a sangre, y me volví hacia Dzok. Estaba

tendido en el suelo, cogiéndose un brazo.

—Me equivoqué contigo, Anglic —dijo, jadeando—. Has hecho un magnífico papel... Tenías un arma...

—¿Qué hay del plan? —pregunté—. ¿Lo intentamos ahora?

—Maldito... bruto —masculló Dzok entre dientes—. Me ha roto el brazo. Una condenada dificultad. Tal vez sea mejor que lo intentes tú sólo.

—Vete al infierno. Vamos, manos a la obra. ¿Qué hago?

Dzok emitió un sonido sofocado que podía ser una carcajada.

—Eres más duro de lo que pareces,

Anglic, y el arma nos será útil. De acuerdo. Esto es lo que vamos a hacer...

Veinte minutos más tarde me encontraba, sudoroso, dentro del disfraz más fantástico jamás utilizado en una fuga de presidiarios. Dzok me había colgado encima una tosca túnica hecha de tiras de harapos —había un montón en la madriguera cuando él llegó— que antes fueron catres de los anteriores prisioneros. Las tiras de tela llevaban prendidos colgantes mechones de pelo grasiento que me ocultaban el cuerpo. El agente intercambió con sus primeros compañeros de encierro la ración de comida por el privilegio de recortarles muestras de pelo de sus cuerpos. El Hagroon muerto nos suministró más

pelo. Dzok confeccionó el grotesco disfraz empleando cinta adhesiva de su equipo. Ese increíble ropaje me cubría las rodillas.

—Esto es fantástico —le dije—. ¡No engañaría a un idiota de nacimiento ni a cien metros y en una noche oscura!

El agente Dzok se afanaba metiendo un bulto en lo que quedaba de su chaqueta.

—Tu aspecto es lo bastante abultado y harapiento. No podemos mejorarlo. Esperemos que no te sometan a un examen detenido. Vamos, ya podemos irnos.

Dzok salió el primero, con movimientos torpes, atado el brazo roto

contra el pecho, pero sin lanzar un solo quejido. Se detuvo para asomar la cabeza al corredor. Y luego lo cruzó a gatas.

—Adelante, no hay moros en la costa —dijo en voz baja—. Nuestro guardián está dando un paseo.

Le seguí, saliendo al aire relativamente frío y limpio después de la maloliente madriguera. Había luz como de costumbre en el pasillo. Imposible calcular la hora del día. A unos treinta metros, el corredor se torcía hacia la derecha, y empinándose. No vimos ninguna abertura en esa parte. Supusimos que el guardián se encontraba más adelante.

Dzok avanzaba sigilosamente: delgada s caderas, cintura baja, sus piernas flacas, extrañas, dobladas en las rodillas, y su piel de foca relucía a través de los muchos jirones que antes formaron su impecable uniforme. Antes de llegar a la curva, oímos el rumor de voces Hagroon. Dzok se detuvo y me situé a su lado. Tenía ladeada la cabeza, a la escucha.

—Son dos —susurró—. Asquerosa mala suerte...

Esperé, mientras el sudor goteaba dentro de mi traje de payaso de harapos y mechones de pelo colgante. Noté un pinchazo doloroso entre mis omóplatos. No era el primero desde que conocí la hospitalidad

Hagroon. Hice una mueca, pero no intenté rascarme; la precaria indumentarias e habría caído a pedazos.

—Oh —murmuró Dzok —. Se va uno de los dos. Relevo de guardia.

Hice un signo afirmativo con la cabeza. Pasó otro minuto con un tic-tac como el de una bomba de relojería. Volviéndose, Dzok me dirigió un guiño y algunas palabras roncadas, airadas —una pasable imitación de la forma de hablar de los Hagroon—, después de lo cual silabeó:

—Cuenta despacio hasta diez... —y echó a andar: por el corredor a paso rápido, bamboleándose. Cuando ya desaparecía por la esquina, miró atrás,

gritando algo, como chachareando. Después, le perdí de vista.

Empecé a contar, con el oído alerta. Oí gruñir al guardián Hagroon y luego la réplica de Dzok. Cinco. Seis. Siete. El Hagroon hable de nuevo. Su voz estaba más cerca. Nueve. Diez...

Respiré profundamente, procurando adoptar la postura de los Hagroon y, encorvando los hombros, empecé a andar hacia la esquina, doblándola con paso ligero.

A unos seis metros, más allá de la luz, se encontraba Dzok, agitando su brazo sano, gritaba algo señalando hacia atrás: a mí. Unas yardas más adelante, el guardián, una fiara chaparra y erizada

como un montón de heno, echó un vistazo en mi dirección. Dzok se le acercó de un salto, gritando aún. El Hagroon levantó el brazo para propinarle un golpe que Dzok logró esquivar. Me acercaba a la bombilla iluminada. Dzok se abalanzó, agazapado, pasando junto al guardián. El Hagroon estaba vuelto de espaldas a mí, a cipsos cuatro metros, casi a mi alcance. Maniobré mi revólver de resorte hasta sentirlo en la mano, recorrí otro metro y medio...

El centinela giró en redondo, pareció que iba a gritarme, pero de pronto vio mejor lo que debió parecerle una vaga silueta en la escasa luz. Tenía buenos reflejos. Arremetió contra mí

mientras en su cara ancha, oscura, estaba impresa todavía la primera expresión de sobresalto. Disparé en el preciso instante en que chocó contra mí y caímos los dos. Su cuerpo de cuatrocientas libra, me aplastaba como un camión embistiendo a un carrito de frutas. Conseguí ladearme, retorciendo el cuerpo para esquivar la masa de su peso antes de caerme contra el suelo. Rellené de aire mis pulmones y levanté la mano libre para hacer otro disparo. Pero no fue necesario: la mole humana se aferraba a mí, inerte como un mamut.

Dzok estaba a mi lado, ayudándome a levantarme con su mano sana.

—Todo va bien por ahora —dijo cordialmente, retocando el cuerpo de mi

traje peludo—. Menuda arma la tuya. Vosotros los sapiens sois maravillosos con ese tipo de instrumentos... Supongo que es el natural resultado de vuestra fragilidad física.

—Dejemos mi análisis para otro momento —murmuré. Me dolían los hombros después de habérmelos arañado contra el áspero suelo—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Nada se interpone entre nosotros y la ranura de desperdicios de que te hablé. No esto lejos... Vamos.

Estaba animoso como de costumbre, impasible después del breve y violento encuentro. Él caminaba delante mientras bajamos por un

pasadizo lateral y subimos después hasta otra curva en un corredor más ancho y lleno del hedor de basuras quemadas.

—Las cocinas —murmuró Dzok—. Es un poco más adelante.

Entonces oímos voces fuertes... Los Hagroon no sabían hablar de otro modo. Pegados de espaldas contra el áspero muro, esperamos. Dos matones de hombros caídos salieron por la arcada baja de la cocina alejándose en dirección opuesta.

Seguimos avanzando, rastreando una serie de desperdicios tirados por el suelo hasta entrar, por una entrada baja, a un arcón lleno de restos putrefactos de comida. Creía haberme graduado ya en

el curso de malos olores, pero éste era un nuevo espectro de hedores. Lo atravesamos chapoteando, miramos por una ranura de unas dos yardas de ancho encostrada de basura. Sólo se veían sombras negras y, vagamente, unos guijarros húmedos allá abajo. Retorcí el cuerpo, mirando hacia arriba. Por encima de mi cabeza se veía una línea irregular de aleros.

—Lo suponía —dije en voz baja—. Los techos bajos indicaban que estábamos bajo tejado. Creo que esta gente levantó primero este montón de piedras aquí y luego hizo las habitaciones.

—Precisamente —contestó Dzok—. No resulta muy eficiente, pero en una

sociedad donde abunda la labor de esclavas y no existe talento arquitectónico, es útil.

—¿En qué sentido? —pregunté—. ¿Hacia arriba y hacia abajo?

Dzok me miró con cierta duda, observando mis hombros y mis brazos como lo haría un «manager», de boxeo examinando una posible adición a su establo.

—Hacia arriba —dijo—. Eso es, si crees que puedes hacerlo.

—Supongo que no tendré otro remedio —dije—. ¿Y tú cómo te las arreglarás con ese brazo?

—¿Eh? Oh, molestará un poco, pero no importa. ¿Vamos?

Y Dzok se introdujo por la abertura en el grueso muro, de sesenta centímetros de ancho, de espaldas. Pasó delante los pies, hasta desaparecer de mi vista. Entonces me encontré completamente solo. Detrás de mí las voces roncadas y algunas pisadas sonaban más cercanas que antes. Alguien venía hacia mí. Me volví de espaldas como lo hizo Dzok y me introduje en la ranura. Las basuras proporcionaban adecuada lubricación.

Mi cabeza asomó a la noche fría. Vi arriba el gélido resplandor de las estrellas en un cielo negrísimo, los vagos contornos de los edificios próximos, algunas luces débiles que salían de aberturas hechas al azar en

Los toscos muros. Tardé bastante tiempo en alcanzar la cornisa sobresaliente que tenía encima. Estiré el cuerpo, procurando no pensar en el profundo abismo de abajo... encontré donde asirme, trepé y salté por encima. Dzok se acercó cuando me incorporaba en el suelo.

—Al otro lado hay un puente que comunica con la torre contigua —susurró—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Tuve el capricho de admirar el panorama. Oye, ayúdame a librarme del disfraz de gorila.

Me desprendí del traje que ahora estaba pegajoso y cubierto de porquería mientras Dzok trataba, infructuosamente,

de quitarme los trozos pegados a mi espalda. Él tenía peor aspecto que yo, si cabe. Su piel brillante estaba mojada y manchada de líquido hediondo.

—Cuando llegue a casa —dijo—, tomaré el baño más prolongado y caliente que sea posible conseguir en el sensorio más lujoso de la ciudad de Zaj.

—Cuenta conmigo para el baño —propuse—, si salimos de ésta.

—Cuanto antes nos pongamos en camino, antes prepararán los cepillos las lindas doncellas —echó a andar a través de la ligera bóveda del tejado, se agazapó al otro lado y, dándose la vuelta, desapareció de mi vista. Pensé que Dzok era más mono de lo que creí al

principio. Descendí torpemente, a gatas, me deslicé por el saliente, tanteé con el pie, sin encontrar un punto de apoyo.

—Déjate caer —dijo Dzok suavemente—. Apenas hay un metro de altura.

Hubiera querido meditar esa proposición en la tranquilidad de mi estudio, durante varias horas, pero no había tiempo para divagaciones. Intenté relajarme y luego dejarme caer. Caí libremente y tras un momento vertiginoso una piedra saliente me arañó la mejilla al chocar contra una cornisa lisa, mientras con una mano rascaba piedra y la otra se agitaba en el vacío. Agarrándome fuerte. Dzok tiró de mí hacia atrás. Me incorporé y distinguí

vagamente la franja oscura, sin barandillas, que desaparecía en la noche. Iba a preguntar si se trataba del puente que debíamos cruzar, pero Dzok ya caminaba por el mismo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, después de un recorrido que hubiera sido ordinario para la mosca humana media, Dzok y yo nos encontramos envueltos en las sombras de una calleja alfombrada con las habituales basuras acumuladas.

—Esto sería el paraíso de un arqueólogo —murmuré—. Bajo los pies tenemos de todo, desde la piel de plátano de ayer hasta el desperdicio que han tirado en este lugar.

Dzok estaba ocupado abriendo el fardo que llevó en el interior de su chaqueta. Le ayudé a preparar las correas y latones que le quitamos al Hagroon que maté en la celda.

—Ahora cambiaremos los papeles —dijo suavemente—. Yo soy el aprehensor si alguien nos interroga. Puede que me salga bien. No sé hasta qué punto extrañará mi aspecto al monstruo medio de la calle. Cuando me trajeron aquí vi algunos tipos australopitecántropos. Ahora te corresponde a ti guiarnos al lugar donde dejaste el vehículo. ¿Hay una media milla aproximadamente, dijiste?

—Más o menos... si el aparato sigue allí.

Avanzamos por la calleja paralela a la principal vía pública que atravesé escoltado dieciocho horas antes. El camino era tortuoso, estrechándose en ocasiones entre muros desiguales y abriéndose luego en una plaza de mercado donde, en la quietud de la noche, aparecían tres puestos de venta desiertos, casi derruidos. A la media hora de caminar, propuse hacer un alto.

—Estos malditos caminos me han desorientado —dije—. Creo que tendremos que aventurarnos a ir por la calle principal, al menos hasta que pueda calcular otra vez nuestra situación.

Dzok asintió con la cabeza y

enfilamos una calleja lateral saliendo a la avenida relativamente ancha. Al otro lado de la calle había un Hagroon solitario. Espaciados faroles sostenidos por postes de tres metros proyectaban círculos de luz amarillenta sobre una acera sacia que bordeaba fachadas sin ventanas adornadas s ó l o p o r líneas retorcidas de albañilería tan extrañas como colmenas de abejas.

Caminé hacia la derecha. Un abrevadero de piedra oscuro donde fluía agua, aceitosa me resultó familiar; más allá de este lugar había visto al mastodonte enjaezado. No estaba lejos la callejuela de donde salió el vehículo del tiempo. La calle doblaba hacia la izquierda. Señalé un callejón oscuro que

desembocaba desde un punto más ancho de la calle.

—Creo que es ésta. Deberíamos buscar otra calle e intentar llegar allí por la parte de atrás. Probablemente el aparato esté vigilado.

—Pronto lo sabremos.

Una abertura angosta de en frente comunicaba, al parecer, con el centro del bloque de albañilería. Penetramos en la abertura, saliendo a un callejón sin salida del cual arrancaba una abertura arqueada que se internaba en una oscuridad completa.

—Probemos a seguir este camino —propuso Dzok —, creo que nos llevará en buena dirección.

—¿Y si es al dormitorio de alguien? —contemplé el lúgubre edificio; los muros toscamente argamasados no permitían adivinar la función de su interior. Los Hagroon sólo conocían un estilo de construcción: el gótico en roca sólida.

—En ese caso, nos replegaremos rápidamente.

—Lo cierto es que me atrae, muy poco la idea de correr por esas calles oscuras con una horda de Hagroon furiosos pisándonos los talones —dije—. Pero imagino que vale la pena intentarlo.

Me aproximé a la arcada, escudriñé el interior, seguidamente me

zambullí en la negrura. Mis zapatos sonaban fuertes en el suelo áspero. Oía la respiración de Dzok que me seguía. Detrás de nosotros se extinguió el último resplandor de luz. Ahora tanteaba el camino apoyando una mano contra el muro, Continuamos avanzando durante largo rato.

—¡Ssssss!—Dzok me tocó el hombro con la mano—. Creo que nos equivocamos al doblar alguna esquina, amigo...

—Sí...—lo pensé—. Será mejor que volvamos atrás.

Por espacio de otros diez minutos retrocedimos a tientas en la oscuridad, con el máximo sigilo posible. Dzok se

detuvo de pronto. Me acerqué a él por detrás.

—¿Pasa algo? —pregunté en voz baja.

—Chsst.

Entonces lo oí: el ligero sonido de unos pies arrastrándose. Brotó un resplandor más allá ole una curva que teníamos delante, mostrando una puerta oscura al otro lado del pasadizo.

—Ahí dentro —susurró Dzok, abalanzándose hacia ella. Le seguí, chocando contra él. Cerca de nosotros se oía una fuerte respiración.

—¿Qué dijiste acerca de unos dormitorios? —me dijo al oído.

El ronquido ganó en resonancia, siendo seguido por gorgorotadas. Percibí el movimiento de un cuerpo macizo, el crujido de basuras desordenadas. Después se produjo un silencio sobrenatural.

Dzok hizo un movimiento repentino. Oí un confuso estruendo en el otro extremo de la habitación. Él me agarró la mano, arrastrándome consigo. Tropecé con objetos, oí que su mano arañaba piedra y entonces nos situamos negados de espaldas contra el muro. El cuerpo enorme de un Hagroon se puso en pie, dirigiéndose después a la luz de la puerta abierta que habíamos cruzado. En la parte de fuera apareció otra figura andrajosa; podía tratarse del tipo al que

oímos anteriormente en el callejón.

Los dos intercambiaron gruñidos guturales. El que estaba más cerca volvió a la habitación y bruscamente la cámara quedó inundada de luz de vanadio.

Vi que Dzok y yo nos encontrábamos en un gabinete que nos ocultaba parcialmente de ser vistos desde la puerta. El Hagroon bizquea a causa de la luz, volviéndose a medias... y girando rápidamente el cuerpo al descubrirnos. Dzok dio un salto. El revólver de resorte chocó en su mano, pero Dzok ya había pasado por su lado, arrojándose de cabeza hacia otra abertura. Yo estaba detrás de él, esquivando la manaza torpe del

Hagroon, y seguidamente me encontré adentrándome apresuradamente por un túnel, en dirección a un débil resplandor del otro extremo. Dzok iba saltando, bastante más adelante. Detrás de nosotros sonaban alaridos, una horrible barahúnda de ladridos, sonoras pisadas. No quería verme perseguido por una horda de energúmenos en la oscuridad, pero al menos estaba a salvo por el momento.

Dzok salió de un brinco al espacio abierto, deteniéndose de un patinazo y, mirando en ambas direcciones, señaló a un lado y desapareció. Corrí hacia la calleja y vi a Dzok que embestía a un par de Hagroon centinelas, y, más allá de él, vi la mole rectangular del

vehículo.

El agente lanzó un grito. Reconocí los gruñidos y graznidos del lenguaje Hagroon. Los dos guardianes titubearon. Uno me señaló, dirigiéndose hacia mí, el otro abrió los brazos, ladrándole algo a Dzok. Éste, lanzado a toda velocidad, tendió los brazos rechazando al humanoide más macizo, esquivó al Hagroon cuando se tambaleó hacia atrás, y echó a correr hacia el aparato. Maniobré con el revólver de resorte, disparándolo casi a boca de jarro, vi que el Hagroon pegaba un brinco chocando contra el muro y entonces alargaba los brazos... pero yo estaba ya fuera de su alcance.

El adversario de Dzok se

estremeció al verme, pero sólo por un momento. Cuando se volvió hacia mí, disparé... y erré el tiro. Traté de apartarme, resbalé, desplomándome, y las manazas de Hagroon apenas me arañaron, quedándose con una manga de mi chaqueta. Me incorporé y, gateando, salí a escape hacia la entrada abierta del vehículo. Dzok me tendía la mano, y me subió de un fuerte tirón. La puerta se cerró a mi espalda cuando el centinela arremetía contra ella como un rinoceronte.

Dzok ocupó de inmediato el asiento del operador.

—¡Válgame el cielo!—gritó—. ¡Está rota la palanca de control! —el aparato daba sacudidas causadas por los

porrazos en la compuerta de entrada. Dzok agarró el borde del tablero con la mano sana; los músculos de su hombro se hincharon y con un tremendo esfuerzo, lo levantó arrancándolo de su sitio y dejando al descubierto los compactos componentes electrónicos.

—¡Pronto, Anglic! —ordenó—. Los cables..., ¡crúzalos!

Me situé a su lado, cogí dos pesados cables aislantes, junté sus cabos retorciéndolos. Siguiendo las instrucciones que me gritaba el agente, aflojé cables, hice rápidas conexiones con un grupo macizo —que reconocí como un activador de campo M-C —y una unidad parecida a un transformador de cincuenta Kw. Dzok alargó la mano y

apretó violentamente un desgastado cabo de cable contra una sólida barra colectora. Con un chorro de chispas azules y amarillas, el cobre se soldó con el acero.

Se inició un ronco zumbido; de pronto cesaron los tremendos porrazos contra la puerta de entrada. Sentí que me rodeaba la tensión familiar del campo M - C. Lancé un prolongado suspiro, y me recliné pesadamente en mi asiento.

—Por un pelo, Anglic —suspiró Dzok—. Pero ya estamos a salvo...

Le miré. Vi oscilar sus ojos amarillentos, vi que se entornaban. Entonces se ladeó cayendo sobre mis

rodillas.

## CAPÍTULO V

Dzok yacía aún en el lugar donde le llevé a rastras, sobre la hierba alta, al pie de un árbol pequeño y umbroso. Su pecho subía y bajaba con la respiración rápida, casi entrecortada propia de su especie.

El vehículo del tiempo se encontraba a unos quince metros de distancia, apoyado contra una escarpadura rocosa en cuya cúspide se

hallaba posado un mono gris del tamaño de un chimpancé, que nos miraba rascándose con giro pensativo. Mis ropas, junta con los restos del uniforme blanco de Dzok, estaban extendidas sobre la hierba. Las había lavado en el cercano riachuelo de lecho arenoso. Había hecho inventario de mis heridas, descubriendo sólo arañazos, cortes y contusiones leves.

El agente se ladeó, gimiendo, su cara se crispó un poco al caer talo el pesa de su cuerpo sobre el brazo herido; después, abrió los ojos.

—Bienvenido —dije—. ¿Te sientes mejor?

Gimió otra vez. Sacando su lengua

pálida, se tocó los labios delgados, negruzcos.

—En cuanto vuelva a casa, presentaré mi dimisión definitiva —refunfuñó. Movió el cuerpo para dejar libre el brazo y levantándose con la mano sana, se lo cruzó delante del pecho.

—Tengo la sensación de que este miembro es de otra persona —gimió—. De alguien que tuvo una muerte horrible.

—Más vale que te lo sujete mejor. Movió la cabeza.

—¿Dónde estamos, Anglic?

—Mi nombre es Bayard. En cuanto a nuestra situación sé tanto de eso como tú. La exploración me llevó cinco horas

hasta que decidí descender aquí y esperar que recobraras el conocimiento. Por lo visto estabas peor de lo que me dijiste.

—Me encontraba casi exhausto — confesó el agente—. Me habían propinado tres palizas fenomenales y se me agotaban las píldoras alimenticias. Hacía una semana que andaba escaso de raciones.

—¿Cómo diablos te las arreglaste para sostenerte en pie... y para trepar, pelear y correr... y, encima, con el brazo roto?

—El mérito apenas me corresponde a mí, muchacho. Se trata simplemente de liberar ciertos estímulos

metabólicos de emergencia. Hipnóticos, ¿entiendes? —su mirada captó la escena—. Bonito lugar. ¿No hay rastro de nuestros anteriores anfitriones?

—Todavía no. Llegamos hace unas cuatro horas.

—No creo que nos molesten. Por lo poco que sabemos de ellos, poseen malos instrumentos de Telaraña. No nos seguirán la pista —observó el horizonte irregular.

—¿Maniobraste el vehículo espacialmente? Por lo visto nos encontramos en la selva. Moví la cabeza:

—Esas escarpaduras —indiqué los elevados pináculos de piedra rojiza que

rodeaban el claro—, las vi transformarse de lo que fueron edificios en regiones habitadas. Da la sensación de que los hombres y nuestras obras somos simplemente una fuerza de la Naturaleza, como cualquier otra catástrofe.

—Lo mismo he visto yo —afirmó Dzok—. No importa la vía que se sigue a través de las líneas-mundiales alternas: los cambios son progresivos, evolucionistas. Un charco se convierte en estanque, luego en lago, después en presa, luego en una piscina y seguidamente en un pantano lleno de árboles muertos y serpientes enormes; los árboles se estiran o se encogen, les brotan ramas nuevas, nuevos frutos, se

deslizan a través de la tierra hacia nuevas posiciones, pero esto siempre de manera gradual. No hay discontinuidades en la rejilla entrópica salvo, naturalmente, anomalías provocadas por el hombre tales como la Desolación.

—¿Sabemos dónde estamos? —el mono gris del risco me observaba con recelo.

—Dame un minuto para reunir fuerzas —Dzok cerró los ojos, hizo profundas inspiraciones—. Tendré que volver al estado de auto-hipnosis mnemónica. No conservo recuerdos conscientes de esta región.

Esperé. Su respiración se hizo

profunda y rápida como era normal en él. Los ojos parecían salirse de las órbitas.

—Bien —dijo con vehemencia—. No está tan mal después de todo. Calculo que nos encontramos a unas mis horas de la Central de Autoridad de Zaj.

Después de sentarse, empezó a levantarse un poco vacilante.

—Será mejor que hagamos algo. Tendré trabajo en calibrar los instrumentos; resulta un tanto difícil navegar con las pantallas apagadas — me miró pensativamente—. Y eso me recuerda algo, Bayard... ¿Cómo te las arreglaste para controlar el aparato?

Me di cuenta de que yo arrugaba la

frente. Todavía no sabía si fruncir el ceño o sonreír.

—Más vale que confíe en ti, Dzok —dije—. También yo sé algo sobre vehículos del tiempo.

Esperó con expresión alerta e interesada.

—Tu Autoridad no es la única potencia que reclama el control de la Red. Yo represento al Gobierno Supremo del Imperio.

Dzok, complacido, hizo un signo afirmativo con la cabeza:

—Me alegro de que decidieras contármelo. Así resultó todo más agradable. No sé, inspira una mayor confianza mutua.

—¿Ya lo sabías?

—Debo confesar que utilicé una sencilla técnica hipnótica contigo mientras descansabas, allá en la celda. Averigüé algunos datos fascinantes y aproveché la oportunidad para sembrar algunas sugerencias en tu mente. Nada malo, por supuesto. Cínicamente calmé un poco tu síndrome de angustia y te impuse obediencia para seguir mis instrucciones al pie de la letra.

Estaba contemplándome con aire alegre. Mi expresión quedó fijada en una abierta sonrisa de sarcasmo.

—Me tranquiliza saberlo. Ahora me siento menos granuja por trabajar contigo mientras estabas inconsciente.

Por un momento pareció sobresaltarse, pero en seguida volvió a reaparecer su expresión de complacencia.

—Lamento decepcionarte, amigo, pero estoy bien —protegido contra esas cosas...— calló de pronto, ligeramente alarmado, como si acabara de ocurrírsele un pensamiento.

—También yo lo estoy —afirmé con un gesto.

Se echó a reír. Su cabeza de bala de cañón pareció partirse en una sonrisa que mostró treinta y seis dientes por lo menos. Inclinandose se golpeó la rodilla con la mano sana, doblando el cuerpo en un paroxismo de hilaridad y se me

acercó, un poco vacilante. Retrocedí un paso, tensa ya mi muñeca.

—Tienes una risa contagiosa, Dzok —dije—. Pero no lo suficiente para aproximarme demasiado a ese martinete que tienes por brazo.

Se irguió, sonriendo ahora con pesar.

—Eso me suena un poco a recelo —admitió.

—Creo que saldremos bien de todo —dije—, pero tú procura no insistir en esos trucos de novato. Tuve que aprender todo lo que podía aprender sobre ellos.

Frunció su boca ancha de labios delgados.

—Quisiera saber por qué te detuviste aquí. ¿Por qué no continuaste hasta volver a la seguridad de tu base mientras yo estaba inconsciente?

—Ya te lo dije. No sé dónde estoy. No conozco este territorio... y no hay mapas a bordo de ese cacharro.

—Aaah. ¿Y ahora esperas que yo te conduzca a casa... colocándome en una situación difícil?

—Tú apareja y calibra el cuadro de a bordo. Ya pilotaré yo solo.

Movió la cabeza.

—Todavía soy mucho más fuerte que tú, compañero... a pesar de mi lesión —crispó su brazo roto—. No

logro imaginar cómo puedes obligarme.

—Conservo el arma que nosotros, l o s sapiens, fabricamos con tanta habilidad.

—Sin embargo, no te convendría pegarme un tiro y sonreía otra vez. Tuve la impresión de que todo aquello le divertía.

—Lo mejor será que vayamos a Xonijeel. Allí procuraré que te den la máxima ayuda.

—Tuve una muestra de la hospitalidad de los peludos no deseo tener más —repliqué. Asumió una expresión pesarosa.

—Confío en que no nos confundas a nosotros, l o s australopitecántropos,

con los

Hagroon sólo porque tengamos el cuerpo un poco velludo.

—¿Es esa una promesa de que me daréis un vehículo dejándome en libertad?

—Bueno... —abrió sus manos anchas y surcadas—. Después de todo, me encuentro en una posición...

—Piensa en la posición en que estarías si te dejara aquí.

—Temo que tendría que oponerme activamente a tal esfuerzo por tu parte.

—Perderías.

—Hmmm. Probablemente. Por otra parte, sería un prisionero muy valioso

para esa Imperio tuyo, de forma que más vale morir peleando —s e puso tenso, como preparándose para entrar en acción. Yo no quería eso.

—Haré otra proposición —dije rápidamente—. Si cuento con tu palabra de oficial de la Autoridad de que se me dará la oportunidad de hablar con las altas funcionarios de Zaj... accederé a acompañarte primero allí.

Respondió afirmativamente y con presteza—. Eso puedo garantizártelo. Y me comprometo personalmente al asegurarte que recibirás un trato honorable.

—Trato hecho —di un paso adelante, tendí la mano procurando

disimular la preocupación que sentía. Dzok estaba inexpresivo, hasta que cogió mi mano con desenvoltura. Tenía la palma de la mano caliente y seca, dura y piel como la gata de un perro.

—La mana vacía, sin armas —murmuró—. Un maravilloso simbolismo —otra vez apareció su abierta sonrisa.

—Me alegro de que lo hayamos solucionado. Pareces un buen tipo, Bayard, a pesar de... —desfalleció un gato su sonrisa—. Tengo la curiosa sensación de que de alguna forma me has hecho...

—No sabía cómo convencerte para que me llevaras a Zaj —dije, devolviéndole la sonrisa—. Gracias por

facilitarme las cosas.

—Hmmm. ¿Jaleos en casa?

—Es mucho más que eso.

Frunció el ceño:

—Mientras trabajo con los instrumentos me contará los detalles.

Después de una hora, dos nudillos despellejados y un ligero «shock» eléctrico, el vehículo se puso en ruta. Dzok ocupaba la plaza de piloto, inclinado sobre el maltrecho tablero de controles.

—Esa curiosa luz que mencionaste —estaba diciendo—, ¿recuerdas si se extendía incluso en espacios cerrados, exenta de cualquier fuente normal?

—Exacto. Era un resplandor azulado, sobrenatural.

—No me explico algunas cosas de tu relato —dijo Dzok—. Sin embargo, en lo referente al efecto de luz, está claro que fuiste trasladado espontáneamente a un nivel nulo de tiempo. Los Hagroon suelen operar allí. La luz aparente es debida a ciertas emanaciones originadas por la oscilación de partículas elementales en un nivel de energía sumamente reducido; una parte de esta actividad provoca una respuesta del nervio óptico. ¿Observaste que surgía sobre todo de superficies metálicas?

—No me fijé.

Dzok meneó la cabeza, ceñudo.

—Se requiere una fantástica potencia de energía para transferir la masa a través del entrópico. Mucho más, por ejemplo, que para emprender la impulsión a través de las líneas-A. ¿Y dices que te encontraste allí sin ayuda mecánica?

—Hice un signo afirmativo.

—¿Qué es el tiempo nulo?

—Ah, un concepto muy difícil

—Dzok estaba ocupado en tomar nota de las lecturas de los instrumentos, revolviendo cosas y apuntando nuevas lecturas. Como técnico de vehículos del tiempo estaba mucho más adelantado que yo.

—En la entropía normal, naturalmente, nos movemos en una dirección que podemos imaginar conveniente como hacia adelante; en los viajes por la Telaraña nos movemos en sentido perpendicular a este sector... podría decirse que de lado. El tiempo nulo... Bien, considéralo como situados en ángulos rectos con ambos: un continuo atrofiado, sin vida, donde las energías fluyen de manera extraña.

—Entonces la ciudad no estaba alterada... era yo. Fui arrojado desde mi continuo normal a este estado de tiempo nulo...

—Esto es bastante exacto, amigo  
—Dzok me hizo un Guiño de simpatía

—. Ya veo que hiciste un tremendo esfuerzo pensando todo lo contrario.

—Empiezo a ver claro —dije—. Los Hagroon estudian el Imperio desde el tiempo nulo... preparándose para atacar de improviso. Disponen de técnicas muy superiores a las del Imperio. Necesitamos ayuda. ¿Crees que nos la dará la Autoridad?

—No lo sé, Bayard —dijo Dzok—. Pero haré lo que pueda por ti.

Durante algunas horas dormí con un sueño inquieto en el suelo detrás de la plaza de control antes de que Dzok me despertara. Levantándome, me incliné para ver la pantalla por encima de su asiento. Ahora nos encontrábamos entre

torres afiladas; minaretes de frágil belleza que se elevaban, rosados, amarillos, verdes en un claro cielo matutino.

—Magnífico —dije—. Supongo que estamos cerca de tu línea habitable.

—¡Ah las torres de Zaj! —Dzok lo dijo coma si cantara—. ¡No hay nada igual en todos los universos!

—Esperemos que el recibimiento sea tan agradable como esos hermosos edificios.

—Escucha, Bayard, hay algo que... eh... creo que debo asirte —Dzok titubeaba—. Francamente, algunos tienen ciertos resentimientos contra el grupo sapiens. Es algo irrazonable, pero

no podemos soslayar el hecho.

—¿En qué se basa ese resentimiento?

—En ciertas... características raciales. Se os considera feroces, implacables competidores, amantes de la violencia...

—Comprendo. No somos buenos y dóciles como los Hagroon, vamos. ¿Y quién fue el que eliminó a un Hagroon para robar el aparato en el que nos encontramos?

—Sí, sí, todos tenemos cierto grado de combatividad, pero tal vez habrás observado que incluso los Hagroon se sienten más inclinados a esclavizar que a matar y, aunque son

crueles, su crueldad nace de la indiferencia, no del odio. Te vi darle una patada a uno de ellos cuando entraste en la celda. ¿Advertiste que él no se vengó?

—Cualquiera, reaccionaría peleando si le dan una paliza.

—¡Pero sólo vosotros los sapiens habéis matado sistemáticamente cualquier otra forma de vida homínida en vuestro continuo nativo!

Dzok empezaba a excitarse un poco.

—¡En cada línea donde existís, sólo existís vosotros, los lampiños! ¡Siglas atrás, en la primera confrontación de la mutación de calvicie

con el antrópico normal -impulsados, sin duda, por la vergüenza que os producía vuestro estado da desnudez- hicisteis una matanza con vuestros congéneres peludos! ¡Incluso hoy día tenéis la mente retorcida por antiguos complejos de culpabilidad y vergüenza asociados con la desnudez!

—¿Luego consideras responsable a la presente generación de lo que sucedió, o pudo suceder, hace miles de años?

—En mi sector de mundo —dijo Dzok— hay tres principales razas de Hombre: nosotros, los australopitecántropos, empleando vuestros términos, los rodhesianos —trabajadores excelentes, fuertes y

voluntariosos, aunque no muy inteligentes —, y los derivados de Pequín... ya sabes, individuos de rostros azules. Convinimos en perfecta armonía, agrupados sociales, contribuyendo cada grupo con sus aptitudes especiales a la cultura común. Por el contrario, vosotros, los sapiens... ¡Pero si incluso distinguís a los de vuestra especie por triviales detalles!

—¿En cuanto a mí? ¿Te parezco un maníaco furioso Dzok? ¿He demostrado algún desagrado hacia ti, pongamos por ejemplo?

—¿Hacia mí? —Dzok pasó del asombro a la hilaridad—. ¡Hacia mí! —reía a carcajadas—. ¡Vaya idea...!

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Tú... con esa cara lampiña, miembros desgarrados, dentadura degenerada..., ¡obligado a dominar tu desagrado natural hacia mí! —poco faltó para que se cayera de la silla.

—¡Bien, si sintiera desagrado natural, al menos tendría la decencia de olvidarlo! —repliqué.

Dzok cesó de reírse, restregándose los ojos con una esponja colgante. Me miró como disculpándose.

—Reconozco que lo conseguiste —dijo—. Además, me vendaste el brazo, lavaste mi uniforme...

—¡Y también tu cogote, palurdo!

Dzok sonreía con turbación.

—Lo siento, compañero. No he sabido dominarme. Esos comentarios personales... Todo bobadas. Se juzga a un tipo por lo que hace, no por lo que es, ¿eh? Ninguno de nosotros puede contener sus inclinaciones naturales... Y acaso el dominar el propio instinto sea, a fin de cuentas, un logro más noble que carecer del impulso en primer lugar—. Me tendió la mano, indeciso.

—La mano vacía, sin armas, ¿eh?  
—sonrió. Le cogí la mano.

—Eres un gran tipo, Bayard —dijo Dzok—. Sin ti estaría pudriéndome en aquella maldita celda. Estoy contigo..., ¡y en todo momento, compañero!

Se volvió al sonar un zumbido, pulsó enérgicamente los conmutadores, accionó el mando principal, observó los indicadores de cuadrantes, movió de un tirón el pulsador de transferencia. Disminuyó el sonido de los generadores de campo. Dzok me miró con radiante expresión.

—Ya hemos llegado —levantó el dedo pulgar—. Hoy puede ser un gran día para nuestras dos razas.

Descendimos en una amplia plaza de baldosas de color salpicada de árboles; las geométricas formas de macizos de flores y de fuentes resaltaban a la luz del sol. Se veían centenares de australopitecántropos que paseaban

tranquilamente de dos en dos o iban apresurados de un lado a otro con ese aire apremiante que era, al parecer, una característica de los burócratas Xonijeelianos como lo era de sus contrapartidas en casa. Algunos llevaban túnicas parecidas a las «djellabas» árabes, otros calzones y chaquetas multicolores, y aquí y allá se veían los pulcros uniformes blancos que indicaban a los IDMS.

Nuestra llegada repentina en el centro de la multitud origine un leve revelo que se convirtió en apagado murmullo al verme a mí. Vi que algunos arrugaban la nariz en su cara chata de generosa dentadura, otros me dirigían airadas hostiles, y llegaron a mis oídos

algunas risitas. Alguien le dijo algo a Dzok. Él contestó, cogiéndome fuertemente el brazo.

—Lo siento, Bayard —musitó—. No debe parecer que andas suelto, ¿comprendes? Agitó un brazo hacia un aparato ligero que volaba bajo, creí que era un «heli» hasta que descubrí que carecía de rotores. Tomó tierra y una compuerta transparente se abrió como una concha de almeja. Un pariente cercano de Dzok mostró una magnífica dentadura al tiempo que saludaba con la mano, pero al verme a mí, desapareció su sonrisa. Habló con voz, aflautada y Dzok le contestó mientras, asiéndome del brazo, me hizo caminar.

—Ignórale, Bayard. No es más que

un campesino.

—Es fácil. No sé qué dice.

Me instalé en el mullido asiento. Dzok se sentó a mi lado y dio cierta dirección al conductor.

—Después de todo, la aventura no ha resultado mal —dijo con aire expansivo—. De regreso sano y salvo, más o menos, con una máquina capturada y un invitado poco corriente.

—Celebro que no dijeras «prisionero» —comenté, mirando hacia abajo al atractivo dibujo de parques, plazas y delicados chapiteles que sobrevolábamos a increíble velocidad—. ¿Adónde nos dirigimos?

—Vamos directamente al Cuartel

General. Mi informe impondrá una acción rápida y, por supuesto, a ti también te interesa actuar de prisa.

No quedaba mucho más por decir. Continué admirando la ciudad abajo y observé, a lo lejos, una maciza torre blanca. Íbamos directamente hacia ella; describimos un círculo a su alrededor como a la espera de instrucciones para aterrizar, y luego, suspendidos, descendimos para posarnos en una pequeña plataforma amortiguadora en el centro de una terraza donde crecían altas palmeras, grandes macizos de flores azules y amarillas, estanques asimétricos y, aves y animales enjaulados, completaban el decorado de una jungla.

—Ahora más vale que me dejes hablar a mí. Bayard —dijo Dzok, conduciéndome apresuradamente hacia el hueco de una escalera—. Expondré tu caso de la manera más favorable ante el Consejo y confío en que no habrá problemas. Seguramente podrás regresar a casa en cuestión de horas.

—Espero que ese Consejo haga menos discriminaciones raciales que los patanes de allí abajo... —me interrumpí, estupefacto, mirando una jaula camuflada donde un bípedo sin pelo ni cola, de sesenta centímetros de estatura, frente estrecha, hocicudo y barba rala me contemplaba con boba expresión.

—¡Dios mío! —exclamé—. Es un

hombre... un enano...

Dzok se volvió bruscamente.

—¿Eh? ¿Cómo? —sonrió de pronto—. ¡Oh, vamos, no es más que un «tonquil», Bayard! Una criatura muy divertida, pero apenas es humana...

El enano se movió, emitiendo un sonido parecido a un lamento. Seguí andando, dominado por una mezcla de emociones ninguna de las cuales reforzaba mi confianza.

Descendimos la escalera mecánica, recorrimos un ancho y frío corredor hasta una puerta de cristal y penetramos en una espaciosa habitación con tragaluces, un estanque, césped, mesas, y una hilera de gavetas al otro extremo.

Dzok se acercó a una pantalla mural, habló en tono apremiante y luego regresó a mi lado.

—Todo arreglado —me dijo—. El Consejo está reunido en sesión y revisará el caso.

—Esta sí que es actuar con rapidez —dije—. Temía tener que pasar una semana llenando impresos y luego vivir angustiado pendiente del calendario.

—Aquí no ocurre eso —dijo Dzok, altivamente—. Los Consejos locales se ufanan de no tener lista de causas pendientes.

—¿Un Consejo local? Suponía que veríamos a los mandamases. Necesito recurrir a los más altos funcionarios...

—Esto es el Supremo. Están capacitados todos ellos para valorar una situación, tomar una decisión adecuada dar las órdenes oportunas —miró una escala en la pared: que supuse se trataba de un reloj.

—Disponemos de media hora. Dedicaremos unos momentos a asearnos, cambiarnos de ropa y demás. Sospecho que todavía llevamos impregnados el hedor de la prisión Hagroon.

En la habitación había algunos otros clientes: Xonijeelianos larguiruchos y delgados que cruzaban a nado la piscina o descansaban en canapés. Al pasar nosotros nos

miraron con curiosidad. Dzok habló con uno o dos de ellos, pero sin entretenerse charlando. Al acercarnos a la, gavetas, pulsó botones, utilizó una cinta anexa para medirme, accionó una palanca. Por una rendija ancha salió deslizándose un paquete plano.

—Un equipo limpio, Bayard. Es bastante diferente del que estás acostumbrado a llevar, pero creo que te resultará cómodo... Francamente, una indumentaria familiar puede resultarte muy útil para combatir cualquier... ah antipatía que puedan sentir los Miembros del Consejo desde el primer momento.

—Magnífico —murmuré—. Es una lástima haberme desprendido del disfraz

de mono. Podría presentarme un Hagroon.

Con un «bah» indiferente, Dzok escogió ropas pava sí mismo y me acompañó a una sala de duchas donde unos orificios del techo abovedado brotaban chorros de agua cálida y perfumada. Nos desnudamos y nos enjabonamos, logrando Dzok quedar cubierto de espuma; seguidamente nos secamos con aire en el vestuario.

Mis ropas nuevas -calzones y chaqueta de satén azul y plata, junto con zapatos suaves y una camisa blanca con seda- me sentaban bastante bien. Dzok soltó una risita al ver que me peinaba. Supongo que el esfuerzo le parecerá inútil. Se miró al espejo por última vez,

encasquetándose la gorra nueva blanca con pasamanería dorada en su redonda cabeza, sujetó la correa escarlata casi debajo de su boca y dio un último tirón a la ceñida túnica.

—No es frecuente que un agente regrese del campo con un informe que justificadamente clasifica de Sub-Emergencia Clase Dos —dijo en tono satisfecho.

—¿Qué es la emergencia? ¿Yo o los negreros Hagroon?

Dzok se rió, acaso con cierta inquietud:

—Vamos, vamos, no te preocupes, Bayard. Estoy seguro de que los Consejeros comprenderán la índole

poco común de tu caso...

Volví con él al corredor, pensando en ello.

—Supón que yo fuera un raso «común», ¿qué pasaría entonces?

—Bueno, la política de la Autoridad intervendría en ese caso, pero...

—¿Y qué decidiría la política de la Autoridad? —insistí.

—Esperemos a ver cómo se desarrolla la situación, ¿eh? —Dzok se adelantó rápidamente, dejándome con la desagradable sensación de que su confianza se esfumaba a medida que nos aproximábamos a las enormes puertas doradas que más adelante bloqueaban el

ancho corredor.

Dos rígidas centinelas con trajes blancos ribeteados de plata hablaron en tomo seco al vernos acercar. Dzok intercambió algunas palabras con ellas y uno de los dos pulsó un control para abrir las puertas. Dzok respiró profundamente, esperando que me acercara. Más allá de él vi una mesa larga detrás de la cual había una hilera de rostros —en su mayoría australopitecántropos, pero con representantes de otros tres tipos de Hombre por lo menos —de cabezas grises o canoas, algunos con trajes blancos adornados en rojo, otros pocos con trajes corrientes de llamativo colorido.

—Ánimos, llegó el momento —  
musitó Dzok—. A mi izquierda y medio  
paso atrás. Sigue mis movimientos de  
protocolo... —entonces se adelantó  
hacia los mayores. Fijé en mi semblante  
una expresión que no reflejara violencia  
ni oposición, y le seguí. Doce pares de  
ojos amarillos observaron mis  
movimientos; frente a mí, al otro lado de  
la mesa, doce expresiones y en ninguna  
de ellas una cálida sonrisa de  
bienvenida. Un rostro delgado con  
barba gris a la izquierda del centro  
hizo un chasquido con sus labios,  
ladeándose para murmurar algo al  
consejero de su izquierda.  
Deteniéndose, Dzok hizo una leve  
reverencia doblando las rodillas, habló

brevemente en su lenguaje staccato y luego me señaló.

—Presento al Consejo a Bayard, nativo del Sector Anglic —dijo, hablando en inglés—. Como verán, un sapiens...

—¿Dónde lo capturaste? —preguntó vivamente el miembro de cara delgada can voz aguda e irritable.

—Bayard no es... ah... un cautivo precisamente, Excelencia —empezó a decir Dzok.

—¿Estás insinuando que este ser llegó aquí a la fuerza?

—Puedes ignorar la pregunta, agente —dijo un consejero, de cara redonda sentado a la derecha—. El

consejero Sphogeel desahoga su tendencia a la retórica. Sin embargo, tu declaración requiere algunas aclaraciones.

—¿Tienes presente la política de la Autoridad en relación con los antropoides calvos, agente? —intervino otro.

—Encontré a Bayard en circunstancias anormales —dijo Dzok suavemente—. Conseguí huir de mi prolongado encarcelamiento gracias únicamente a su cooperación y ayuda. Mi informe...

—¿Encarcelamiento? ¿Un agente de la Autoridad?

—Opine que debemos escuchar el

informe completo del agente... inmediatamente —dijo el consejero que antes interrumpiera a Sphogeel, añadiendo a continuación un comentario en idioma Xenijeeliano. Dzok le contestó en el mismo lenguaje, gesticulando con sus largos brazos. Permanecí callado a su izquierda y medio paso rezagado según sus instrucciones, con la sensación de ser un objeto de segunda mano en una subasta donde a nadie le interesaba comprarme.

Los consejeros dispararon preguntas a las que Dzok contestó con vehemencia, sudando todo el tiempo. Durante la conversación la expresión del viejo Sphogeel no se dulcificó ni tanto así. Finalmente, el consejero de

cara redonda agitó una mano grisácea de largos dedos y clavó la mirada en mí.

—Bien, Bayard, el agente Dzok nos ha contado en qué circunstancias te encontraste bajo su custodia...

—Dudo que Dzok dijera tal cosa —le interrumpí con sequedad—. Estoy aquí invitado, como representante mi gobierno.

—¿Tolerará el consejo semejante impertinencia? —preguntó Sphogeel con voz chillona—. Habla cuando se ordene hacerlo, sapiens... ¡y procura contener la lengua!

—Y me consta también —insistí con machaconería—: en su informe mencionó el hecho de que necesito ser

trasladado inmediatamente a mi propia línea.

—Tus necesidades no interesan a este consejo —replicó Sphogeel—. ¡Sabemos cómo tratar a los de tu especie!

—¡De mi raza no saben nada! le repliqué—. No ha habido cantado previo entre nuestros respectivos gobiernos...

—¡Hay un solo gobierno, sapiens! —exclamó Sphogeel—. En cuanto a tu raza... —Su labio superior alargado, flexible, se frunció mostrando encías rosadas y mugrosos dientes, dibujando la mueca parecida a la de un hallo enojado— ...ya estamos familiarizados

con vuestro récord de criminal mutilación...

—Basta, Sphogeel —intervino otro miembro—. Yo desearía escuchar el relato de las experiencias de este individuo. Al parecer las actividades de los Hagroon podrían ser cierto significado...

—¡Y yo digo que dejemos a los Hagroon que hagan que quieran en lo que concierne a estos perversos fraticidas! —atacó Sphogeel de nuevo. Estaba más alterado de lo que requerían sus prejuicios. Comprendí su postura: ni siquiera tenía la intención de escucharme. Había llegado el momento de que yo metiera baza.

—Le guste o no, Sphogeel —grité para que se me oyera con el alboroto—, el imperio es una primera potencia viajera de la Red. Nuestras dos culturas tendrán que fundirse tarde o temprano. Me gustaría ver que nuestras acciones tienen un buen comienzo.

—¿Viajera de la Red? —inquirió el consejero—. Eso no lo mencionaste, agente. —Miraba gravemente a Dzok.

—Iba a hacerlo al llegar a esta parte del informe, excelencia —dijo Dzok en tono tranquilo—. Bayard afirmó que, a pesar de ser trasladado a la línea Hagroon en un vehículo Hagroon, su gente tiene una propia vía en la telaraña. Verdaderamente, parece estar un poco familiarizado con los

controles de la primitiva máquina Hagroon.

—Esto cambia el aspecto general del asunto —dijo el funcionario—. Caballeros, propongo que no tomen medidas precipitadamente que pudieran perjudicar las futuras relaciones con una potencia de la Telaraña...

—¡No tendremos tratos con la escoria! —chilló el viejo Sphogeel, poniéndose de pie—. ¡Nuestra política actual de expl...!

—¡Siéntese, consejero! —rugió el miembro gordo, levantándose de un brinco para encararse con el de cara delgada—. ¡Conozco bien las políticas relativas a esta situación! ¡Y sugiero que

nos abstengamos de anunciarlas al mundo!

—Cualquiera que fuese su política en el pasado —intervine, rompiendo el silencio— debería valorarse otra vez a la luz de datos nuevos. El Imperio es una potencia de la Red, pero es innecesario cualquier conflicto de interés...

—¡Miente! —exclamó Sphogeel con desdén mirándome a través de la mesa negra—. ¡Hemos efectuado un extenso reconocimiento en el entero cuadrante Sapien, incluido el llamado Sector Anglic! Y no encontramos pruebas de aptitud nativa de tránsito por la Telaraña.

—La línea Cero-Cero del Imperio

s e halla en la región que ustedes denominan Desolación —dije.

Sphogeel estaba boquiabierto.

—¿Tienes la audacia de mencionar ese horrible monumento al ansia de destrucción de tu tribu? ¡Esto es suficiente para expulsarte de la sociedad de Homínoides decentes!

—¿Cómo es eso posible? —preguntó otro—. No vive nadie en la Desolación...

—Otra mentira de ese ser canalla —replicó Sphogeel—. Exijo que el consejo expulse a este degenerado inmediatamente y que haga constar una sanción de Clase Segunda en el expediente de este agente.

—No obstante —les grité a los consejeros existen cierto número de líneas normales en la ruina. Una de ellas —, sede de un gobierno de la Red. Como funcionario da de gobierno, pido que oigan lo que tengo que decir y me concedan la ayuda que solicito.

—La petición es bastante modesta —dijo el miembro gordo—. Siéntese, consejero. En cuanto a ti, Bayard... adelante con tu historia.

Furioso, Sphogeel hizo chasquear los dedos. Un muchachito vestido de blanco y sin adornos, salió de su discreto puesto cerca de la puerta, escuchó las instrucciones que le susurré al mayor, y salió a escape. Sphogeel se

cruzó de brazos, llameante la mirada de cólera.

—Lo acato, reservándome el derecho a protestar —gruñó.

Terminé mi relato media hora después. Entonces me formularon preguntas; algunas de ellas partieron de miembros razonables como el rechoncho que se llamaba Nikodo, otras eran simples observaciones incendiarias como «¿Todavía golpeáis a vuestras esposas?» Contesté a todas ellas con tanta claridad como me fue posible.

—Debemos entender entonces —dijo un consejero de aspecto truculento — que te encontraste en un nivel de tiempo nulo de tu continuo nativo,

llegando allí por medios ignorados. Entonces viste a personas, Hagroon al parecer, que embarcaban en transportes preparando su partida. Mataste a uno de esos hombres, robaste uno de tus primitivos objetos para viajar por la Telaraña y descubriste que estabas atrapado. Al llegar a la línea del mundo Hagroon, te hicieron prisionero y escapaste de la celda matando a un segundo hombre. Ahora compareces aquí solicitando valiosa propiedad de la Autoridad y libertad para continuar tus actividades.

—El planteamiento de los hechos es inexacto, excelencia —empezó a decir Dzok, pero calló al ver la expresión de uno de los consejeros.

—El hombre se confiesa autor de dable homicidio exclamó Sphogel—. Opina...

—Déjenle hablar —gritó Nikodo.

—Los Hagroon traman algo. Es muy probable que se trate de un ataque al imperio desde el tiempo nulo. Si no nos prestan apoyo, solicito que me faciliten el transporte a casa para poder advertir de...

El joven mensajero volvió a entrar, se acercó a Sphogeel y le entregó una tira de, papel. Sphogeel la miró y seguidamente clavó los ojos amarillos en mí.

—¡Me lo figuraba! ¡Este ser miente! —dijo con voz ronca—. ¡Su

historia fantástica es una patraña! El Imperio, ¿eh? Una potencia de la Telaraña, ¿eh? ¡Ja!

Sphogeel le dio el papel al consejero que tenía al lado, un tipo de expresión triste, pálido, de espeso bigote y sin barbilla. Miró el papel parpadeando y luego me miró a mí con sobresalto; ceñudo, pasó el papel al que ocupaba en el asiento contiguo. Cuando la nota llegó a manos de Nikodo, éste la leyó, me dirigió una mirada de extrañeza, y la releyó.

—Me temo no comprender esto, Bayard—. Me miraba ahora fijamente. Las bordes de su rostro moreno adquirirían matices purpúreos casi negros —. ¿Qué esperabas conseguir al intentar

engañar a este consejo?

—Seguramente podría descifrar el misterio si me dijera de qué habla — repliqué. En silencio, el papel me fue entregado desde el otro lado de la mesa. Miré aquellos extraños caracteres parecidos a las huellas de un grajo.

—Lo siento. No sé leer Xonijeeliano.

—Esto ya es una prueba — refunfuñó Sphogeel—. Afirma ser un funcionaria de la Telaraña, pero no tiene conocimientos lingüísticos...

—El consejero Sphogeel ordenó verificar tu declaración —dijo Nikodo can frialdad—. Dijiste que esta línea del mundo Cero-Cero se encuentra

aproximadamente en nuestras  
coordenadas 875-259 dentro del área  
de la d e Desolació n . Nuestros  
observadores hallaron tres líneas de  
mundo normales en el desierto... Hasta  
ahí, tu historia contenía visos de verdad.  
Pero respecto a las coordenadas 875-  
259...

—¿Sí? —afirmé mi voz con un  
esfuerzo.

—No existe tal línea de mundo. La  
ininterrumpida extensión de los mundos  
destruidos cubre la región entera de la  
Telaraña.

—Será mejor que echen otro  
vistazo...

—¡Compruébalo tú mismo!—.

Sphogeel me arrojó encima de la mesa otro papel: un brillante fotograma, mucho más detallado que los torpes trazados utilizados por el servicio de mapas de la red imperial. Reconocí inmediatamente la forma oval de la Ruina, y en su interior los puntos brillantes que representaban los mundos tercera línea-A en la Ruina, desconocida para mí. Pero conocidos como Ruina-Insular dos y tres, así como una en el lugar donde debería estar la línea Cero-Cero del Imperio... no había nada.

—Creo que el consejo ha perdido suficiente tiempo con este charlatán —dijo alguien—. Que se lo lleven. Dzok estaba mirándome. ¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué mentiste, Bayard?

—Está clara la intención de ese sujeto —rechinó la voz de Sphogeel—. Atribuyendo a otros sus propias motivaciones, supuso que si confesaba ser ciudadano de una raza subtécnica, recibiría escasa atención. Por consiguiente intentó impresionarnos hablando de una gran potencia de la Telaraña... ¡una velada amenaza de represalia! ¡Lastimoso subterfugio! ¡Pero no podía esperarse otra cosa de semejante inferior genético!

—Su equipo funciona mal —grité—. Proceden a otro examen y...

—¡Silencio, criminal! —Sphogeel estaba de pie otra vez. No pensaba perder la ventaja que había conseguido

con su técnica de choque.

—Sphogeel oculta algo —chillé—. Trucó la foto...

—Esto es imposible —replicó Nikodo con aspereza—. ¡No te favorecerá lanzar falsas acusaciones, sapiens!

—Sólo he pedido ser transportado a casa—. Tiré la foto de reconocimiento al otro lado de la mesa—. ¡Si me llevan allí pronta sabrán si miento!

—Suicida, pide que sacrifiquemos un transporte y una tripulación para dar rienda suelta a su locura —exclamó alguien.

—Hablan mucho de los instintos criminales de los míos —grité—.

¿Dónde están los tipos sapiens aquí en este cómodo mundo suyo? ¿En campos de concentración?,

¿Escuchando diarias conferencias sobre el amor fraternal?

—No hay formas inteligentes sin pelo en Xonijeel —replicó Nikodo.

—¿Por qué no? —insistí, encolerizado—. No irán a decirme que se extinguió la raza.

—Eran demasiado débiles —dijo Nikodo a la defensiva—. Pequeños, desnudos, mal equipados para afrontar los rigores de los períodos glaciales. No sobrevivió ninguno hasta la era presente...

—¡Así que les mataron a todos!

Quizá en mi mundo ocurrió al revés... o tal vez en ambos casos obraron las fuerzas naturales. En cualquier caso, se trata de historia antigua. Sugiera que empecemos ahora de nuevo... Y ustedes pueden comenzar comprobando la veracidad de mi historia...

—¡Hay que terminar con esta farsa!  
—gritó Sphogeel aporreando la mesa para llamar la atención general—. ¡Propongo al consejo que se celebre una votación! ¡Inmediatamente!

Nikodo esperó hasta que cesaron los gritos.

—El consejero Sphogeel ha ejercido su derecho a una acción perentoria —dijo con expresión de

fatiga. Se llevará a cabo la votación de acuerdo con la proposición del consejero.

Sphogeel continuaba de pie.

—La cuestión queda expuesta de la siguiente manera —dijo solemnemente—. Otorgar lo que solicita este sapiens... —Miró a uno y otro lado de la mesa, como si calibrase el estado de ánimo de sus colegas.

—Está arriesgando su cargo al exponer el voto de solicitud —murmuró Dzok al oído—. Perderá si va demasiado lejos...

—...o, con la alternativa... —Sphogeel me miró entonces— ...de ser transportado a una línea de mundo

sub-técnica y terminar allí su ciclo vital en el aislamiento.

Dzok gimió. Un suspiro recorrió la mesa. Nikodo musitó:

—Si hubieras recurrido a nosotros con honradez, sapiens... —empezó a decir.

—¡El voto! —dijo Sphogeel con voz cortante ¡Llévese fuera al individuo, agente! Asiéndome por el brazo, Dzok me condujo al corredor. Detrás de nosotros se cerraron las macizas hojas de las puertas.

—No logro comprenderlo —dijo —. Ir a cantarles estupideces acerca de una potencia de la Telaraña. Has predispuesto sin remedio al Consejero

en contra tuya... ¿Y para qué?

—Te lo aclararé. Dzok —dije—. No creo que necesitarán ayuda de ninguna clase... Ya se habían formado una opinión del Homo sapiens.

—Nikodo se mostraba muy inclinado en tu favor —dijo Dzok—. Es un miembro poderoso. Pero tus absurdas mentiras...

—Escúchame, Dzok... —le agarré por el brazo—. ¡Yo no mentí! ¡Procura meterte esto en tu dura cabezota! Me tiene sin cuidado lo que revelaron vuestros instrumentos. ¡El imperio existe!

—El explorador no miente, sapiens —dijo Dzok con frialdad—. Sería mejor

que admitieras tu error y pidieras clemencia. —Se zafó de mi mano y alisó la arruga de su manga.

—¿Clemencia? —Me reí sin ganas —. ¿La del consejero Sphogeel acaso? Vosotros os ufanáis de vuestra propia filosofía... ¡pero a la hora de poner en práctica la política, sois tan despiadados como el resto de los monos!

—No se ha hablado de muerte — dijo Dzok con rigidez—. El traslado te permitirá vivir hasta el fin rodeado de un razonable confort...

—¡No hablo de mi vida, Dzok! ¡Viven tres billones de personas en ese mundo que según vosotros no existe! ¡Un

ataque inesperado de los Hagroon significará su total exterminio!

—¡Tu historia carece de sentido, Anglic! Tus afirmaciones han sido confirmadas como lo que son: ¡invenciones! ¡No hay tal línea de mundo de tu imperio!

—Vuestros instrumentos precisan ser revisados. Hace cuarenta y ocho horas...

Se abrieron las puertas de la Cámara del Consejo. El centinela prestó atención a alguien del interior y luego llamó con un ademán a Dzok. Dirigiéndome una mirada de preocupación, el agente entró en la Cámara. Los dos hombres armados se

situaron marcialmente uno a cada lado mío.

—¿Qué han dicho? —pregunté.

No hubo respuesta, Pasó lentamente medio minuto.

Como un amputado con muletas. Entonces se abrió la puerta otra vez y salió Dzok. Detrás de él había dos miembros del consejo.

—Se... ah... se ha tomado una decisión, Bayard —dije con severidad—. Te escoltarán al lugar donde pasarás la noche. Mañana...

Salió Sphogeel empujándole con el hombro para abrirse paso.

—¿Vacilaciones en el

cumplimiento de su deber, agente? — dijo con voz ronca—. ¡Dígale a ese sujeto que sus artimañas de nada sirven! El Consejero ha vetado el traslado...

Era lo que esperaba. Di un paso atrás, con el revólver de resorte ya en la mano... y el largo brazo de Dzok me golpeó en la frente con la fuerza de un hacha, haciendo saltar el arma al suelo alfombrado. Di media vuelta para escamotear el rifle rápido y corto del centinela que tenía más próximo. Llegué a tocarlo con la mano... en el preciso momento en que garras de acero me arrastraban hacia atrás. Ante mi cara había una mano grisácea de dorso reluciente como piel de foca, que aplastaba una pequeña ampolla. Chocó a

mi olfato el olor acre. Intenté contener la respiración... Las piernas se me desplomaban como cuerda mojada, se doblaban. Mi cuerpo, cayó al suelo sin yo notarlo. Estaba de espaldas y Dzok se inclinaba sobre mí, diciendo algo.

—...siento... culpa mía, compañero.

Hice el supremo esfuerzo, moví la lengua y logré pronunciar una palabra.

—....verdad...

—...profunda mnemónica...

—...acabar la misión...

—...palabra de honor de oficial...

—...¡que se vaya al infierno! Un Anglic es un Anglic...

Después casi ligero como un globo

hinchado, viendo que a mi alrededor la escena se dilataba, se difuminaba hasta desvanecerse en un torbellino de luces y oscuridad que disminuyeron hasta desaparecer.

## CAPITULO VI

Observé el jugo de los rayos de sol en las sutiles cortinas de la ventana abierta. Durante largo rato antes de pensar en quién era el dueño de las mismas Fue difícil recordarlo, como se recuerda con dificultad una lección aprendida tiempo atrás. Había sufrido una crisis nerviosa mientras cumplía una misión delicada en Luisiana... los detalles eran vagos... y ahora me encontraba en cura de reposo en el sanatorio de Harrow dirigido por la amable señora Rogers...

Me incorporé sentado en la cama,

con una debilidad evocadora de la última vez que estuve tumbado tic espaldas después de la última vez que estuve tumbado de espalera... Por un instante recordé a medias una ciudad extraña y muchos rostros, y...

Desapareció el recuerdo. Moví la cabeza, me recliné atrás en la cama. Estaba descansando; un reposo largo y agradable, con mi pensión... una imagen repentina y clara de mi libreta bancaria mostrando un balance de 10.000 Napoleones de oro depositados en el Banco Credit de Londres... Podría establecerme en cualquier parte y dedicarme a la jardinería, uno de mis más antiguos deseos...

A la escena parecía faltarle algo,

pero ahora resultaba demasiado molesto pensar en ello. Recorrí la habitación con la mirada. Era pequeña, alegre por los rayos de sol y el colorido claro de los muebles, con esteras clavadas en el suelo y un sobrecama representando una escena de caza, que sugería largas noches invernales junto a una fogata al aire libre. La puerta era estrecha, artesonada, pintada de marrón con un reluciente tirador de latón. Giré, el tirador y una mujer rolliza de cabellos grises, mejillas como manzana, un gracioso sombrero hecho de encaje y una falda multicolor, que fregaba el suelo, dio un respingo al verme y sonrió complacida como si yo acabara de decirle que hacía las tartas de manzana

como mamá.

—¡Señor Bayard! ¡Está usted despierto!

Tenía una voz chillona como el de un voceador de feria, con un acento que no pude localizar.

—¡Y me imagino que también estará hambriento! Le apetecerá un platito de sopa, ¿verdad, señor? Y acaso un pedacito de pastel para terminar.

—Prefiero un buen bistec con setas —dije—. Y, ah... Quise preguntarle quién era, pero lo recordé entonces: la afable señora Rogers, naturalmente.

—Y un vaso de vino si es posible —dije finalmente, tumbándome y observando las lucecitas que danzaban

ante mí.

—Claro que sí, y antes, un buen baño caliente. Resultará muy agradable, señor

Bayard. Voy a llamar a Hilda...

Después, las cosas se hicieron vagas. Tuve la ligera impresión de que alguien andaba de un lado a otro y creí oír voces femeninas parloteando. Me sentí cogido y estirado suavemente por los brazos. Hice un esfuerzo, abrí los ojos y vi la curva de un delantal de color que cubría una cadera juvenil. Ella se inclinaba a través de mi cuerpo, estaba quitándome la chaqueta del pijama. Más allá de la chica, la mujer mayor daba instrucciones a dos fornidos

hombres rubios que maniobraban con algo pesado que quedaba fuera del alcance de mi vista. La muchacha se enderezó y vislumbré una cintura esbelta, un bonito pecho y un rostro gracioso debajo de una melenita corta de cabellos lisos del color de la miel. Una vez hubieron terminado su trabajo, los dos hombres salieron con la matrona. La chica revolvió un poco por allí y luego siguió a los otros dejando la puerta abierta. Me incorporé apoyándome en un codo y vi una bañera de unos dos metros, esmaltada, llena de agua hasta la mitad, colocada sobre la alfombra oval, una enorme toalla, un cepillo de mango y una pastilla cuadrada de jabón sobre el taburete pequeño que

había al lado. El conjunto era atrayente. Me senté, pasando las piernas por el borde de la cama, respiró algunas bocanadas de aire hasta que desapareció el vértigo y, quitándome los pantalones de seda púrpura del pijama, me puse en pie algo vacilante.

—¡Oh, todavía no debe caminar, señor! —dijo una voz de contralto desde el umbral. Melena color de miel había vuelto acercándose con expresión preocupada en sus pícaras facciones. Casi desfallecido traté de coger mis pantalones, faltó poco para caerme y me senté pesadamente encima de la cama. Ella estaba ahora a mi lado, cogiéndome por debajo del brazo con su mano fuerte.

—A Gunvor y a mi nos tenía usted

preocupadas, señor. Dijo el doctor que había estado muy enfermo, pero como ayer se pasó el día entero durmiendo...

La escuché distraído. Una cosa es despertar en una habitación extraña y orientarse con dificultad y otra muy distinta darse cuenta de que uno se encuentra entre desconocidos y que es imposible recordar cómo llegó hasta allí...

Ayudado por ella caminé los tres pasos para llegar a la bañera y vacilé al intentar encaramarme para meterme dentro.

—Meta primero un pie, eso es — decía la chica. Cumplí las órdenes y, una vez dentro, me senté sintiéndome

demasiado débil para protestar siquiera del agua caliente. La muchacha se sentó en el taburete, echó atrás la cabeza para apartarse los cabellos y trató de cogerme el brazo.

—Soy Hilda —dijo—. Vivo ahí cerca, en el camino. Fue muy emocionante cuando Gunvor me telefoneó para decirme que venía usted, señor. No ocurre todos los días que tengamos aquí a un Louisiano y, para colmo, que también es diplomático. ¡Debe llevar usted una vida tan interesante! Supongo que ha estado usted en Egipto, en Austria y en España... y hasta en la Nación Semínola.

Parloteaba mientras me enjabonaba con la misma naturalidad con que lo

haría una abuela con su nieto de cinco años. Cualquier impulso de resistencia que pude haber tenido se había desvanecido; estaba tan débil como un niño de cinco años y era agradable que esta criatura vivaracha me masajeara la espalda con el cepillo mientras el sol brillaba a través de la ventana y sus cortinas eran agitadas por la brisa.

—...¿su accidente, señor? —Me di cuenta de que Hilda acababa de hacer una pregunta... una torpe pregunta. Sentía una fuerte aversión a confesar que había sufrido -y sufría- una ligera amnesia. Todo no lo había olvidado, naturalmente, sólo que los detalles eran tan confuso...

—Hilda... el hombre que me trajo

aquí... ¿le habló de mí... o del accidente?

—¡La carta! —Hilda se levantó de un salto dirigiéndose a una mesa decorada con flores rojas, amarillas, azules y anaranjadas, volviendo con un sobre cuadrado y rígido.

—¡Casi lo olvido! El doctor dejó esto para usted.

Alargué la mano mojada, abrí el sobre y saqué una cuartilla de papel de membrete de fantasía que estaba meticulosamente escrita a máquina:

*«Señor Bayard.*

*Con profundo pesar y mi mayor*

*consideración personal hacia usted, confirmo por la presente su retiro por incapacidad del Servicio Diplomático de Su Majestad Imperial Napoleón V...»*

Decía más cosas acerca de mis leales servicios y devoción, lamentaciones por no haberme restablecido a tiempo a fin de dimitir personalmente, y expresaba los vivos deseos de una rápida convalecencia. Citaba el nombre de un abogado de París quien contestaría a todas mis preguntas, y que en cualquier caso de necesidad, etc., etc. Era desconocido el nombre que figuraba al pie de la carta... pero, claro que sí, todo el mundo

conocía al conde Regis de Manin, diputado y ministro de Asuntos Extranjeros de Seguridad. El bueno de Regio... Leí dos veces la carta y, doblándola, la introduje en el sobre. Me temblaban las manos.

—¿Quién le dio esto? —mi voz sonaba ronca.

—El doctor, señor. Le trajeron en el carruaje, hace dos noches, y parecía muy interesado por usted. Fue una pena que sus amigos tuvieran prisa por tomar el vapor hacia Calais...

¿Qué aspecto tenía?

—¿El doctor? —Hilda reanudó el masaje con el cepillo. Era un caballero alto, señor, elegantemente vestido y con

una voz encantadora. Era moreno, sí. Pero solo le vi unos instantes y en la penumbra de la caballeriza me fue imposible distinguirle bien—. Soltó una risilla—. Pero sí pude fijarme en sus ojos muy juntos... Parecían dos avellanas en una huevera.

—¿Estaba solo?

—Vi a los cocheros, señor, y creo que dentro del carruaje iba otro caballero, pero...

—¿Les vio la señora Rogers?

—Sólo unos momentos, señor. Llevaban tantísima prisa...

Hilda terminó de bañarme, me secó, me ayudó a ponerme un pijama limpia y, acompañándome a la cama, me

arropó cuidadosamente. Quería hacerle más preguntas, pero el sueño me inundó como las aguas de un dique roto.

Cuando volví a despertarme, me sentí un poco más normal. Salté de la cama, fui tambaleándome hasta el armario, donde encontré un traje singular compuesto de pantalones estrechos, anchas solapas, una camisa con encajes en el cuello y los puños, y zapatos con hebillas.

En realidad no eran tan singulares, me corregí. Tenían mucho estilo... y eran nuevas: todavía llevaban la etiqueta del sastre en el bolsillo del pecho.

Cerré el armario y me acerqué a mirar por la ventana. Continuaba abierta

y el sol del atardecer destellaba en los geranios plantados en macetas colocadas en el antepecho. Debajo había un jardín bien cuidado, un sendero empedrado, un portillo blanca y, a lo lejos, el alto capitel calado de una iglesia. En el aire flotaba un olor a heno recién cortado. Entonces vi aparecer a Hilda por el recodo, con un cesto en la mano y cubierta la cabeza con un chal. Llevaba puesta una falda que le llegaba hasta los tobillos y zapatos de madera con franjas pintadas de azul y rojo. Miró hacia arriba y sonrió al verme.

—¡Hola, señor! ¿Ha acabada el sueño? —Acercándose, levantó la tapa de la cesta para enseñarme un montón de tomates encarnados.

—¿Verdad que son preciosos, señor? Le prepararé algunos aliñados para la cena.

—Tiene buen aspecto, Hilda —dije—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—¿Esta última vez, señor?

—En total.

—Pues, llegó usted a medianoche y después de acostarle estuvo durmiendo de un tirón todo un día y una noche, despertándose esta mañana alrededor de las diez. Volvió a acostarse después del baño y ha dormido hasta ahora...

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco... y con eso son otras seis horas—. Se rió—. Ha

dormido como un drogado, señor...

Me sentí desprendido de un peso, como un tejado libre de una nevada.

¡Drogado! No estaba enfermo... estaba narcotizado hasta las cejas.

—Tengo que hablar con Gunvor — dije—. ¿Dónde está?

—En la cocina preparándole un pavo relleno para cenar, señor. ¿Le digo que...?

—No, estoy vistiéndome. Yo iré a buscarla.

—Señor, ¿está seguro de encontrarse bien...?

—Sí, perfectamente.

Volví al armario, combatiendo la

modorra que me cercaba como en medio de la niebla. Saqué las ropas, me puse la ropa interior, una camisa de seda de amplias mangas y ceñidos pantalones negros de tela gruesa, calzándome unas zapatillas.

Una vez fuera en el estrecho y algo tortuoso corredor empapelado con escenas de los bosques y decorado con ferrotipos enmarcados, seguí el sonido de entrechocar de cacharros, empujé una puerta oscilante y me encontré en una habitación de bajo techo y suelo embaldosado, con una hilera de enormes hornos de carbón negros, immaculados fregaderos de acero donde una jovencita enjabonaba platos frente a una ventana en cuya parte exterior tenía un soporte

para macetas, una puerta de cristales. Una hilera de cacerolas y pucheros de cobre en la pared y una gran mesa de superficie brillante delante de la cual estaba Gunvor de pie afanada en rellenar el pavo.

—¡Vaya, si es el señor Bayard! — Soplando se apartó una pluma de la nariz, con expresión azorada.

Me apoyé en la mesa para sostenerme en pie, tratando de olvidar los zumbidos que llenaban mi cabeza.

—Gunvor, ¿le dio el doctor un medicamento para mí?

—¡Claro está, señor! Unas gotitas para su sopa y los polvos blancos para los demás platos... pero como todavía

no ha tomado usted ningún alimento sólido...

—Nada de medicinas, Gunvor—. A mi alrededor todo se volvía negro. Apuntalé bien los pies en el suelo y procuré ahuyentar la somnolencia con un esfuerzo de voluntad.

—Señor Bayard, todavía está usted débil... ¿no debería estar levantado!

—No... volveré a la cama. Necesito... caminar. Acompañeme fuera...

Gunvor pasó su brazo por el mío y oí su voz excitada. Tuve la vaga sensación de subir a tropezones algunos peldaños, y luego del aire fresco. Otra vez intenté respirar profundamente,

parpadeé en la niebla.

—Esto está mejor —dije—. Solamente paséeme usted...

Gunvor continuó con una retahíla de cloqueos y recomendaciones que ignoré por completo. Seguí caminando. El jardín era hermoso, con senderos empedrados formando curvas y meandros entre los huertos; pasamos junto a un macizo de rosales, a varios árboles frutales del otro extremo, cerca de un banco tentador al pie de un fuerte roble y regresamos a la puerta de la cocina.

Demos otra vuelta.

Esta vez procuré no apoyarme en Gunvor. Me sentí más fuerte; notaba

débiles ramalazos de apetito. El gol se ocultaba rápidamente, proyectando sombras alargadas sobre el césped. Después de dar la tercera vuelta, esperé junto a la puerta de la cocina mientras Gunvor cogía un jarro de la fresquera de madera oscura y me Servía un vaso de sidra fría.

—Ahora siéntese hasta la hora de cenar, señor Bayard —propuso Gunvor con ansiedad—. Me encuentro perfectamente—. Di unas palmaditas en la mano que ella puso sobre mi brazo.

Me observó con preocupación mientras echaba a andar. Respiré hondo y procuré ordenar mis pensamientos. Alguien me había traído a este lugar, narcotizándome y tomando la precaución

de mantenerme drogado... no pude imaginar por cuánto tiempo pero podría calcularlo si examinaba la provisión de medicina de Gunvor. También hubo alguien que me hizo algo en la memoria. La pregunta de ¿quién y por qué? necesita una respuesta. Hice un esfuerzo para atravesar la niebla, para situar un recuerdo auténtico. Aquí era el mes de junio según vi por las hojas tiernas y los capullos de los rosales.

¿Dónde estuve en mayo o el pasado invierno...?

Calles frías, altos edificios de aspecto lúgubre en la noche invernal, pero dentro había calor, alegría, color, los semblantes risueños de gente amiga y la sonrisa de una bella pelirroja

llamada... llamada...

No podía recordarlo. El casi recuerdo se escurrió como humo aventado por una brisa repentina. Alguien hizo un buen trabajo, empleando medios hipnóticos, sin duda —para sepultar mis recuerdos bajo una capa de falsas evocaciones. No obstante, la labor fue menos perfecta de lo que suponían. Solamente había tardado algunas horas en expulsar las nebulosas impresiones de un pasado dudoso. Acaso...

Me volví regresando apresuradamente a la casa. Gunvor miraba, indecisa, una bandeja de pastelillos recién hechos. Escondió algo debajo del delantal cuando entré en la

habitación.

—¡Oh, me ha asustado, señor...!

Me aproximé quitándole de la mano un salero lleno de polvos blancos y ásperos que tiré al cubo de la basura.

—Nada de medicinas, Gunvor, ya se lo dije—. Le di una palmadita para tranquilizarla—. Sé que el doctor le dio instrucciones, pero ya no necesito tomar medicamentos. Dígame, ¿hay por aquí algún...? —Buscaba la palabra adecuada. No quería alarmarla preguntando por un médico de enfermedades mentales, y Gunvor no comprendería la palabra «psiquiatra».

—¿Algún hipnotizador? — Esperaba que ella diera muestras de

comprenderlo—. Alguien que sepa hablar a las personas alteradas, nerviosas y sea capaz de apaciguarlas...

—¡Ah, se refiere a un mesmerista! ¡Pero, ay, no hay ninguno en el pueblo...! Sólo la tía Goodwill —agregó con indecisión.

—¿La tía Goodwill? —insistí.

—Le aseguro que no tengo nada contra ella, señor... pero hay quien habla de brujerías. Y el otro día leí en el *Paris Match* que si una se pone en manos de curanderos ignorantes para tratar su psiquis, puede acabar con una grave neurosis.

—Tiene usted mucha razón, Gunvor —contesté—, pero se trata únicamente

de fallos de memoria...

—¿Y eso le preocupa, señor? —Se le iluminó la cara—. A veces yo también soy muy olvidadiza y pienso que debería ponerle remedio, pero son tan caros los mesmeristas, y en cuanto a los charlatanes...

—¿Y la tía Goodwill? ¿Vive cerca de, aquí?

—AL otro lado del pueblo, señor, pero no se la recomendaría... a un caballero educado como usted. Su choza es muy humilde y ella no da mucho prestigio a este pueblo... Es una mujer tan desaliñada, señor... ¡Y no hablemos de sus ropas...!

—No seré demasiado crítico,

Gunvor. ¿Me acompañará a su casa?

—Si se obstina usted, la haré venir aquí, señor... pero en Ealing, a una hora en carruaje, hay un mesmerista profesional que...

—Creo que será suficiente la tía Goodwill. ¿Cuándo estará aquí?

—Diré a Ingalill que la traiga... pero si no le importa, señor, lo dejaremos para después de cenar. El pavo relleno y los pastelillos están a punto de salir del horno...

—Dejémoslo entonces para después. Daré un paseo por el jardín para que se me abra el apetito que merecen sus guisos, Gunvor.

Cuando tuve en el estómago el segundo pedazo de tarta de fresas con nata, la última taza de café y un buen trago de brandy de un siglo de solera, encendí un cigarro «Nueva Orleáns», contemplando a Hilda y Gunvor que encendían las lámparas de acero en la sala de estar. Llamaron con timidez a la puerta y asomó la cabeza de Ingalill, la fregona de la cocina.

—Está aquí la bruja —dijo con voz atiplada—. Fuma en pipa, Gunvor. Me parece que lleva dentro una salamandra...

—¡Va a oírte, desgraciada! —replicó Hilda—. Dile que espere hasta ser llamada por sus superiores...

Chilló, Ingalill, apartándose de un salto cuando pasó por su lado, dando codazos, una anciana encorvada con papalina de ala abovedada, apoyada en un bastón retorcido como los dedos de su mano. Sus ojos negros y brillantes recorrieron la habitación y se fijaron en mí. La miré a ella, observando la nariz verrugosa, las encías desdentadas, la barbilla protuberante y un débil mechón de pelo blanco cubriéndole una de sus hundidas mejillas. No vi la pipa, aunque me di cuenta de que la vieja exhalaba humo por la nariz.

—¿Quién necesita que tía Goodwill le cure con sólo tocarle? — dijo su voz trémula—. Usted, naturalmente, señor, que ha llegado por

un extraño y largo camino... y tiene por delante un camino más largo y extraño todavía...

—Tramposa, fui yo quien te dije que era el nuevo caballero —dijo Ingalill—. ¿Qué hay dentro del cesto? —alargó la mano para levantar una esquina del trapo a cuadros rojos y blancos que cubrían el contenido y gritó cuando la vieja le golpeó en los nudillos con su bastón.

—Aprende modales, hija —dijo tía Goodwill cariñosamente. Arrastrando los pies, se acercó a una silla, se dejó caer sentada y puso el cesto en el suelo, a sus pies.

—Verá, tía Goodwill —dijo

Gunvor, excitada—. El caballero sólo necesita ayuda para...

—Debería apartar el velo del pasado para leer con más claridad el futuro —dijo la vieja—. ¡Ah, hizo muy bien en llamar a tía Goodwill! Y ahora... —levantó el tono de voz— ... me das un trago para reanimarme un poco; Gunvor; luego todo el mundo fuera, excepto el caballero, por supuesto—. Me miró como un ave carnicera.

—El futuro no me interesa — empecé a decir...

—¿De verdad, señor? —la vieja movió la cabeza de abajo arriba, como asintiendo—. Es usted un extraño mortal...

—Pero debo recordar algunas cosas —continué ignorando sus comentarios para impresionarme—. Tal vez lo conseguiría por medio de una ligera hipnosis...

—Así que quieres escudriñar el pasado. Me lo figuraba —comentó ella sin alterarse. Gunvor trajinaba vasos en la alacena. Acercándose, le dio a la vieja un vaso lleno y luego empezó a retirar los platos de la mesa con la ayuda de Ingalill y Hilda.

Tía Goodwill saboreó el primer sorbito de brandy y luego agitó en el aire una mano de gran tamaño.

—¡Largo ya, mujeres! —chilló con voz temblorosa—. ¡Siento que el

espíritu se acerca a mí! ¡El poder fluye en el ámbito celestial! ¡Surgen visiones extrañas como víboras en un recipiente! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¡Ah, curiosas en verdad son las cosas que los espíritus están susurrándome...!

—¡Hmmm, puedes ahorrarte la cantinela de los espíritus! —dijo Hilda—. Todo lo que quiere de ti el señor Bayard...

—¡Vete ya, muchacha —refunfuñó la vieja— o te convertiré en una mujer tan fea que no se acercará a ti ningún hombre! ¡Fuera, largo de aquí todas vosotras!

Cuando salieron, la bruja se volvió hacia mí.

—Ahora vamos al asunto, señor —  
empleaba un tono zalamero—. ¿Qué  
piensa dar a esta pobre vieja por un  
puñado de recuerdos perdidos? ¿Ha  
olvidado a su enamorada, le ímpetu de  
la juventud, la llave de la felicidad que  
estuvo a punto de encontrar?

Le sonreí.

—Le pagaré bien, pero dejémonos  
de monsergas rutinarias. Iré al grano.  
Tengo razones para creer que padezco  
de amnesia producida probablemente  
por hipnosis. Deseo que me ponga en  
trance y que intente devolverme a mi  
estado normal.

Inclinándose hacia adelante, tía  
Goodwill me miró fijamente. Hay algo

extraño en usted... algo que se me escapa.

Parece como si sus ojos estuvieran clavados en un horizonte que no pueden ver los demás hombres...

—Admito que soy un tipo extraño, pero no tanto como para que no pueda usted hipnotizarme...

—Dice usted que le han despojado de sus recuerdos. ¿Quién podía hacerle algo semejante... y por qué?

—Si tiene usted éxito, yo quizá lo descubra. Asintió con gesto brusco.

—He oído hablar de esas cosas. Llamadas surgidas de las tinieblas, a la luz de una luna ensangrentada...

—Tía Goodwill —la interrumpí—. Dejemos en claro un punto: Cada vez que hable de hechizos, magia, poderes ocultos o demás pamplinas, rebajaré el importe de la recompensa. Me interesa únicamente el mesmerismo científico, ¿entendido?

—¿Cómo buen señor? ¿Intenta decirle a la Señora de las Tinieblas cómo ha de hacer su trabajo?

La rutina empezaba a cansarme.

—Será mejor olvidarlo todo—. Busqué una moneda en mi bolsillo—. Me equivoqué y...

—¿Insinúa que tía Goodwill es una impostora? —s u voz tenía una dulzura sospechosa. La miré y descubrí un

destello en un ojo tan negro y reluciente como un ópalo bruñido—. ¿Cree que esta vieja vino aquí a engañarle, a representar una farsa, a burlarse de un novato, a...?

Su voz monótona llegaba a mí desde muy lejos, retumbante como las olas contra la boca de una gruta, corno: un eco, un eco...

—¡...diez!

Abrí los ojos de golpe. Una mujer de pálido rostro, casi hermosa, estaba observándome, apoyada sobre un codo, con un cigarrillo en la mano. Llevaba recogidos los cabellos negros en apretado moño. Su blusa blanca desabrochada descubría un cuello fuerte

y esbelto. En la frente, un mechón de pelo negro.

Miré a mi alrededor: era de noche fuera de la habitación. Un reloj hacía su ruidoso tic- tac en alguna parte.

—¿Dónde está la vieja bruja?

La mujer sonrió levemente y con una mano de dedos bien cuidados indicó una capa negra echada sobre la silla que tenía al lado y el bastón apoyado contra la misma.

—Eso da bastante calor cuando trabajo —dijo en voz baja—. ¿Cómo se encuentra?

Lo pensé.

—Bien, pero... —descubrí un

mechón de pelo gris que asomaba por el borde de la capa. Levantándome de la silla, me incliné para cogerla. Había una máscara de goma y un par de guantes nudosos.

—¿A qué viene el disfraz?

—Resulta útil en mi... negocio. Y ahora...

—Me ha engañado con un truco sucio —dije—. ¿Supongo que Gunvor y las demás tomaron parte en el complot?

Hizo un signo negativo con la cabeza.

—Nadie me ha visto tal como soy, señor Bayard... y, nadie siente el deseo de acercarse demasiado a mí. Aquí la gente es sencilla. Piensan a su manera

que las verrugas y la sabiduría van unidas, de modo que para todos ellos represento la imagen exacta de la mesmerista del pueblo. De lo contrario, nadie recurriría a mis habilidades. Es usted el único que comparte mi secretillo.

—¿Por qué yo precisamente?

Me miró con expresión inquisitiva.

—Es usted un hombre muy extraordinario, señor Bayard. Un verdadero misterioso. Me ha hablado de... muchas cosas. Cosas extrañas. Me habló de otros mundos parecidos a éste nuestro, pero distintos, extraños. Me habló de hombres de aspecto animal, que vestían harapos peludos...

—¡Dzok! —exclamé. Me llevé las manos a la cabeza tratando de exprimir los recuerdos de mi cerebro como si fuera un tubo de dentífrico—. Los Hagroon y...

—Calma, calma, señor Bayard —dijo la mujer—. Sus recuerdos -si son auténticos recuerdos y no fantasías febriles- están ahí, intactos, a disposición de las llamadas de su memoria. Ahora descanse. No fue fácil para ninguno de los dos despojar los velos de su mente. Debí ser un verdadero maestro mesmerista quien trató de enterrar sus visiones de paraísos extraños e infiernos increíbles... pero ahora todo ha salido a relucir.

Al mirarla vi que me sonreía.

—Todavía no soy profesional oficialmente —murmuró—, pero esta noche toda mi habilidad ha sido desafiada—. Levantándose, se acercó a un espejo con marco de la pared y se atusó graciosamente un mechón de pelo. La miraba sin verla. En mi mente habla clamores de recuerdos en los que meditar y que valorar... Pensamientos de Barbro, de la figura llameante del oscuro almacén, de la huida con Dzok de la celda donde estuvimos encerrados.

Tía Goodwill cogió la capa de la silla y se la echó sobre los hombros, adoptando la postura encorvada de la bruja que fue antes. Sus manos blancas

colocaron la máscara encajándola sobre su nariz y su boca. Después, la peluca y los guantes. Finalmente, sólo sus ojos brillantes me miraron desde el rostro arrugado y viejo.

—Descanse, señor —chachareó la «vieja»—. Descanse, duerma, sueñe y deje que esos pensamientos busquen y reconozcan sus lugares familiares de antes. Mañana vendré a verle... Tía Goodwill desea saber mucho más de los universos que, según me ha contado, se encuentran más allá de los umbrales de este mundo gris.

—Espere —dije—, no le he pagado...

Agitó una mano venosa.

—Me ha pagado generosamente con las visiones que ha forjado, señor. Repito, duerma... y despertará con más fuerzas, con el cerebro ágil y alerta. Y necesitará usted todas sus energías para afrontar lo que le deparan los días que aún no han amanecido.

Entonces salió de la habitación. Fui a mi oscuro dormitorio, arrojé mis ropas sobre una silla, me eché sobre la cama de colchón de plumas y mi espíritu fue invadido por sueños inquietos.

## CAPÍTULO VII

Tardé tres días en reunir fuerzas suficientes para ir a visitar a tía Goodwill. Su choza era un rectángulo de piedra desgastada y techo de paja apenas visible bajo la maraña de rosales cargados de capullos encarnados. Deslicé el cuerpo a través de un portillo deteriorado y eché a andar por el sendero cubierto por rododendros, hasta la puerta baja de roble negro, donde llamé con la enorme aldaba de latón. Por una ventanuca de muchos paneles vislumbré la esquina de una mesa, una maceta de nomeolvides, un libro grueso encuadernado en piel. Las abejas

zumbaban en el aire, olía a flores y a café recién hecho. Pensé que la ambientación no era propia de una tradicional visita a una bruja...

Se abrió la puerta. Tía Goodwill, vistiendo una blusa blanca y falda de campesina muy pulcras, me favoreció con una triste sonrisa, invitándome a entrar.

—Hoy no lleva el disfraz de hechicera —comenté.

—Ya se encuentra usted mejor, señor Bayard —dijo secamente—. ¿Desea tomar un poco de café? ¿O no es costumbre en su país nativo?

La miré con suspicacia.

—¿Escéptica, ya?

Alzó y bajó los hombros.

—Creó lo que me dicen mis sentidos. A veces se contradicen entre sí.

Ocupé una silla ante la mesa, miré la habitación pequeña. Estaba muy limpia y ordenada amueblada con las piezas auténticamente rústicas que hubieran causado el asombro y delicia de las señoras del DAR. Tía. Goodwill trajo la cafetera, sirvió dos tazas, puso leche y azúcar encima de la mesa y se sentó finalmente.

—Bien, señor Bayard, ¿tiene la cabeza clara esta mañana? ¿Ha recobrado la memoria por completo?

Afirmé con la cabeza, probé el

café. Estaba bueno.

—¿No podría llamarla con otro nombre? —pregunté—. El de tía Goodwill sólo va bien con las verrugas y la peluca.

—Llámeme Olivia —sus manos eran finas y blancas y en un dado relucía una piedra verde. Dio un sorbo a su café y me miró como si no acabara de decidirse a decirme algo.

—Iba usted a hacerme preguntas —la animé yo—. Cuando las conteste, espero que usted me aclare algunos puntos a mí.

—En su delirio contó muchas maravillas —dijo Olivia. Oí un pequeño sonido y miré su taza de café: temblaba

un poco entrechocando con el platillo. Ella la dejó inmediatamente y ocultó las manos.

—A menudo he presentido que en la existencia había algo más que todo esto... —dijo, moviendo una mano para abarcarlo todo—. En sueños he entrevisto colinas encantadas y mi corazón sentía nostalgia de ellas. Despertaba apenada por la pérdida de algo muy hermoso en lo que pensaba durante largo tiempo. En su fantástica historia hubo algo que reavivó cierta esperanza... una esperanza ya olvidada con las otras esperanzas juveniles. Dígame, extranjero, lo que contó de otros mundos tan parecidos entre sí como monedas de plata recién acuñadas,

aunque con una pequeña diferencia cada uno... y ese carruaje singular capaz de volar de uno a otro mundo... Todo pura fantasía, ¿verdad? Producto de una mente desvariado por influencias externas...

—Todo es cierto.... Olivia — interrumpí—. Sé que al principio cuesta creerlo. Recuerdo que en una ocasión tuve cierta dificultad en convencer a otros de lo mismo. Estamos acostumbrados a creer que lo sabemos todo. Hay una poderosa tendencia a dudar de todo lo que no encaje con las ideas preconcebidas.

—Dijo también que estaba en un aprieto, Brion... —pronunció mi nombre con familiar desenvoltura. Supongo que

compartir los pensamientos más íntimos de alguien suaviza las rígidas formalidades. No me importaba.

Sin el disfraz, Olivia era una mujer encantadora, a pesar de su peinado severo y aquella palidez de prisionera. Un poco bronceada y un ligero maquillaje...

Hice un esfuerzo para fijar mi atención en lo que hablábamos.

Escuchó atentamente mi relato completo a partir del extraño interrogatorio de

Richthofen hasta el momento en que fui sentenciado por los Xonijeelianos.

—Ahora estoy acorralado —terminé diciendo—. Sin mi vehículo me

encuentro atrapado aquí hasta el fin de mis días.

Movió la cabeza.

—Son cosas extrañas, Brion, tan asombrosas y fantásticas que no debería creerlas. Sin embargo..., las creo...

—Por lo poco que sé de esta línea de mundo, está retrasada tecnológicamente...

—Pero sí somos un pueblo muy moderno —dijo Olivia—. Tenemos la fuerza a vapor

—Los barcos atraviesan el Atlántico en nueve días, los globos, el telégrafo y el teléfono, nuestros coches modernos de combustión de carbón que empiezan a sustituir a los caballos en

muchas partes de las colonias, y también...

—Lo sé. Olivia..., no se ofenda. Digamos que en ciertos aspectos les llevamos adelanto. El Imperio dispone de la vía o impulsión M-C. Mi propio nativo tiene el poder nuclear, aviones reactores, radar y un primitivo programa espacial. Aquí ustedes han tomado direcciones distintas. Resumiendo, me encuentro aislado. Me han desterrado a un continuo del que jamás lograré escapar.

—¿Tan grave es eso, Brion? Tiene ante usted el mundo entero... ¡Y ahora, cuando se han barrido de su mente las barreras artificiales, podrá recordar con libertad esas maravillas que dejó atrás!

—Olivia hablaba con vehemencia, excitada ante esa perspectiva—. Ha hablado de aviones. ¡Construya uno! ¡Qué maravilla volar por el aire como un pájaro! ¡Su presencia aquí podría significar el amanecer de una nueva Era de

¡Gloria para el Imperio!

—Bah—repliqué descortésmente—. Es estupendo pero, ¿y mi mundo? Los Hagroon probablemente habrán realizado su ataque..., ¡acaso con éxito! ¡Quizá mi esposa lleve cadenas ahora en vez perlas! —me puse en pie y me acerqué a la ventana mirando afuera—. Entre tanto yo estoy pudriéndome aquí, en este mundo atrasado —dije, gruñendo.

—Brion —dijo suavemente a mi espalda—. Está usted preocupado no tanto por la amenaza que pesa sobre sus queridos amigos, como por lo remotas que se le antojan todas esas cosas...

Di media vuelta.

—¿Remotas? ¿Qué insinúa? Barbro, mis amigos en poder de esos hombres-monos...

—Quienes impusieron su voluntad en su mente, Brion, procuraron borrar esas cosas de su recuerdo. Es cierto que conseguí deshacer el hechizo... pero no es extraño que ahora piense en ellas como en viejas evocaciones, en una historia casi olvidada. Yo misma le ordené, mientras dormía, que se aliviara

su dolor por lo perdido...

—¡Al infierno el dolor por lo perdido! Si no hubiera cometido la locura de confiar en Dzok...

—Pobre Brion. ¿No sabe aún que fue él quien le engañó mientras usted dormía, inculcándole el deseo de acompañarle a Xonijeel? Sin embargo, hizo lo que pudo en su favor... esto es al menos lo que dice su memoria.

—Podía haber regresado a casa con el aparato —dije obstinado—. Por lo menos estaría allí ayudando a luchar contra esos canallas.

—Pero, los sabios, los hombres de Xonijeel, le dijeron que ese mundo Cero-Cero no existe...

—¡Están locos! —paseé arriba y abajo por la habitación—. ¡Hay tantas cosas que no logro entender, Olivia! Soy como el hombre que vaga en la oscuridad tropezando contra objetos que no puede coger con las manos. Y ahora... —levanté las manos y las dejé caer de nuevo, súbitamente cansado.

—Todavía tiene toda la vida por delante, Brion. Se adaptará a una nueva existencia. Acepte lo que no puede cambiarse.

Volví y me senté otra vez.

—Olivia, he preguntado pocas cosas a Gunvor y las demás. No quería despertar su curiosidad con mi ignorancia. El adoctrinamiento que me

inculcaron Dzok y sus amigos ha sido insuficiente. Supongo que imaginaron que iría a documentarme a una biblioteca. Cuénteme algo sobre este mundo. Para empezar, hábleme de su historia.

Se echó a reír... un sonido tan alegre como inesperado.

Es extraordinario, Brion, que me pida que le describa ese mundo monótono como si fuera el fantástico mundo de un soñador... una utopía en lugar de la tediosa realidad.

Esbocé una amarga sonrisa:

—La realidad siempre es un poco tediosa para quien la vive.

—¿Por dónde empiezo? ¿Por la

Antigua Roma? ¿Por la Edad Media?

—En primer lugar, es preciso establecer una fecha de Historia Común, en el punto en el cual su mundo se desvió del mío. Habló antes de «El Imperio». ¿Qué imperio? ¿Cuándo se fundó?

—Pues el Imperio de Francia, naturalmente —Olivia parpadeó, moviendo la cabeza—. Pero en realidad es imposible decir «naturalmente» —dijo—. Hablo del Imperio instaurado por Bonaparte en 1799.

—¡Todo va bien hasta aquí! —dije—. También nosotros tuvimos un Bonaparte, pero su imperio duró poco tiempo. Abdicó y le desterraron a Elba

en 1814...

—Sí..., ¡pero regresó a Francia después de lograr escapar y llevó a sus ejércitos a una gloriosa victoria!

Hice un movimiento negativo con la cabeza.

—Estuvo libre por espacio de cien días, hasta que los británicos le derrotaron en Waterloo. Le trasladaron a Santa Elena donde murió algunos años después.

Olivia me miraba fijamente.

—¡Es tan extraño... tan increíble! El emperador Napoleón gobernó en París durante veintitrés años después de su gran victoria en Bruselas, muriendo en Niza en el año 1837. Le sucedió su

hijo Luis...

—¿El duque de Heichstadt?

—No; el duque murió joven, de tuberculosis. Luis era un muchacho de dieciséis años, hijo del Emperador y de la princesa de Dinamarca.

—Y su Imperio todavía existe —  
musité.

Tras la abdicación del tirano inglés, Jorge, las Islas Británicas fueron autorizadas a incorporarse al Imperio bajo custodia especial del Emperador. Después de la unificación de Europa, se llevó la cultura a los asiáticos y africanos. Actualmente son provincias semiautónomas administradas desde París, pero sus respectivas Cámaras de

Diputados están facultadas para resolver los asuntos internos. En cuanto a Nueva Francia -o Luisiana-, pronto terminarán los rumores de rebelión. Se ha enviado una comisión real para considerar las reclamaciones formuladas contra el Virrey.

—Creo que hemos situado exactamente la fecha de Historia Común —dije—. Mil ochocientos catorce. Y al parecer desde entonces no se ha producido ningún progreso notable científico o tecnológico.

Esto provocaba preguntas a las que iba respondiendo. Olivia era una mujer data e inteligente. La fascinó mi descripción de un mundo donde no se proyectaba la sombra gigantesca de

Bonaparte.

Cuando terminé de hablar, la mañana había adquirido ya el aire cálido del mediodía. Olivia me invitó a almorzar y acepté. Mientras ella trajinaba en los fogones de leña, me quedé sentado junto a la ventana, bebiendo cerveza en un pichel de piedra y contemplando aquel paisaje curioso y anacrónico de campos labrados, el camino por el que un caballo tiraba de un carruaje de ruedas de goma, los puntos blancos y rojos de granjas desperdigadas por el valle. Todo ello inspiraba una sensación de paz y abundancia que, como dijo antes Olivia, hacían aparecer mis distantes evocaciones de la amenaza del Imperio

como una historia casi olvidada y leída muchos años atrás... algo parecido al libro que estaba sobre la mesa. Cogí el pesado volumen encuadernado en piel roja y miré el título: «La maga de Oz», por Lyman F. Baum.

—Es curioso —dije.

Olivia vio el libro que tenía en mis manos y sonrió casi con timidez.

—¿Le sorprende que una bruja lea esto? Es que a veces deseo fundir mis sueños con esas fantasías, Brion Como le dije, no me llena este mundo pequeño...

—No es eso, Olivia. Comprobamos antes que nuestra fecha de Historia Común es a principios del

siglo XIX. Baum nació aproximadamente en el 1855... casi medio siglo, más tarde. Pero aquí está su obra...

Abrí el libro, buscando el nombre del editor: Wiley & Cotton, Nueva York, Nueva Orleáns y París... y la fecha de 1896.

—¿Conocen este libro en su mundo extraño? —preguntó Olivia.

Lo negué con un gesto.

—En mi mundo él no escribió nunca este libro... —estaba admirando la portada realizada por W. W. Den slow que representaba una figura parecida a Glinda frente a un grupo de gnomos. La página siguiente llevaba una adornada

inicial, la «I», en la parte superior precediendo las palabras: «... te emplacé aquí —dijo Sorana, la Maga—, para decirte...»

—Cuando yo era niña, éste era mi libro favorito —dijo Olivia—. Pero, si no lo conocía, ¿cómo ha podido reconocer el nombre del autor?

—Escribió otros libros. «El mago de Oz» fue el primero que leí en mi vida.

—¿El mago de Oz? ¿No era la “maga”? ¡Sería delicioso leerlo!

—¿Es el único que escribió?

—Sí, desgraciadamente. Murió al año siguiente, en 1897.

—Mil ochocientos noventa y siete; esto podría significar... —dejé de hablar. La bruma que ofuscó mi mente por espacio de días enteros, desde que desperté aquí, disipaba rápidamente aventada por una repentina revelación: Dzok y sus amigos me habían trasladado, junto con falsos recuerdos que reemplazaron a los que trataron de extirparme, a una línea de mundo lo más parecida posible a la mía propia. Fueron inteligentes y humanos; pero mucho menos listos de lo que imaginaban, un tanto negligentes en sus investigaciones... y demasiado humanos.

Recordaba el fotograma que me fue mostrado por los consejeros... y el punto brillante, desconocido para los

cartógrafos de la Red Imperial, que representaba un cuarto mundo inexplorado en la zona de la Ruina. Creí en aquel entonces que se trataba de un error como el otro, mayor aún de omitir la línea Cero-Cero del Imperio.

Pero no hubo ningún error. B-I Cuatro existía: un mundo con una fecha de Historia Común mucho más reciente que el siglo xv... la fecha de H. C. de las líneas más próximas más allá de la Ruina.

Y yo me encontraba allí -o aquí-, en un mundo donde, en 1897, un hombre al menos conocido en mi propio mundo había existido. Y si hubo uno, ¿por qué no otro... o más? Maxoni y Cocini, inventores de la impulsión o vía M-C.

—¿El que podría significar, Brion?  
—la voz de Olivia me hizo volver al presente.

—Nada, era una idea —dejé el libro—. Imagino que es natural que incluso cincuenta años después de una divergencia importante, todo no quedara afectado. Algunas de las mismas personas podían nacer...

—Brion —dijo Olivia mirándome desde el otro extremo de la habitación —, no le pido que confíe en mí, pero déjeme ayudarlo.

—Ayudarme, ¿en qué? —procuré adoptar la expresión indiferente de momentos antes, pero me daba cuenta de que mis facciones la dibujaban con

rigidez, forzada.

—El instinto me dice que ha trazado usted un plan. No conseguirá nada si lo lleva a cabo solo. Esto es demasiado extraño para usted y hay muchas trampas traicioneras.

—Si yo tuviera algún plan..., ¿por qué habría de querer ayudarme?

Por un momento me miró en silencio; sus ojos negros resaltaban en las facciones clásicas y pálidas.

—He vivido siempre buscando una llave que me abriera las puertas de otro mundo... un mundo de sueños creado por mi mente. Para mí es usted un eslabón. Brion. Aunque jamás pueda llegar hasta allí, me complacería saber que había

ayudado a alguien a alcanzar la orilla inaccesible.

—Todos son mundos como éste. Olivia. Algunas mejores, otros peores... y también los hay pésimos. Se componen todos de gente, tierra y edificios, idénticas y viejas leyes naturales, la misma antigua naturaleza humana. Es imposible que descubra el mundo de sus sueños alejándose de aquí; es preciso que lo construya en el lugar donde se encuentra.

Sin embargo..., veo la ignorancia, la corrupción, la decadencia moral y social, las mentiras, los engaños, la traición de quienes son depositarios de la confianza de los inocentes...

—No lo niego... y estas cosas seguirán existiendo hasta que desarrollemos una sociedad humana acorde con vuestra inteligencia humana. Pero concedámonos algún tiempo, Olivia... Experimentamos con la cultura sólo desde hace algunos miles de años. Todo será distinto dentro de varios milenios más.

Se echó a reír:

—Habla como si un siglo fuera solamente un instante.

—Y es un instante comparado con el tiempo que tardamos en evolucionar de ameba a mono, e incluso desde el primer *Homo Sapiens* al primer campo labrado. Pero no abandone sus sueños.

Son la fuerza que nos impulsa hacia la última meta, sea ésta cual sea.

—Permítame entonces que colabore en la realización pie este sueño. Déjeme ayudarle, Brion. La historia que me contaron... que había enfermado usted por exceso de trabajo en el Departamento Colonial, que necesitaba una cura de reposo... ¡se me antojó tan inconsistente como un camisón parisino! Además, Brion... —bajó la voz—. Le vigilan.

—¿Me vigilan? ¿Quién? ¿Un hombrecillo con barba y gafas oscuras?

—¡No bromeo, Brion! Anoche vi a un hombre que rondaba la casa de Gunvor... Y hace media hora, mientras

usted tomaba café, pasó un hombre embozado por el camino.

—Esto nada prueba...

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Planea huir, lo sé. Sé también que su visita a mi casita despertará la curiosidad de quienes le tienen prisionero...

—¿Prisionero yo? ¡Pero si soy tan libre como un pájaro...!

—Esto es perder el tiempo, Brion —me atajó—. No sé qué hizo ni el porqué, pero apoyaré su causa si hay que escoger entre las autoridades y usted. ¡Ahora dese prisa, Brion! ¿Adónde irá? ¿Cómo hará el viaje? ¿Qué planes...?

—¡Un momento, Olivia! ¡Saca conclusiones muy precipitadamente!

—¡También usted tiene que apresurarse para despistar a los sabuesos del cazador!

¡Presiento el peligro que le rodea como la trampa a un corzo!

—Le digo, Olivia, que el Consejo Xonijeelano me desterró aquí. No creyeron mi historia... o al menos fingieron no creerla. Me dejaron aquí para librarse de mí... porque se jactan de ser humanos, ¿sabe? Si hubiera n tenido l a intención de matarme, oportunidades no les hubieran faltado de hacerlo...

—Intentaron hacerle un lavado de

cerebro para que olvidara el pasada. Ahora esperan ver los resultados. Y cuando observen su inquietud y sepan que es amigo de una bruja...

—Usted no es una bruja...

—Aquí todos me conocen como tal. Fue una torpeza venir a la luz del día, Brion...

—Si hubiera venido a medianoche, me habrían visto de todos modos... suponiendo que me vigilan como usted cree; en cuyo caso sabrían muy bien que no me sentía satisfecho con el cuadro de brocha gorda que pintaron de mi pasado.

—En cualquier caso, eso no va a gustarles. Volverán para llevárselo y tratarán de barrar otra vez sus recuerdos

de los mundos y de su pasado.

Reflexioné en ello.

—Es posible que lo hicieran —dije—. Supongo que no entraba en sus cálculos que me dedicara a divulgar conocimientos técnicos entre los primitivos durante mi programa de readaptación.

—¿Dónde irá usted, Brion?

Titubeé, pero, ¡qué diablos! Olivia tenía razón. Necesitaba ayuda. Y si pensaba traicionarme, sabía ya lo suficiente de mí para hacerlo.

—A Roma —dije.

Hizo un signo afirmativa.

—Perfectamente. ¿Cómo anda de

dinero?

—Tengo una cuenta bancaria...

—Olvídela. Por fortuna tengo mi reserva de monedas oro enterrada en el jardín.

—No quiero su dinero...

—Tonterías. Lo necesitaremos ambos. Voy con usted.

—No puede...

—¡Sí puedo y lo haré! —dijo con los ojos brillantes. ¡Prepárese, Brion! ¡Nos iremos esta misma noche!

—Es una locura —le susurré a la figura oscura y encapuchada que estaba a mi lado en el sendero umbroso—. Es absurdo que le comprometa en este

asunto...

—Chitón —dijo Olivia en voz queda—. Ahora está Inquieto. ¿Le ve allá? Supongo que ahora cruzará el camino para espiarnos de cerca.

Escudriñó las densas sombras; distinguiendo la figura de un hombre. En ese momento cruzó el camino algo más abajo de la choza, desapareciendo entre los árboles en el lado donde nos encontrábamos nosotros. Moví el cuerpo con cuidado, incómodo bajo el grotesco disfraz que Olivia me endilgó: cara verrugosa, manos venosas y deformadas, cabellos blancos y lacios y demás accesorios. Parecía el hermano mayor de tía Goodwill, de peor carácter que el más implacable y desdentado viejo que

despotrica contra la joven generación. Olivia iba vestida de Belle Watling, cubierta la cara bajo tres capas de maquillaje, con una peluca pelirroja, un vestido púrpura que se adaptaba a su esbelta figura como si fuese seda mojada y suficientes anillos, collares, pendientes y demás abalorios como para proveer una tienda de bisutería.

—Chsst..., se acerca sigilosamente —s u s u r r ó m i c o m p a ñ e r a de conspiración—. Dentro de medio minuto...

Esperé, alerta el oído mientras escuchaba el monótono y repetido gorjeo de grillos en un prado cercano, el lejano mugido de una vaca, el ladrido del perro de una granja. Después de

anochecer, el mundo pertenecía a los animales.

La mano de Olivia tocó la mía.

—Ahora... —fui tras ella cuando echó a andar silenciosamente. Tuve que agacharme un poco para no sobresalir del nivel del sito irregular. No había luna, solamente la débil claridad de las estrellas que nos ayudara a orientarnos por el camino surcado de baches. Llegamos al final del seto y, llamando la atención de Olivia con un gesto, miré hacia la casa. La silueta de una cabeza se recortaba claramente contra la tenue luz de la ventanuca lateral.

—Todo va bien —dije en voz baja—. Él está en la ventana...

Se oyó crujir la grava y de pronto se encendió una luz que tras enfocar los socavones se proyectó sobre mí hasta detenerse en Olivia.

—Eh, mujer —gruñó una vez cavernosa—. ¿Qué haces por ahí después del toque de queda?

Olivia apoyó la mano sobre la cadera, y levantó la cabeza sin olvidarse de sonreír con picardía.

—¡Oooh, capitán! —musitó—. ¡Qué susto me ha dado! ¡Es que acompaño a mi vieja a la estación!

—Un vejestorio, ¿eh? —la luz me enfocó por breves momentos y volvió nuevamente a acariciar el busto cubierto de lentejuelas de Olivia—. No te había

visto aún en el pueblo. ¿De dónde eres?

—Voy de un lado a otro, Excelencia. Soy algo así como turista...

—¿A. pie y durante la noche? Una manera de hacer turismo poco divertida... y con la vieja, para colmo. Más vale que me enseñes tus documentos de identidad.

—Pues, el caso es que salimos con tanta prisa que me los dejé olvidados...

—Conque sí, ¿eh? —oí refunfuñar al hombre que estaba detrás de la luz; supuse que era uno de los agentes de policía de seguridad, otra de las plagas de ese mundo—. Tendrías prisa por marcharte con una cubertería o bolsos robados...

—¡Eso ni lo piense! ¡Qué frescura! ¡Soy tan decente como la que más, me gano la vida honradamente y tengo que mantener a mi madre vieja!

—No importa, preciosa, no pienso detenerte. Hazme una pequeña demostración de tus habilidades y olvidaré que te he visto.

Se aproximó a nosotros y extendió una manaza hacia Olivia, quien retrocedió de un salto, gritando. El polizonte pasó de largo por mi lado. Vi de refilón un tricornio, una nariz ganchuda, mejillas flácidas y una mancha de color en el cuello del uniforme. Escogí el punto clave y descargué el canto de mi mano sobre la

base de su cogote. Lanzó un gemido, soltó la linterna y cayó a cuatro patas. El cuello rígido le protegió un tanto del golpe. Trataba de incorporarse. Le propiné una patada bajo la barbilla, derribándole de espaldas y allí quedó tendido, inconsciente. Recogí la linterna, encontré el conmutador y la encendí de nuevo.

—¿Está... muy malherido? —  
Olivia miraba la mancha sanguinolenta en la comisura de aquella boca floja.

—Tardará algunas semanas en tratar de sobornar a alguien —dije, arrastrando a Olivia hacia el seto—. Esperemos que nuestro espía no haya oído nada.

Aguardamos durante un minuto y seguidamente continuamos andando a paso vivo. A lo lejos, más allá del pueblo, una chispa luminosa y amarillenta titilaba en la ladera de la montaña.

—Es el tren —dijo Olivia—. ¡Tendremos que apresurarnos!

Caminamos rápidamente durante quince minutos, pasando por delante de las oscuras tiendas de las afueras del pueblo y llegamos a la estación en el preciso momento en que llegaba la máquina que funcionaba con carbón. Un empleado de aspecto severo, con uniforme oscuro, galones en el pecho y faldones, aceptó el dinero de Olivia, rellenó a mano nuestros billetes y nos

indicó cuál era nuestro vagón. Dentro encontramos amplios asientos tapizados de felpa verde. Éramos los únicos pasajeros. Me recliné en mi asiento, suspirando. Sonó el agudo silbato del tren, y una sacudida recorrió el vagón.

—Ya estamos en camino — exclamó Olivia. Estaba emocionada como un niño en la feria.

—Sólo vamos a Roma —dije—, no al país de Oz.

—¿Puede saber alguien adónde conduce el camino del futuro?

## CAPÍTULO VIII

En el Albergo Romulus, Olivia y yo teníamos habitaciones contiguas situadas debajo de los aleros, con techos inclinados que descendían hasta las buhardillas, y daban a una plaza de mercado que contaba con una bonita fuente estilo Renacimiento, el incesante aleteo de palomas y la vocería chillona en italiano durante el día y la noche.

Estábamos sentados a la mesita de mi habitación, desayunándonos tardíamente con «pizzas» regadas con un vino rojo tan barato que incluso estaba al alcance de los mendigos de la localidad.

—Los dos hombres que me interesan nacieron en alguna parte del norte de Italia alrededor de 1850 —le dije a Olivia—. Llegaron a Roma siendo jóvenes, donde estudiaron ingeniería y electrónica, y en 1893 hicieron el descubrimiento básico que facilitó al Imperio la vía por la Red. Mi aventurada opinión es que si Baum consiguió nacer durante los años mil ochocientos noventa y tantos y escribió algo muy parecido a lo que escribió en mi mundo -y en la línea-A Cero-Cero-, entonces tal vez Maxoni y Cocini también existieron aquí. Evidentemente no perfeccionaron la impulsión M-C, o si lo hicieron, se llevaron el secreto a su tumba, pero es posible que se

aproximaran mucho y la posibilidad de que dejaran algo que me sea útil.

—Brion, ¿no me dijiste que todos los mundos de la línea Cero-Cero están arrasados y muertos por estas mismas fuerzas precisamente? ¿Es prudente manejar instrumentos tan destructivos?

—Soy técnico de vehículos del tiempo, Olivia. Conozco la mayoría de los peligros. Maxoni y Cocini no se daban cuenta de la naturaleza de su juego. Toparon en el Campo por pura casualidad...

—Y en mil millones de otros mundos en hipótesis, fracasaron, dejando una estela de destrucción...

—Sabías todo esto cuando

abandonamos Harrow —dije secamente—. Es mi única oportunidad... y debo reconocer que es muy débil. Pero no puedo construir un aparato de la nada... Hay un serpentín especial que es el corazón del generador de campo. Los he instalado, pero jamás intenté impulsar uno de ellos. Quizás, si hubo aquí un Maxoni y un Cocini, y, como buenos investigadores tomaron apuntes de sus progresos y esos apuntes aún existen, y consigo encontrarlos...

Olivia se echó a reír como una chiquilla encantadora.

—Si los dioses declaran a favor tuyo todos esos «si», es evidente que pretenden animarte a seguir adelante. Correré el riesgo, Brion. Sigue

atrayéndome la visión de la Ciudad Zafiro.

—Yo soy de la Ciudad Esmeralda—dije—, pero no regañaremos por pequeñeces. Primero veamos si encontramos esos apuntes. Entonces tendremos mucho tiempo para decidir qué hacemos con ellos.

Una hora después, en el local equivalente a un registro municipal, un joven de aire cansado, vestido con un remilgado traje negro, me mostró un librote de un metro donde los nombres aparecían escritos con letra muy fina y alargada... Había nombres a millares, precediendo las fechas y lugares de nacimiento, las direcciones y otros pormenores.

—*Sicuro, signore* —dijo en tono de hastiada superioridad—, el municipio no tiene nada que ocultar y puede mostrarle a usted todos sus archivos, unos de los más completos archivos que existen en el Imperio, pero en cuanto a leerlos... —sonrió con fatuidad, retorciéndose el bigotillo—. Eso tendrá que hacerlo el signore sólo...

—Únicamente tiene que explicarme qué busco —le sugerí amablemente—. Me interesan los datos de Giulio Maxoni o Carlo Cocini...

—Sí, sí, ya lo dijo antes. Y tiene usted delante el libro registro donde se anotaron los nombres de los recién llegados a la ciudad en la fecha en que

se expidieron los documentos de identidad. Dijo usted que llegaron a Roma en 1870..., ¿o fue en 1880? Parecía usted dudarle. En cuanto a mí... —abrió las manos—, estoy menos seguro que usted. Jamás oí nombrar a esos parientes, amigos, antepasados o lo que fuesen. Ahí está el libro que abarca esa década. Examine lo que se le antoje, ¡pero no me pida milagros! ¡Yo tengo mis obligaciones!

Al decir las últimas palabras su voz se volvió irritable. Se alejó contoneándose para desahogar su murria en otra parte de las estanterías de libros. Con un gruñido, empecé el examen.

Transcurrieron veinte minutos. Después de revisar el año 1870

empezamos con el de 1871. En una ocasión, el atareado archivista asomó la cabeza para ver qué hacíamos y la retiró con expresión resentida. Olivia y yo estábamos de pie delante del mostrador de madera, estudiando detenidamente la escritura embrollada; cada uno trabajaba en una página de unos doscientos nombres. Ella leía con rapidez y empezó con la siguiente, página antes de que yo acabara de revisar la mía. Medio minuto después, lanzó una exclamación.

—¡Mira! ¡Brion! Giulio Maxoni, nacido en 1847 en Paglio, profesión, artífice...

Miré. El nombre era correcto. Procuré no entusiasmarme demasiado... pero se me aceleró el pulso a pesar de

la voz prudente que me susurraba al oído que podía haber centenares de Giulios Maxonis.

—Buen trabajo, muchacha —dije con serenidad, controlando mi voz que desfalleció solamente al pronunciar dos de las tres palabras—. ¿Cuál es la dirección?

Olivia la leyó en voz alta. La apunté en una libreta que llevé conmigo por precaución, así como los demás datos que constaban en el libro registro.

Prolongamos la búsqueda otra hora sin que pudiéramos encontrar ningún dato de Cocini. El funcionario había regresado y nos rondaba como dando a entender que la visita estaba

prolongándose demasiado. Cerré el libro y se lo devolví empujándolo por encima del mostrador.

—No se inquiete, amigo —dije ingeniosamente—. Estamos confeccionando una lista para enviar circulares sobre presupuestos de funerales.

—¿Circulares? —me miró recelosamente—. Los archivos del municipio no se consultan con esa finalidad... y, en todo caso, ¡estas personas murieron tiempo atrás!

—Exacto —repliqué—. Un mercado muy desatendido en nuestro gremio. Muchísimas gracias. Tomaré nota para hacerle a usted un trato

especial cuando le llegué la hora.

Nos alejamos caminando en medio de un silencio que podía cortarse con un cuchillo para mantequilla.

Maxoni había vivido en el número dos de la Vía Carletti, cuarto piso, puerta nueve. Con la ayuda de una guía que nos vendió un viejo comerciante con boina y perilla lustrosa, quien nos ofreció un descuento en postales picarescas, proposición que rechacé lamentándolo mucho, encontramos la dirección: una calleja estrecha invadida por cajas de cartón, restos de verduras, repletos cubos de basura y chiquillos descalzos que esquivaban hábilmente

los numerosos obstáculos mientras intercambiaban juguetonamente palabrotas que hubieran sonrojado al propio Mussolini. El número doce era una fachada deslucida estilo Renacimiento de tosco granito encajada entre almacenes en ruinas apuntalados con postes que no tendrían más de un siglo de antigüedad. Por lo visto Maxoni inició su carrera en el barrio más humilde. Incluso un siglo atrás, esto había sido una pocilga. Empujé la puerta penetrando en un vestíbulo estrecho que olía a ajo, queso, miseria y otras cosas menos agradables.

—Esto es terrible, Brion —dijo Olivia—. Más vale que antes hagamos indagaciones... Se abrió una puerta por

la que asomó una cara redonda y aceitunada incrustada entre bultos de grasa para lanzarnos un torrente de palabras italianas.

—Usted perdone, señora — repliqué en el tono corté, que aprendí del embajador romano en la corte Imperial—. Somos extranjeros y visitamos la Ciudad Eterna por primera vez. Buscamos el apartamento que hace tiempo ocupó nuestro pariente ya fallecido, cuando los dioses le, concedieron el privilegio de respirar el aire dulce de la soleada patria.

Se le desencajó la cara y se quedó mirándonos fijamente; de pronto, le inundó el rostro una sonrisa del tamaño de una «pizza» de diez liras.

—*Buon giorno, signore e signorina!* —salió, con esfuerzo, al vestíbulo, nos sacudió la mano y gritó algo en dirección a su piso— del cual emanaba un tentador aroma de raviolis —y, tras dar esas instrucciones, nos preguntó cómo podía servir a los ilustres huéspedes de la hermosa Italia. Le di el número del apartamento que ocupó Maxoni noventa y pico años antes, y la mujer movió la cabeza afirmativamente, empezando a subir la angosta escalera, resoplando como la máquina a vapor en la que viajamos por Europa durante dos días y dos noches.

Olivia subió tras ella y yo cerré la retaguardia; admirando los depósitos de cristales rotos, papeles, harapos y

demás inmundicia, amontonadas en cada peldaño y en cada rellano, en cuyo centro se dibujaba el tortuoso senderillo formado por los pies de centenares de inquilinos. Hubiera apostado doble contra sencillo a que la contribución de Maxoni al rastro de pisadas todavía estaba allí, intacta.

En la parte alta, recorrimos un estrecho pasillo pasando por delante de puertas deterioradas con tiradores de porcelana blanca y nos detuvimos delante de la puerta del final.

—Lo ocupa un inquilino, signore —dijo la casera—, pero ahora no está en casa; ¡trabaja en el empleo de vendedor de pescado que yo, Sophia Gina Anna Maria Scumatti le

proporcioné! Créanme si les digo que si no llego a darle un ultimátum para pagar el alquiler, a estas horas estaría durmiendo, roncando cono un cerdo, mientras que yo, Sophia Gina...

—No hay duda de que la *signora* tiene que soportar muchas cosas de sus desagradecidos inquilinos— dije para apaciguarla.

Tenía un billete de cien liras en el bolsillo de mi chaqueta... la misma chaqueta de singular corte que encontré en el armario de casa de Gunvor. Extraje el billete y lo ofrecí con una inclinación de cabeza.

—Si la signora se digna aceptar tan modesta contribución...

Mamá Scumatti hinchó los carrillos, sacando hacia fuera su pecho impresionante.

—Para mí es un placer servir bien a los huéspedes de Italia —empezó a decir. Retiré el billete.

—... pero que no se diga que yo, Sophia Gina Anna Marta Scumatti he sido descortés

—los dedos gordezuelos me arrancaron el billete de la mano dejándolo caer en un escote hondo como el Gran Cañón.

—¿Desean entrar el signore y la signorina? —rebuscó en el bolsillo, sacando una llave que medía tres pulgadas, la cual introdujo en una

cerradura por la que podía pasarse el dedo entero, la hizo girar y abrió la puerta de par en par.

—¡Ved!

En el interior vi un derrumbado catre de mantas sucias, una mesa rota cubierta de llamativos cómics, tazas de café vacías, vasos manchados de grasa y con huellas dactilares, y la mitad de una hogaza de pan seco. Había un buró, un espejo roto cuyo marco sostenía contra la pared algunos billetes de carreras de caballos, una imagen de Jesús, de madera, colgado en la pared y un surtido de botellas vacías de vino y licor con etiquetas de marcas baratas desperdigadas por la habitación. El hedor de la habitación evocaba una

mezcla acre de ropa de cama sucia, calcetines viejos y destilería infestada de ratones.

Miré a Olivia. Me miró con frialdad y se volvió hacia la casera.

—¿Podemos entrar?

Sophia Gina arrugó el entrecejo, consultándome a mí.

—Mi hermana desea entrar para... ah... comunicarse con el espíritu de nuestro llorado progenitor —dije, haciendo una traducción libre.

Bajaron de nuevo las cejas hirsutas y descuidadas.

—¡Pero el signore puede ver que la habitación está ocupada!

—No tocaremos nada, sólo queremos mirar. Compréndalo, es un momento muy emotivo para nosotros.

Apareció en el rostro redondo una expresión significativa. Dirigió a Olivia, que aún iba maquillada y adornada con la quincalla, una mirada apreciativa y luego me miró a los ojos; la caída del párpado era un inconfundible guiño malicioso.

—¡Ah, por supuesto, signore! Usted y su... hermana... desean comunicarse... a solas. Otras cien liras, por favor—. Se había animado de repente. Entregué otro billete, procurando poner cara de besugo y expresión un tanto avergonzada.

—Me disgusta meterle prisa al signore —dijo la portera mientras introducía el segundo billete en la húmeda caja fuerte—, pero procuren terminar antes de dos horas, ¿sí? Podría ser que Gino vuelva a comer.

Me hundió en el costado un codo de tamaño y estructura de un balón de fútbol. Dos manos gordas de uñas rotas describieron en el aire el contorno de un reloj de arena; dos ojillos negros se revolvieron de un lado a otro, y después mamá Scumatti se alejaba pasillo abajo, bamboleándose al andar, con aspecto de hipopótamo con falda negra.

—¿Qué ha dicho esa gorda asquerosa? —preguntó Olivia.

—Tu figura le causó admiración — me apresuré a decir—. Veamos si encontramos alguna pista ahí dentro.

Al cabo de media hora, Olivia se plantó en el centro de la habitación, con las manos en las caderas, arrugando la nariz aún, con mechón de pelo pegado contra su frente húmeda.

—Sabía que no encontraríamos nada —dijo—. Vámonos antes de que se me rebele el estómago.

Me sacudí las manos del polvo recogido mientras palpaba el fondo de las estanterías y de los muebles.

—Hemos registrado todos los

sitios normales —dije—, pero, ¿y los escondrijos inverosímiles? Nos falta examinar las tablas sueltas del suelo, los paneles secretos, los cuadros de las paredes...

—¡Esto es perder el tiempo, Brion! ¡Ese hombre no era un conspirador para verse obligado a esconder sus secretos bajo el colchón! Era un estudiante pobre que vivía en tina habitación alquilada...

Yo pienso en las cosas que acaso se le extraviaron, como un pedacito de papel aprisionado entre un cajón y la pared. Este lugar no lo limpian. ¿Acaso es imposible que, incluso después de todos estos años, aún esté aquí una de esas cosas?

—¿Dónde? Has sacado los cajones, has palpado la base de la cómoda, has levantado esta alfombra hecha trizas, has registrado la parte posterior del rodapié...

Calló de pronto, con la mirada clavada en el radiador empotrado debajo de una ventana pequeña. Los paneles de madera estaban retorcidos, partidos, desencajados. Ambos nos movimos a un mismo tiempo. Olivia apartó rápidamente las botellas de Chianti vacías y la lata casi llena de colillas. Agarré el tablero superior, lo levanté vivamente. El conjunto de piezas crujió, desplazándose de su sitio.

—Está sostenido sólo por dos clavos oxidados —dije—. Voy a

desmontarlo...

Un minuto después, y con la ayuda de una percha de madera que llevaba la inscripción: «Alberto Torino, Roma», desalojó la caja de la pared, dejando al descubierto un radiador de hierro enmohecido, un pedazo de tubería, polvo suficiente para llenar una caja de zapatos y... y algunas colillas de cigarrillos, pedazos de localidades, cordeles, horquillas, un naipe, sujetapapeles y papeles.

Olivia cayó de rodillas lanzando «¡Oooh!», de asombro. La miré mientras quitaba el polvo a soplidos, pescaba un menú doblado, media hoja de papel amarillento con números garrapateados, un sobre con un timbre de correos de los

años veinte dirigido a un tal Mario Pinotti, dos postales con desvaídas fotos de lugares turísticos de la localidad, y un pedazo de papel cuadrado, en blanco por ambos lados.

—La idea era buena —dije—. Lástima que no dio resultado —en silencio volví a montar la caja del radiador y puse en su sitio original las botellas y el cenicero—. Llevabas razón, Olivia. Salgamos a la calle para respirar un poco de olor a basuras frescas...

—¡Brion, mira! —Olivia estaba delante de la ventana, colocando el papel en blanco en un ángulo que captara el sol—. La tinta está desteñida, pero aquí había algo escrito...

Me acerqué para mirar de soslayo el papel. Eran visibles unas señales muy débiles. Olivia puso el papel encima de la mesa, frotándolo ligeramente sobre la sucia superficie y seguidamente lo sostuvo frente al espejo. Parecido a una línea gris, apareció el trazo espectral de una escritura torpe.

—Frótalo un poco más —dije, en tensión—. Con cuidado... ese papel es quebradizo como la ceniza Olivia así lo hizo y lo colocó de nuevo frente al espejo. Esta vez pude descifrar algunas letras: *Instituzione Galileo Mercoledì Giugno 7. 3 P. M.*

—Miércoles, 7 de junio —traduje—. Esto puede ser útil. Quisiera saber

el año.

—Conozco una fórmula sencilla para calcular el día en que debe recaer una fecha determinada —dijo Olivia con voz entrecortada—. Sólo tardaré un momento...

Se mordió el labio, concentrando el pensamiento. De Pronto se iluminó su expresión.

—¡Sí! ¡Encaja! ¡El 7 de junio de 1871, cayó en miércoles! —frunció el ceño—, como en 1899, en 1911.

—Ya es algo y... mejor que nada. Vamos a comprobarlo. En el Instituto Galileo. Esperemos que todavía funcione.

Un hombrecillo reseco con brazales y una visera para los ojos, se mordisqueaba el caído y amarillento bigote, escuchando en silencio; sus manos venosas descansaban encima del mostrador como formando una barrera contra los intrusos extranjeros demasiado curiosos.

—Mil ochocientos setenta y uno. Eso fue hace mucho tiempo —anunció en tono arisco—. Desde entonces han pasado muchos estudiantes por el Instituto. Numerosos científicos ilustres han cruzado estos portales apartando la gloria al nombre de Galileo —de él emanaba un olor a vino barato. Por lo visto le habíamos interrumpido su traguito de media mañana.

—No piense solicitar el ingreso — le recordé—, de forma que no tiene que hacerme el artículo. Sólo deseo examinar el expediente de Giulio Maxoni. Naturalmente, si su sistema de archivo está tan revuelto que no puede encontrarlo, no tiene más que decirlo y haré constar el hecho en el artículo que estoy escribiendo...

—¿Es usted periodista?  
—enderezó su corbata, retorció el bigote y metió algo dentro de un cajón invisible para nosotros del otro lado del mostrador, produciendo un ruido de cristal.

—Trátame como trataría a cualquier humilde investigador de los

hechos —dije altanero

—. Después de todo, el público es el dueño del Instituto; es natural que reciba la máxima atención por parte del personal al cual el público provee con largueza de pan y vino...

Con eso me lo capté definitivamente. Glugluteando como un pavo, se alejó apresuradamente para volver resollando ruidosamente bajo un enorme volumen mellizo del registro municipal, lo dejó caer encima del mostrador, me sopló a la cara una nube de polvo y levanté la cubierta.

—Maxoni dijo usted, señor. Mil ochocientos sesenta y uno—. Hizo una pausa, mirándome fijamente—. ¿No será

el Maxoni? —su natural expresión recelosa estaba allí otra vez en su semblante.

—A a a h... —una variedad de emociones confusas buscaban espacio en mi rostro—. ¿El Maxoni? —pregunté, incitándole.

—Giulio Maxoni, el célebre inventor —dijo en tono respondón. Volviéndose indicó con una mano un daguerrotipo con marco que figuraba entre una larga hilera que adornaba la estancia—. El inventor de la batidora Maxoni, el manipulador de telégrafos Maxoni, el látigo perfeccionado Galvánico para Calesa Maxoni... Fue eso último lo que le convirtió en un hombre rico, naturalmente...

Sonreí complacido, como un inspector que no ha encontrado ninguna irregularidad en los archivos del contribuyente.

—Muy bien. Ya veo que están alertas aquí en el Instituto. Cuando haya echado un vistazo al expediente... — terminé así la frase cuando el otro dio la vuelta al registro, señalando una línea con una uña mordida.

—Ahí lo tiene. Su registro original en la Escuela de Electricidad. Entonces era un muchacho de una pobre comunidad agrícola. Empezó a despuntar aquí en el Instituto. Fuimos de los primeros en dar conferencias sobre electricidad. El Instituto fue uno de los

patrocinadores de la Conferencia  
Telegráfica que se celebró  
posteriormente en aquel mismo año...

Prosiguió con su persuasiva  
cantinela propagandística que sin duda  
había influenciado a muchos ex  
alumnos o probables mecenas de las  
ciencias a contribuir con sus  
donativos, mientras yo leía el escueto  
registro. Constaba la dirección en la Vía  
Carlotti, el hecho de que Maxoni tenía  
veinticuatro años, era católico y estaba  
soltero. Eso me servía de poca ayuda...

—¿Hay datos — pregunté— sobre  
su lugar de residencia después de hacer  
su agosto?

El hombrecillo se puso rígido.

—¿Hacer su agosto, señor? Temo no comprender...

—Quise decir después de hacer su gran contribución a la cultura humana —rectifiqué—. Supongo que no permaneció en Vía Carlotti por mucho tiempo.

Brincó una sonrisita tristonca en una comisura de la delgada boca del funcionario.

—¿Bromea el caballero? El lugar donde está emplazado el Museo lo conocen... hasta los turistas.

—¿Qué museo?

El gnomo gesticuló con un ademán tan romano como el queso rayado.

—¿Qué otro museo podría ser sino el instalado en el antiguo hogar y laboratorio de Giulio Maxoni? El lugar sagrado donde se conservan las reliquias de su ilustre carrera.

A mi lado Olivia observaba la cara del hombre preguntándose de qué estaríamos hablando.

—Una mina —le dije—. Y después —: ¿Por casualidad tiene a mano la dirección de este museo?

Esto me granjeé una sonrisa de superioridad. Un dedo huesudo me señaló la pared que estaba a su lado.

—N ú m e r o v e i n t i o c h o , Strada d'Allenzo. A una manzana hacia el este. Hasta un chiquillo podría orientarle.

—Estamos sobre la pista, pequeña —le dije a Olivia.

—Ah..., ¿cuál es el nombre del periódico que usted... ah... representa? —la voz del hombrecillo era una mezcla de servilismo y velada insolencia. Se moría por insultar, pero no estaba seguro de que fuera prudente hacerlo.

—Pertenece a la Sociedad de Templanza —dije, olfateando el aire ostentosamente—. Las preguntas acerca de Maxoni fueron un simple pretexto, naturalmente. Estamos preparando un informe titulado: «La Bebida en horas de Servicio y lo que le cuesta al contribuyente»...

Estaba en la misma posición,

desorbitados los ojos, cuando Olivia y yo salimos a la calle soleada.

La casa Maxoni era un edificio conservador de fachada de piedra que bien pude haber pertenecido a una calle de la Fast Seventies allá en mi mundo. Encima del listín de madera interior, junto a la puerta de cristales, había una placa de bronce deslucida anunciando que el Hogar y los laboratorios del Renombrado Inventor Giulio Maxoni eran mantenidos por las contribuciones voluntarias a la Sociedad Pro Conservación de Monumentos a la Gloria de Italia y que estaban abiertos al público de 9 a 4 desde lunes a sábados de 1 a 6, los domingos. Una nota pegada

al cristal me invitaba a tocar el timbre  
Lo toqué. Pasó el tiempo Al otro lado de  
los cristales se movió una forma  
confusa, rechinaron los cerrojos, se  
abrió la puerta en medio de crujidos y  
asomó una cabeza de mujer con cara  
adormilada.

—Está cerrado. Largo —dijo una  
voz parecida al relincho de un caballo  
moribundo. Puse el pie en el exiguo  
espacio entre la puerta y la jamba.

—Dice el rótulo... —empecé  
animoso.

—Olvídelo, hermano —bufó el  
rostro amodorrado—. Vuelva mañana...

Apoyé el hombro contra la puerta y  
empujé con fuerza, enviando a la

encantadora empleada tambaleándose hacia atrás. Recobró el equilibrio, se alzó de un tirón el tirante de los sostenes y levantó la mano con los dedos abiertos y la palma vuelta hacia su cara, abriendo la boca con la evidente intención de dar una orden apropiada en idioma romano...

—Ah..., ah, no lo diga —le aconsejé—. La Condesa no está familiarizada con el vigoroso argot moderno. Ha llevado una vida retirada y tranquila en su inmenso *palazzo* del Lago Constancia...

—¿Condesa? —la cara flácida se crispó con una mueca horrible que probablemente quiso ser simplemente una boba sonrisa—. ¡Oh, cielos, si

hubiera sabido que su Excelencia vendría a honrar nuestro santuario con su visita..! —salió a escape.

—Un portal guardado por un dragón—dijo Olivia—. Y el buen caballero la ahuyenta con una sola palabra.

—Empleé con ella un hechizo mágico. Ahora eres condesa. Procura mostrarte altanera y a sonreír con aire distante.

Miré a mi alrededor. Era un vestíbulo ordinario de techo alto, pintado de color claro, una ventana de cristales sucios por la que entraban rayos de luz de colores que se proyectaban sobre una alfombra

desgastada y una mesa de superficie de mármol cubierta de polvo, y arrancaban destellos a las arañas de luces, de una lámpara estilo Victoriano. Una escalinata amplia y alfombrada conducía a un rellano soleado con otro panel de cristal sucio. Una, arcada ancha revelaba a la izquierda una mesa maciza con tiestos de flores de cera, un libro abierto, una pluma y un tintero. Había numerosas estanterías sosteniendo el peso de libros polvorientos, sillas y sofás de aspecto poco confortable, una chimenea y en la repisa diversos cachivaches de porcelana dispuestos de cualquier manera.

—Al parecer Maxoni vivió en grande y a lo burgués cuando logró el

exitazo del látigo para la calesa — comenté—. ¿Dónde estará el laboratorio?

Olivia y yo paseamos por la estancia, oliendo el olor a vejez, polvo y barniz de muebles. Ojeé algunos títulos de las estanterías.

Experimentos con Corrientes Alternas de Alta Potencia y Alta Frecuencia, por Nikola Tesla, y un folleto de Marconi fueron los que me llamaron la atención. El resto de la colección consistía en novelas victorianas y volúmenes de sermones encuadernados. Allí encontraría poca ayuda.

Volvió el dragón, cuyo aspecto era

grotesco con la bata de color verde eléctrico —tributo indudable al campo de investigación de Maxoni. Se había embadurnado la cara con una capa oscura de maquillaje, pintándose de rojo vivo los labios con mano temblorosa. Enlazó los dedos, hizo una reverencia de elefante domesticado y miró con excesiva admiración a Olivia quien le dedicó una leve inclinación de cabeza y una sonrisa glacial. Esta muestra de altanería aristocrática entusiasmó a la mujer; sonrió con ganas y pensé que el maquillaje iba a agrietarse como se raja el yeso en un terremoto. Con la fuerza de una tormenta de arena, me encontré envuelto por una ráfaga de perfume barato.

—Su Excelencia desea ver los laboratorios donde Maxoni hizo su gran labor —anuncié abanicándome—. Puede conducirnos allí inmediatamente.

Me dio empujón con el hombro para situarse un poco más cerca de la condesa y, gesticulando enérgicamente con sus manos ensortijadas, nos condujo por un pasillo estrecho junto a la escalinata, atravesamos una puerta, salimos al jardín invadido por la maleza y caminamos hacia un cobertizo sin que la mujer dejara de parlotear un segundo.

—El taller no se ha restaurado aún por completo —murmuró, sacándose una llave de un bolsillo abultado. Consiguió abrir la puerta, entró a tientas y

refunfuñó buscando el interruptor. Brotó un resplandor amarillento. Olivia y yo contemplamos el polvoriento interior, las formas tapadas con lonas, el polvo, cajas de cartón amontonadas, polvo, ventanas sucias y más polvo.

—¿Él trabajó aquí?

—Bueno, entonces eso no estaba tan desordenado. Andamos escasos de fondos, ¿sabe usted, Excelencia? —comenzó con el pregón propagandístico—. Todavía no hemos examinado y catalogado todos estos objetos, destruyendo lo inútil y restaurando el laboratorio para dejarlo en su estado original...

Continuó

cacharreando

invulnerable al desdeñoso silencio de Olivia. Miré aquí y allá, con fingida indiferencia, pero sintiéndome exaltado por dentro. Me encontraba en el lugar —o cerca del mismo —donde Maxoni hizo el primer descubrimiento que Había abierto los mundos de realidad alterna. Aquí, en alguna parte podía haber... algo. No cabía qué estaba buscando: un Diario, un modelo aún no perfeccionado...

Alcé la esquina de una cubierta protectora de polvo de una mesa donde se apilaban surtidos de piezas: transformadores pesados, primitivos tubos al vacío, trozos de alambre...

Me llamó la atención un objeto macizo colocado en el centro de la

mesa. Levanté la cubierta y lo atraje hacia mí.

¡Por favor, le ruego que no toque nada, señor! —me gritó al oído la guardiana hipopótamo. Di un respingo, soltando la cubierta de lona que levantó una nube de polvo—. Está todo como lo dejó el profesor la última aquel día fatal.

—Perdone —dije, procurando poner cara inexpresiva—. A mí todo esto me parece una colección de chatarra.

—Sí, el profesor Maxoni era un tanto excéntrico. Conservaba todas las piezas, hasta los trocitos más pequeños... empeñado siempre en

juntarlas. Su sueño era, como le decía a mi papá cuando vivía, naturalmente — me refiero al profesor—, y papá también, claro...

—¿Su padre trabajó con Maxoni?

—¿No lo sabía? ¡Oh, sí, fue ayudante suyo durante muchos años! Él podría contarle muchas anécdotas del gran hombre...

—Supongo que no vive todavía...

—¿Papá? El pobrecillo pasó a mejor vida hace cuarenta y tres..., ¿o hace ya cuarenta y cuatro...?

—Me refiero que no dejaría ningún Diario... narrando sus recuerdos vividos con el profesor...

—No, papá no fue lo que podría decirse un hombre cultivado —hizo una pausa—. El profesor, sin embargo, fue muy meticulado con su Diario. Cinco volúmenes enormes. Una de las peores tragedias de la Sociedad es que aún no tengamos fondos suficientes para publicarlos.

—Tal vez no tarden en tenerlos, señora —dije con solemnidad—. La condesa siente particular interés en publicar esos Diarios que describe usted.

—¡Oh! —l a boca pintada dibujó una O grande como l a exclamación—. Su Excelencia...

—De modo que si los trae usted

para que Su Excelencia pueda examinarlos... —dejé la insinuación en el aire.

—Están en la caja fuerte, señor, pero tengo la llave... sé que la guardo en alguna parte. Recuerdo que el año pasado..., ¿o fue hace dos años...?

—Búsquela, buena mujer — insistí—. Su Excelencia y yo esperaremos aquí pacientemente, emocionados ante la idea de que fue en este lugar donde el profesor desarrolló su látigo galvánico para montar en calesa.

—Oh, no, eso fue antes de que comprara está casi...

—No importa. Los Diarios, por

favor...

—¿No preferirían esperar dentro de la casa? Este polvo...

—Como le dije, nos entusiasma este lugar. Vaya, vaya...—la empujé hacia la puerta. Olivia me miró con aire interrogante.

—La he enviado en busca de los Diarios de Maxoni —dije. Olivia debió notar algo anormal en mi voz.

—Brion, ¿qué pasa?

Me acerqué a la mesa, retiré la cubierta. La maciza armadura que antes había desplazado de su sitio destacaba entre los demás objetos desperdigados.

—Eso —dije yo triunfalmente al

fin— es un serpentín Moebius, el componente central del medio de impulsión M-C. Si no soy capaz de construir un vehículo del tiempo con eso y los Diarios del viejo, volveré mi insignia del revés.

## CAPÍTULO IX

El taller que alquilé media veinte por veinte y consistía en un espacio debajo de un desván en la boca de una callejuela angosta que iba desde la Strada d'Allenzo a un ramal del Tíber, un camino que fue abierto por las cabras mucho antes de que Roma fuera lo bastante grande para poder llamarse ciudad. El inquilino anterior era un mecánico que hacía chapuzas. En los rincones aún quedaban Oxidadas piezas de máquinas a vapor, herramientas en las polvorientas estanterías y pernos y arandelas así como otros restos

metálicos tirados y casi incrustados en el suelo grasiento y duro como el hormigón. A regañadientes, el tipo que me alquiló el local había quitado la primera Capa de porquería, instalando una mesa deteriorada de superficie metálica. Esta mesa, además del serpentín Moebius que me prestó la Guardiania, previo soborno y los Diarios constituían todo mi equipo de laboratorio. Era poca cosa para empezar a mover mundos, pero algo era para empezar.

Olivia encontró en la vecindad habitaciones más baratas y mejores que las del Albergo Romulus. En su habitación había un hornillo de carbón; destinamos parte de nuestro exiguo

capital a comer y cenar un día en casa y otro día en una de las pequeñas pizzerias del barrio donde servían las garrafas de vino automáticamente con la sal y la pimienta.

Inicié mi programa de investigación leyéndome los cinco Diarios, en su mayoría dedicados a comentarios amargos acerca de la entonces actual situación política —la capital acababa de ser trasladada a Roma desde Florencia, lo que causaba alza de precios —, notas referentes de un asunto bastante complicado, pero platónico, con una tal signara C., y numerosos cálculos presupuestarios del inquieto científico que conquistaron toda mi simpatía.

Hasta el último volumen no empecé a encontrar párrafos sumamente interesantes: los primeros indicios tentativos del Gran Secreto. Maxoni estuvo experimentando con serpentines, enrollándolos, pasando a través de ellos diversos tipos y cantidades de corriente eléctrica tratando de detectar los resultados. De haber conocido física más moderna, jamás se hubiera molestado en hacerlo, pero, en su ignorancia, perseveró. Al igual que Edison que lo intentó todo, desde utilizar cerda de caballo hasta astillas de bambú como filamentos para su bombilla incandescente, también Maxoni hizo intentos, pruebas y tomó apuntes de los resultados, y repitió la tentativa una

y otra vez. Fue la más pura de la investigación pura. No sabía qué andaba buscando -y cuando lo encontró no supo qué era-, al menos en este mundo. Por supuesto que Cocini no tomó parte alguna en el programa. Yo no sabía qué papel tuvo éste en la línea de mundo Cero-Cero. Sería interesante enterarme leyéndolo cuando regresara... si regresaba y había algún lugar adonde regresar...

Dejé morir ese pensamiento. No me conduciría a ninguna parte. El último volumen entregó sus secretos como lo que eran: algunas menciones dispersas y fragmentarias del serpentín espiral, y un par de líneas relativas a extrañas manifestaciones obtenidas con el

electroscopio de oro batido cuando se utilizaban ciertas corrientes irregulares.

Había transcurrido una semana y me preparaba a dar comienzo a la fase experimental. En la ciudad había algunas casas de suministros eléctricos, proveedores en la mayoría de las Universidades e Institutos de Investigación; la electricidad distaba mucho de estar en la etapa del Kilovatio en este mundo. Hice provisión de una variedad de baterías de reserva, osciladores, serpentines, condensadores, tubos de vacío grandes y embarazosos como botellas de leche, además de todo aquello que consideré útil en potencia. Después, a sugerencia de Olivia, me hipnotizo tomando apuntes mientras yo

repetía todo lo que mi sude consciente retuvo del aprendizaje hecho en tecnología vehículos de la Red... conocimientos que resultaron doblemente valiosos que las notas de Maxoni.

Fueron unos días muy gratos. Me levantaba tempranamente reunía con Olivia para desayunar juntos, recorría pie las dos manzanas hasta el taller y trabajaba hasta la hora de almorzar, anotando mis resultados en un libro muy parecido a los que Maxoni utilizó un siglo antes. Este no era un mundo de cambios rápidos.

Olivia llegaba al mediodía, serena, radiante, con aspecto más saludable gracias al sol romano que le daba el

color bronceado del que careció en Harrow. De la cesta colocada de su brazo salían bocadillos y pizzas, fruta, una botella de vino. Entonces ya tenía un par de sillas y poníamos el almuerzo en una esquina de mi formidable banco de trabajo, con el enigmático bulto del serpentín delante de nosotros como si fuera un ídolo celoso al que fuera preciso aplacar.

Llegaba después la tarde en la que trabajaba cortando, montando y tomando notas, y algunos transeúntes se paraban ante la puerta abierta para mirar con cortés curiosidad y cordiales saludos, y algunos de ellos haciendo tímidas preguntas.

Al cabo de un mes, los habitantes

de la vecindad se referían a mí llamándome loco extranjero y algo brujo. Pero eran abiertos y generosos y a menudo me obsequiaban con una botella, un salchichón o un pedazo de queso fuerte, acompañados siempre de rimbombantes cumplidos metanos. Por la noche, cuando el sol se había escondido detrás del desigual horizonte del otro lado y las sombras invadían el taller casi sin oponer resistencia a la única sombrilla que colgaba del techo, me escocían los ojos, la cabeza me daba vueltas y me dolían las piernas de haber pasado tantas horas de pie encorvado sobre la mesa. Entonces cerraba el taller solemnemente y colocaba el candado sin tener en cuenta que la puerta era muy

delgada y estaba sujeta únicamente por un par de bisagras enmohecidas y unos clavos doblados. Regresaba a casa pasando por delante de las tiendas y los puestos ambulantes, cuyos laboriosos propietarios ya cerraban el negocio, subía a la habitación para tomar un baño en la oxidada bañera y poco después con Olivia a disfrutar de la noche.

Nos sentábamos a alguna mesa bamboleante, casi siempre en una terraza estrecha, atestada de gente, que daba a una calle bulliciosa, y allí hablábamos, mirábamos a la gente, al cielo nocturno y regresábamos despidiéndonos ante la puerta del piso: ella iba a su habitación y yo a la mía. Quizá nuestras relaciones fuesen un tanto

singulares, pero entonces nos parecían muy naturales. Éramos conspiradores confabulados en una extraña misión, medio detectives, medio investigadores, apartados del gentío ruidoso y vulgar que nos rodeaba, distanciados de todos los demás por la naturaleza fantástica del objetivo impracticable que nos proponíamos alcanzar. Ella por razones románticas y yo movido por un fuerte impulso de romper los muros de la prisión intangible que me rodeaban.

Tuve que revisar a fondo mis cálculos de la edad de Olivia. Al principio, después de la impresión de ver a tía Goodwill sin el disfraz, le atribuí una virginal cuarentena. Más tarde, ataviada como una pícara mujer

de la calle —y pasándolo en grande con la comedia —la consideré más joven: acaso unos treinta y cinco años. Ahora, sin pintar, con los cabellos cortos al estilo romano, bronceada la piel y estilizada su figura con los vestidos sencillos que se compró en las tiendas modestas de nuestro barrio, un día descubrí con sobresalto mientras la observaba echarles migajas de pan a las palomas, detrás del taller, riéndose del andar torpe de los pájaros, descubrí, decía, que tendría unos veinticinco años.

Alzó la mirada y me sorprendió contemplándola.

—Eres una muchacha muy hermosa, Olivia —dije, Y temo que lo dije en tono de extrañeza —. Y muy desconcertante, palabra.

Primero se turbó, pero seguidamente sonrió con una expresión más alegre de la que solían reflejar antes sus ojos tristes.

—Olvidas quien soy —dijo con picardía—. La vuela bruja de «La maga de Oz»...

—Sí, pero, ¿por qué?

—Te lo expliqué. ¿Quién creerla en una maga sin verrugas en la barbilla?

—Claro... Pero, ¿por qué no te has casado? —inicié el archiconocido

estribillo de que habiendo tantos muchachos agradables y simpáticos..., pero vi por su expresión que podía ahorrarme esas bobadas.

—Está bien, esto no es asunto mío —dije rápidamente—. No tenía la intención de hurgar en cosas personales, Olivia...—me callé y terminamos el paseo en silencio que, si no lúgubre, distó mucho de ser simpático.

Al cabo de otras tres semanas había reunido una compilación formidable de datos, suficientes —le dije a Olivia que vino a las diez de la noche a ver qué me retrasaba —para permitir el comienzo de la construcción de los circuitos secundarios, la parte del mecanismo del vehículo del tiempo con

la que estaba familiarizado.

—Lo más difícil —dije— era calibrar el serpentín, descubrir qué clase de energía necesitaba, qué alcance de fuerza desarrollaba. Esto ya ha quedado resuelto. Ahora sólo tengo que montar los aparatos de amplificación y foco...

—Hablas como si eso fuera lo más sencillo, Brion... además de seguro.

—Intento convencerme a mí mismo —confesé—. Dista mucho de ser sencillo. Es un intento de igualar un complicado montaje de fuerzas intangibles; un poco parecido a la tentativa de sostener en equilibrio una tacita de té en una corriente de agua,

sólo que yo tengo dos docenas de tacitas y agua como para llenar un embalse... y si aplico toda la potencia al aparato sin los controles adecuados...

—¿Qué pasará entonces?

—Provocaré un cataclismo irreversible de una variedad entre cien posibles. Una explosión titánica que continúa estallando: una erupción incontrolada de materia de otro continuo, como un volcán brotando del corazón de un sol... o acaso un consumo de energía como la de Niágara que absorbería el calor de este lugar congelando la ciudad en cuestión de minutos y cubriendo al planeta entero con una capa de hielo en un mes, o...

—Ya es suficiente, lo entiendo. Juegas con fuerzas espantosas, Brion.

—No te preocupes... no haré fluir la potencia hasta que sepa qué hago. Hay formas de instalar frecuencias de corte y de tiempo para todas mis pruebas... y durante bastante tiempo seguiré empleando una potencia gradual. Los desastres que produjeron la Ruina ocurrieron a causa de los Maxoni y Cocini de las otras líneas-A que no estaban prevenidos de antemano. Ellos liberaron la potencia por las buenas. La puerta del Infierno tiene las bisagras bien engrasadas.

—¿Cuánto falta para... que termines?

—Algunos días. Será un aparato simple. Construiré una caja de pino si es preciso, algo que sirva únicamente para mantenerme unido con el mecanismo. Será un aparato tosco, naturalmente, y no compacto como los modelos Imperiales, pero me llevará allí mientras fluye la energía que no es muy grande. Una reserva de estas seis células de voltios me suministrará todo el combustible necesario para ir a casa.

—¿Y si los Xonijeelianos tenían razón —dijo suavemente—, si el mundo que buscas no está donde supones? ¿Qué pasará entonces?

—Se me agotará la energía y caeré en la Ruina, y así terminará otro chiflado —dije en tono áspero—. Y no estará

nada mal... si yo imaginé que todo el Imperio...

—Sé que no lo imaginaste, Brion, pero suponiendo que algo... te haya salido mal...

—Me preocuparé de eso cuando llegue el momento —la interrumpí. Me había aislado con mi trabajo y mis esfuerzos terapéuticos. Todavía no estaba preparado para pensar en las mil sombrías posibilidades que afrontaría cuando subiera a mi rudimentario artefacto y pulsara el conmutador.

Tres noches después, Olivia y yo estábamos sentados a una mesa junto a la ventana de uno de los tugurios que frecuentábamos, tomando un vaso de

vino y escuchando los suaves sonidos de una ciudad sin neones ni combustión interna. Ella había ido a buscarme al taller, una costumbre de la que yo no podía ya prescindir.

—Es cuestión de poco tiempo —le dije—. Ya viste la caja. Toda hecha de madera, pero servirá. El serpentín está ya instalado. Mañana montaré el circuito regulador...

—Brion... —puso los dedos sobre mi brazo—. ¡Mira allí!

Giré el cuerpo, vislumbrando de refilón una figura alta, oscura que llevaba un largo abrigo de cuello levantado y se abría paso a empujones entre el fluido tránsito de peatones.

—¡Era... él! —la voz de Olivia era tensa.

—Bien, tal vez lo era —dije con calma—. Serénate, muchacha. ¿Cómo puedes estar tan segura...?

—¡Lo estoy, Brion! La misma cara terrible, la barba.

—En Roma hay muchísimos barbudos, Olivia...

—¡Debemos irnos en seguida! —empezó a levantarse. Le cogí la mano obligándola a sentarse de nuevo.

—El pánico no nos conducirá a nada. ¿Nos vio él?

—Creo que... no estoy segura —terminó por decir—. Yo le vi y aparté la

cara, pero...

—Si nos ha visto —suponiendo que sea nuestro hombre—, será, inútil que intentemos huir. Si no nos vio, no volverá.

—Pero si nos diéramos prisa, Brion..., ¿no será necesario que pasemos a recoger nuestras cosas por el piso! Cogemos el tren y al amanecer estaremos a muchos kilómetros de Roma...

—Si nos han seguido hasta aquí, nos encontrarían en otra ciudad. Además, olvidas el asunto de mi vehículo. Casi está terminado. Otra jornada de trabajo y algunas pruebas...

—¿De qué te servirá el vehículo si

te capturan, Brion? —Le di una palmadita en la mano.

—¿Por qué han de querer atraparme? Me dejaron aquí para librarse de mí...

—Brion, ¿crees tú que soy una pueblerina fácil de convencer? ¡Debemos actuar... y ahora!

Me mordisqueé el labio pensando en ella. A Olivia la convencían tan poco como a mí mismo mis reflexiones. Ignoraba el trato que daba la Policía Xonijeeliana a sus deportados, pero era indudable que no les gustaría mi proyecto casero. Si me dejaron aquí fue para quitarme de la circulación. Repetirían la jugada; Olivia llevaba

razón...

—Está bien —me puse de pie dejando una moneda encima de la mesa. Una vez en la calle, le di golpecitos afectuosos en la mano.

—Ahora vuelve a casa, Olivia. Haré algunas indagaciones para convencerme de que todo anda bien. Después...

—No. Me quedo contigo.

—Es una chiquillada —repliqué—. Si hay algún jaleo, ¿crees que quiero verte mezclada en él? No lo habrá, claro...

—Estás maquinando alguna locura, Brion. ¿De qué se trata? ¿Volverás al taller?

—Quiero cerciorarme de que nadie ha manoseado mi vehículo del tiempo. La vi palidecer a la luz del farol de carburo de la esquina.

—Pretendes terminarlo con prisas... arriesgando la vida...

—No correré riesgos, Olivia, pero, ¡qué diablos, no voy a dejarme capturar cuando estoy a punto de lograr mi objetivo!

—Necesitarás ayuda. No soy torpe en esas cosas.

Moví la cabeza negativamente:

—Tienes que mantenerte al margen de esto, Olivia. Soy yo quien les interesa, pero a ti podrían hacerte

daño...

—¿Cuándo terminarás tu trabajo?

—Dentro de algunas horas.

Después, haré las pruebas...

—Más vale empezar cuanto antes.

Presiento que el peligro acecha esta noche. No tardarán en apretar el nudo corredizo.

Vacilé un instante, luego le cogí la mano.

—No sé qué he hecho para merecer tanta lealtad —dije—. Vamos, tenemos que hacer.

Primero fuimos al piso donde encendimos las luces y preparamos un poco de café. Después, dejando las

habitaciones a oscuras, bajamos por una escalera posterior a una calleja empedrada. Al cabo de media hora, después de un recorrido tortuoso evitando las calles céntricas y las esquinas bien iluminadas, llegamos al taller donde entramos con sumo sigilo. Todo estaba como antes lo dejé: la caja de seis pies cuadrados, con sus tablas laterales a medio colocar, el serpentín montado en el centro de su base, el cable de los circuitos de control inacabados reluciendo en la penumbra. Encendí una lámpara y nos pusimos a trabajar.

Olivia tenía una extraordinaria habilidad manual. Le enseñé a instalar el cable de un aislador y con esa única

demostración tuvo suficiente para hacerlo mejor que yo. Hacía falta una caja de soporte para las baterías; hice una estructura rudimentaria, adapté los elementos, instalé un conmutador e hice las conexiones. Olivia salía cada media hora para efectuar un rápido reconocimiento, pero de poco habría servido descubrir la presencia de alguien que nos espiara. Era incapaz de imaginar qué táctica empleaban ellos... si es que empleaban alguna. En el caso de que nos hubieran localizado, era indudable que el taller estaba vigilado. Tal vez esperaban a que terminara para caer sobre mí. Quizá sentían curiosidad por saber si era posible hacer lo que yo intentaba hacer con los materiales y

tecnología de que disponía...

Terminamos mucho después de la medianoche. Efectué una última conexión y revisé un par de circuitos. Suponiendo que fueran acertadas mis investigaciones y el recuerdo de la teoría M-C, el plan tenía que dar resultado...

—Tiene un aspecto tan... frágil, Brion —los ojos de Olivia destacaban en la penumbra. Tuve la sensación de que los míos estaban cubiertos de polvo de esmeril.

—Es frágil, pero ese vehículo de trayectos cortos, cuando está en movimiento, es inmune a cualquier influencia externa. Se encuentra

confinado en un campo que retiene el aire y el resto queda excluido. Y no permanece mucho tiempo en una línea-A para que lo afecte la temperatura externa, el vacío o cualquier otra cosa.

—¡Brion! —Olivia se aferró a mi brazo—. ¡Quédate! ¡No te aventuras con ese artefacto tan endeble! ¡Aún estás a tiempo de huir! ¡Esos malvados te buscarán en vano! Encontraremos refugio en alguna aldea, lejos de sus intrigas...

Comprendí por mi expresión que nada conseguiría. Me miró a los ojos, después apartó la mano y retrocedió.

—Fui una estúpida al mezclar los sueños con la gris realidad —hablaba

con aspereza. Se le encorvaron los hombros, la vida desapareció de su rostro. Tuve la sensación de que volvía a encontrarme delante de tía Goodwill.

—Olivia —dije secamente—. Por el amor de Dios...

Oí un sonido procedente de la puerta. La vi temblar y de un salto me acerqué al interruptor de la luz para apagarla. En el silencio sonó el roce de una pisada sobre los ladrillos. Chirriaron los goznes oxidados y al retirarse la puerta las sombras se volvieron más tenues. En la abertura apareció una silueta alta, oscura.

—¡Bayard! —dijo una voz ronca en las sombras...—una voz de

inconfundible acento Xonijeeliano. Avancé pegado a la pared. La figura dio unos pasos adelante. Cerca de la puerta había un travesaño. Me encogí, tratando de hacerme invisible, alargué la mano y mis dedos se cerraron en torno del metal frío y mohoso. El intruso se hallaba a unas dos yardas. Enderezando el cuerpo, levanté la barra maciza. Él dio otro paso y entonces me abalancé sobre él, descargando la barra contra la parte posterior de su cabeza, y vi que su sombrero salía disparado por el aire cuando tropezó cayendo de bruces al suelo.

—¡Brion! —gritó Olivia.

—¡Todo va bien! —arrojé a un lado el travesaño y me acerqué a ella,

tomándola entre mis brazos.

—Debes comprenderlo, Olivia — dije con voz ronca—. Está en juego mucho más de lo que nadie pueda imaginar. Se trata de algo que debo hacer. Tienes toda la vida por delante. Vívela..., ¡y olvídate!

—Quiero ir contigo, Brion — suplicó ella.

—Sabes que esto es imposible... demasiado peligroso. Reducirías a la mitad mis posibilidades de encontrar la línea Cero-Cero antes de que se agote el aire —metí mi cartera en el bolsillo de su capa—. Ahora debo irme —la aparté de mí sin brusquedad.

—Casi... casi deseo que

falle...—dijo la voz de Olivia en la oscuridad. Me acerqué al vehículo, encendí la luz de carburo y accioné el conmutador de encendido. Oí un gemido del ser al que había golpeado en la penumbra.

—Será mejor que te vayas, Olivia —dije—. Aléjate todo lo posible. Ve a Luisiana, empieza de nuevo... y olvida la historia de tía Goodwill...

Crecía el zumbido, la melodía de las moléculas torturadas al formarse el campo, dando vueltas en el espacio, enroscando el tiempo, creando su diminuta burbuja de imposible tensión en la maciza fábrica de la realidad.

—Adiós, Olivia... —me introduje

en la caja frágil, clavé la mirada en el tablero rudimentario. El cuadrante pie fuerza de campo me indicó que había llegado el momento. Cogí la palanca de impulsión y la accioné.

## CAPÍTULO X

La sensación fue de violenta torsión, hubo un chisporroteo de descarga eléctrica a través de circuitos no probados. Después, se desvanecieron las paredes a mi alrededor y me encontré contemplando afuera la desolación de la Ruina. No eran necesarias las pantallas de observación.

Las aberturas entre las tablillas me permitían abarcar la panorámica de una llanura de desechos reluciente bajo la luz de la luna; la vista se desplazaba y fluía, ennegreciéndose, trocándose en ruinas incendiadas, volviendo

gradualmente a formar una extensión parecida a la lava de mampostería y acero entremezclados, endurecidos.

Aflojé la tensión de los dientes intentando respirar. Todo iba bien. Cruzaba el Infierno montado en una caja de huevos, pero el campo resistía, reprimido por las matrices matemáticas incorporadas a varios centenares de cables sujetos por clavos alrededor de mi caja de madera. El macizo serpentín Moebius acerrojado al suelo vibraba intensamente. Hice un esfuerzo para relajarme; me esperaba un largo trayecto.

La media docena de toscos instrumentos me suministraban obedientes sus lecturas. Miré los

trémulos indicadores y traté de averiguar qué representaban. El único mapa de que disponía era el recuerdo vago del fotograma que los Xonijileelianos me mostraron. Si ésta era una carta en la Ruina -y había decidido no ponerlo en duda- me encontraba poco más o menos en la «dirección» correcta.

La navegación por la Red dependía de la orientación con un arbitrario conjunto de valores, las medidas de fuerza de tres del número al parecer infinito de «campos» que eran una parte normal del continuo multiordinal. La lectura de tres de esos valores señalaría una posición. Tal vez la observación de los cambios progresivos en la

correlación de los valores revelaría un plano de la Red... trataba de calibrar mis instrumentos, calcular mi velocidad A-entrópica, poner a prueba mis rudimentarios controles para comprobar hasta qué punto podía dirigirlos, y determinar la forma de situar el vehículo en posición de identidad cuando encontrara el objetivo, si lo encontraba... y todo eso tenía que hacerlo antes de que el aire se volviera irrespirable. No había problema de comida, agua o un sitio donde dormir: ya estaría muerto antes de que fuera necesario alguno de esos lujos.

    Mi primera aproximación según los datos de los cuadrantes me indicó que

me hallaba en un sector alejado por lo menos 150 grados del calculado. Hice un cauteloso reajuste a uno de mis toscos reóstatos y, un tanto sobresaltado por las chispas que brotaron, observé los resultados en los indicadores.

No eran buenos. No interpretaba bien mis lecturas y bien los controles estaban peor de lo que suponía. Garrapateé algunos números, improvisé algunas interpolaciones apresuradamente y descubrí que llevaba una velocidad tres veces superior a la calculada en la Red, a un rumbo que variaba progresivamente. El circuito montado con excesiva rapidez estaba desnivelado, no para desencadenar la reprimida fuerza entrópica en un torrente

de destrucción, pero lo bastante desproporcionado para intranquilizarme.

Hice otro reajuste precipitadamente, comprobé las lecturas. Oscilaron las agujas, una descendió en la escala, otras dos se remontaron. Hice un esfuerzo hercúleo para recordar cuanto aprendí acerca de navegación cae emergencia y deduje que había descrito gran parte de un círculo completo y ahora enfilaba en dirección opuesta. Poca cosa podía hacer con los controles. Empujé la palanca que servía de limón hacia la izquierda, hasta el tope, pero los instrumentos no respondieron satisfactoriamente.

Pasaron otros diez minutos. Mi reloj hacía tic-tac midiendo alguna

cualidad inimaginable en mi caída a plomo infinita a través de las realidades alternas. Era una espera escalofriante tonto cuando el técnico de laboratorio hurga con su jeringuilla buscando una vena. Un segundo parecía una eternidad.

Otra lectura. Ya no quedaba duda alguna: yo seguía un rumbo en espiral... aunque no podía saber si era ascendente o descendente. Los circuitos de control chispeaban continuamente. Las tensiones provocadas por las caras entrópicas anormales estaban calentando rápida y excesivamente la inadecuada instalación de cables eléctricos. Una caja de conexiones estaba ya roja y la madera de su parte inferior humeaba, ennegreciéndose. Mientras la miraba,

brotaron llamas pálidas que se extendieron por la madera. Me quité la chaqueta intentando en vano apagar con ella el fuego. Un cable fundido cayó atravesado sobre otros cables y quedó suspendido, soldado y en distinta posición.

Por un momento angustioso, me apuntalé dispuesto para la caída de identificación con los pilares de fuego que tronaban silenciosamente fuera... Entonces descubrí que el vehículo aún se movía milagrosamente. Frotándome los ojos irritados por el humo, observé los cuadrantes: el rumbo habíase alterado bruscamente. Intenté reconstruir el camino errático que había enfilado y calcular mi posición. Era inútil. Podía

encontrarme en cualquier parte.

Era extraña la escena del otro lado de las paredes del vehículo, sin ningún parecido con mis recuerdos de los films documentales de exploración de la Ruina que había visto. Hasta el horizonte se extendía una hilera de conos negros de lados cortados a pico y cada uno de ellos tenía El borde del cráter rojizo, opaco; por las bocas de los cráteres fluía lava constantemente y reventaban enormes burbujas despidiendo densos nubarrones de humo que oscurecían la luna. Por lo visto aquí se había creado una nueva línea equivocada en la corteza del planeta, brotando volcanes como malas hierbas en un campo recién arado.

Llevaba cuarenta minutos de viaje. Pensé con nostalgia en Olivia, sola en el piso. De improvviso recordé los días, las noches que vivimos juntos, su espíritu fuerte, sus movimientos suaves, la línea de su cuello y su perfil mientras permanecíamos sentados, brindando con vino en los largos atardeceres romanos...

Tuve todo lo que pueda necesitar un hombre para vivir bien. Quizá fui un loco al despreciarlo por esto... por un diabólico recorrido que podía llevarme a ninguna parte. Quizá. Pero no hubo otra alternativa. En la vida había cosas que un hombre debía hacer, de lo contrario se perdía irremediablemente el sabor de vivir.

Estaba claro que me encontraba perdido. Durante la hora anterior el vehículo estuvo avanzando a ciegas por los continuos, describiendo un rumbo errático que variaba cada vez que se fundía una conexión creando un nuevo modelo en los circuitos de control.

Poco antes me había tendido en el suelo tratando de encontrar aire más puro. Casi se había agotado. Tosía cada vez que respiraba y la cabeza me zumbaba continuamente, como un transformador agotado. Estaba reuniendo observaciones interesantes sobre los efectos de modificar los circuitos del vehículo a toda velocidad,

así como acerca de territorio nuevo antes nunca explorado por nuestros Scouts de la Red, pero a cada minuto se reducían mis posibilidades de sobrevivir para utilizar estos conocimientos.

Con un pedazo de madera socarrada garrapateé algunos cálculos en el suelo. Debía hallarme en el centro de la Ruina. Fuera, pasaban fluidamente los mundos arruinados, todo era un panorama digno del día del Juicio Final. Habían desaparecido los volcanes quedando reducidos a insondables hoyos que despedían chispas y fuentes de fuego al negro firmamento. Guiñando los ojos, miré a través de brumas de vapor y humo. A lo lejos aparecía una línea de

colinas... nuevas colinas creadas por los levantamientos de la corteza de este mundo. Por un momento se enrareció el humo permitiéndome entrever el distante paisaje...

¿No había indicios de verde? Me froté los ojos y miré de nuevo. Las colinas, de contornos vagos a la luz de la luna, parecían recubiertas de vida vegetal. Los volcanes parecían encalmados, reducidos a lagunas de lava... ¡Y allí...! Un arbusto raquítico asomando por el borde de un cráter... y otro...

Tosiendo y respirando con dificultad, me puse a gatas. El resplandor se desvanecía de la escena. Puntitos inconfundibles de color verde

aparecían por doquier. Un retoño nuevo brotó a través de la tierra negra, elevándose, retorciéndose, desenrollando una fronda, extendiendo, cada vez más alto, una hoja tras otra, como en una película de acción rápida en la cual cada secuencia fuera un vislumbre de una línea-A diferente que variase apenas, de la siguiente, y creando un drama continuo de cambio... un cambio enfocado hacia la vida.

En su vagar sin rumbo mi vehículo había retrocedido hasta los límites de la Ruina. Vi brotar nuevos retoños hasta convertirse en magníficos árboles, gigantescas palmeras, por cuyos troncos sólidos trepaban las lianas cual verdes serpiente que abrazaban al enorme árbol

en un estallido de exuberante verdor, y trepar hasta la copa y, luego, desplomarse cuando moría el árbol, para remontarse de nuevo cuando capturaban otro árbol nuevo, una nueva presa...

A mi alrededor crecía una jungla alimentada por el suelo volcánico. Orquídeas grandes como fuentes de comida reventaban cual palomitas de maíz, caían y eran reemplazadas por otras enormes como cubas de colada. A la luz del claro de luna descubrí un leve movimiento, un movimiento nuevo. Apareció una mariposa nocturna, una mota brillante que aumentó de tamaño. Luego, la flor gigante sobre la que estaba posada, agitó sus pétalos

frenéticamente hasta engullirla.

Cerca, una cortina de follaje se abrió hacia fuera. Asomó una cabeza con fauces pareadas a las de una rata gigante que se cerraron alrededor de lianas huidizas... Cambió la cabeza, desarrollando una coraza cortante cual filo de navaja que amputó las fibras vegetales vivientes. Chorreó la savia, se abultaron las espinas dirigidas vorazmente hacia el animal, alcanzaron el cuello peludo... y retrocedieron despuntadas de la piel blindada.

Luego salieron nuevas hojas que trataron de envolver la cabeza en pliegues sofocantes de cuero verde. La cabeza se retorció, debatiéndose y quedando libre por breves instantes

para ser engullida de nuevo hasta desaparecer absorbida en un agitado mar verde.

Jadeante, tosiendo, me puse de pie y alargué la mano hacia el tablero de controles... No lo alcancé y caí al suelo. El golpe en la cabeza me hizo reaccionar. Intenté respirar y sólo inhalé humo. Ahora o nunca. Los mundos del exterior no eran atractivos, pero en el vehículo sólo me esperaba la muerte por asfixia. Podía dejarme caer e identificarme, hacer reparaciones, estudiar los datos recogidos, decidir dónde me encontraba y volver a intentarlo...

Otra vez me puse a gatas, agarré una tabla y la levanté, busqué a tientas

es conmutador en medio del humo sofocante, le di vuelta...

Se produjo un brusco movimiento vertiginoso, después un impacto que me lanzó contra tablas destrozadas, a un blando follaje y aspiré una bocanada de aire puro...

Finalmente dejé de toser, me libré de las lianas, casi esperando verlas envolverme y absorberme; sin embargo, y por fortuna, las extrañas secuencias de causa y efecto de la entropía-E no se aplicaban aquí, en el tiempo normal.

En la penumbra distinguí la forma de la endeble caja que me trajo aquí. Estaba inclinada contra un tronco de

árbol gigante, formando un montón de restos destrozados. Salía humo de debajo de las tablas rotas y llamas que avanzaban ya por una liana del tamaño de un puño, proyectando luces y sombras sobre los árboles y espesura de los contornos.

Debajo del pie tenía una tabla sujeta aún a un festín de cables. Cogiéndola, me acerqué al fuego y golpeé las llamas. Fue un error hacerlo: los tallos dañados rezumaban una savia inflamable que prendió entre ruidos de fuegos artificiales.

El chasis del vehículo roto pesaba demasiado para arrastrarlo lejos del incendio. Intenté coger el serpentín con la vaga idea de recobrar algo, pero el

fuego era demasiado intenso.

La madera seca ardía proyectando fuego tronco arriba al tiempo que encendía más lianas. Cinco minutos después, desde unas cien yardas de distancia, presencié la destrucción de un bosque magnífico.

Entonces comenzó a llover, demasiado tarde para rescatar algo del vehículo, pero a tiempo para salvar el bosque. Me refugié debajo de un arbusto de anchas hojas durante un buen rato escuché el tamborileo de la lluvia. Después, me venció el sueño.

Amaneció una mañana gris y húmeda; el agua goteaba de un billón de hojas a mi alrededor. Salí a gatas y

comprobé mis diversas magulladuras que estaban más o menos intactas. Aún tenía la garganta un poco irritada a causa del humo y, no sabía cómo, me había hecho una ampolla en la palma de la mano, pero este precio del viaje se me antojó muy módico.

Caminé hacia los restos del vehículo y examiné las tablas socarradas y retorcidas, la masa negra que ante fue el serpentín. La última y débil esperanza se consumía hasta morir. Esta vez me encontraba realmente aislado, sin ningún museo a mano donde encontrar un medio de escapar.

Reconocí como hambre la

sensación en mi estómago. Tenía que pensar largo rato, alimentar inútiles pesares y reflexiones sobre lo que estaba ocurriendo en la capital del Imperio. Pero ante todo debía comer y, si de algo me servía mi conocimiento de las junglas, buscar un refugio para defenderme de otros habitantes de la región que pudieran considerarme dentro de esa categoría.

Y en primer lugar, incluso antes que comida, necesitaba un arma. Sería estupendo un arco y una flecha, pero tardaría algún tiempo en encontrar madera adecuada y tendría que matar un animal para conseguir cuerda de tripa para la cuerda de arco. Dada mi actual miseria tecnológica, tendría que

arreglármelas con una lanza o un mazo. Incluso para esos útiles necesitaría algo cortante... y eso me devolvió de inmediato a la edad de piedra.

El suelo formaba ligera pendiente en la dirección Este, Según presumí. Avancé a través de la espesura que no recordaba la jungla vista desde el vehículo minutos antes de estrellarme, pero tampoco recordaba los bosques de Nueva Inglaterra que invitaban a ir de merienda.

Descendí por la ladera deteniéndome de vez en cuando para localizar el glugú de algún riachuelo o el gruñido cíe algún oso. El método Boy Scout dio resultado. Llegué a una extensión pantanosa que circundaba un

llano fangoso con un riachuelo tortuoso en su centro, a unos cincuenta pies de distancia. No se veían piedras por ningún lado. Pero abundaba la arcilla... probablemente buena para alfarería. Me agaché para examinar una muestra. Era zafra arenosa y fina... inútil.

Junto al arroyuelo había espacio suficiente para caminar. Seguí el curso del agua recorriendo varios centenares de yardas y encontré un leve promontorio donde el agua bordeaba un banco de suelo herboso. Podía ser un buen lugar donde acampar. Me quité los zapatos, me metí en el agua y me limpié lo mejor posible.

Al volverme descubrí en el banco un estrado de arcilla amarillenta y

limpia: suave, blanda, dúctil. Solamente necesitaba una hoguera para endurecerla, con la cual asaría chuletas, filetes de pescado, etc... en cuanto tuviera estos últimos utilizando las armas que fabricaría tan pronto como tuviera un hacha y un cuchillo...

La tarde estaba declinando. Los esfuerzos de la jornada me premiaron con un trozo de pedernal que logré convertir en hacha y un par de filos cortantes que cualquier artesano honrado hubiera tirado al montón de desechos para arqueólogos para que se lo disputaran entre sí algunos miles de años más tarde. Sin embargo, me bastaron para partir dos tiras de doce

pies cada una de un árbol retoño, para quitarle ramitas y hojas y afilar los extremos. Encontré asimismo algunos puñados de frutos parecidos a zarzamoras pequeñas que estaban ocasionándome dolores de estómago, y varios kilos de arcilla con la que di forma a algunos cuencos rudimentarios que ahora estaban secándose.

Durante la tarde se habían despejado los cielos y yo tenía ya construido un refugio sencillo con ramas y hojas grandes, improvisando un lecho con abundante hierba casi seca. Y con una tira de tela de mi camisa, me hice un arco incendiario. Ahora, con la yesca seca del interior de un árbol podrido y piedra más o menos suave y un hoyo

apropiado, me disponía a hacer fuego. El palo de madera era menos duro de lo que hubiera deseado y el arco resultaba torpe, pero eso era mejor que permanecer sentado, solo pensando. Introduje el polvo de madera en el hoyo, apreté contra él la punta afilada del palo envuelta con la cuerda del arco y empecé.

Diez minutos después de haberse roto dos veces el arco y haberlo sustituido cada vez, se agotaron la yesca y mi paciencia. Decidí abandonar la empresa por esta noche y entré a gatas en mi confortable refugio. Dos minutos después me incorporé sobresaltado por un bramido parecido al de un elefante enloquecido, y busqué a tientas un arma

que no tenía allí.

Esperé. Percibí el ruido de un cuerpo pesado que aplastaba la maleza cercana, y luego oí el gruñido colérico que correspondía a la clase de apetito que prefiere la carne. En los alrededores había varios árboles grandes. Con sorprendente agilidad encontré uno, por el que trepé rápidamente, perdiendo algunos pedazos de piel en la acción. Encajado en la horcajadura alta del árbol, estuve escuchando las pisadas de abajo hasta que amaneció.

A la mañana siguiente encontré las huellas cuando bajé del árbol descolgándome y cayéndome a medias.

Eran profundas, demasiado anchas para medirlas con mis manos abiertas, eso sin contar las garras... a las de las huellas me refiero.

Supuse que sería alguna especie felina. Había más huellas en el borde del arroyo: enormes huellas del tamaño de platos. En esta tierra crecían fuertes y hermosos... Lo que tenía que hacer era atrapar un ejemplar y tendría alimento hasta que fuera insoportable el hedor.

Estaba realmente hambriento. Siguiendo el curso de la corriente, recorrí varias millas hacia el sur y gradualmente me encontré en terreno más abierto.

Había innumerables indicios de

caza, incluidos los huesos mondos y lirondos de algo no tan grande como un autobús londinense, y casi cubierto por pajarracos parecidos al cóndor que los picoteaban con bastante indiferencia. Llevaba conmigo mis dos lanzas y los fragmentos de piedra, con la esperanza de encontrar algo de tamaño y ferocidad adecuados a mis recursos, por ejemplo, un conejo pequeño.

Hubo de pronto un enérgico aleteo más delante y se elevó en el aire un pájaro grande como un pavo. Avancé con cautela y encontré un nido que contenía cuatro huevos de tres pulgadas de largo con motas parduzcas. En cuclillas, me zampé uno con auténtica fruición. Lo hubiera preferido revuelto

con tomate, pero esa idea sólo me pasó por el pensamiento. Repartí los tres huevos restantes por mis bolsillos y continué el camino, sintiéndome algo mejor.

El terreno era más elevado, con menos maleza y árboles de aspecto más normal en lugar de la espesura de la marisma donde estuve antes. Imaginé que en la época de las lluvias quedaría sumergida toda la zona donde quedó el vehículo.

Entonces pude ver, a través del bosque abierto, lo que tenía aspecto de una pradera más al sur. Allí habría caza probablemente.

Después de caminar durante otra

media hora, llegué al borde de una vasta sabana que me recordó las fotos que había visto de África, con inmensas manadas apacentando al pie de los árboles desparramados. Aquí los árboles eran altos y crecían en grupos a lo largo de las riberas del arroyo... y había animales suficientes para obligar a dimitir a un guardián de zoo y dedicarse a la cría de ratones blancos.

Vi bisontes macizos, elefantes o parecidos a ellos, con colmillos rosados y labios colgantes, infinita variedad de ciervos, caballos de cuellos de jirafas. Allí estaban y yo sólo tenía que clavarles mi lanza.

Oí un bufido a mis espaldas. Giré en redondo y vi una cabeza del tamaño

de la de un rinoceronte con dos hileras de colmillos grandes y afilados en una boca que me enseñaba una garganta ancha como el tubo inductor de un caza-reactor. Detrás de la cabeza había un cuerpo... unos tres metros de cuerpo felino, musculoso, con una ligera crin, franjas en los flancos, cuello, vientre y patas blancos como la nieve. Capté todos estos detalles mientras el temible carnívoro me examinaba, bostezaba y se acercaba majestuosamente, mirando algo ceñudo a las distantes manadas con la expresión preocupada de un político que no supiera a quién sobornar.

Se alejó unos nueve metros internándose en el área, enhiesta la cabeza, examinando el menú. No se

movió ninguno de los animales. El rey de los felinos siguió avanzando, pasó junto a un grupo reducido de mastodontes que movieron los ojos de un lado a otro y giraron los cuerpos nerviosamente. Él clavaba la mirada en los bisontes entre los cuales había algunos ejemplares más pequeños que no pesarían más allá de una tonelada. Ahora se movían inquietos, formando un círculo defensivo como los bueyes almizclados del Ártico. El cazador orientóse en ángulo hacia la izquierda. Tal vez estaba pensándolo mejor...

Con la rapidez del pensamiento, echó a correr por la hierba dando saltos de treinta pies y pasando por encima de la fila de vanguardia de cuernos para

desaparecer cuando la manada se dispersó velozmente en todas direcciones. Reapareció instantes después, con una pata apoyada afectuosamente sobre el cuerpo de un mastodonte Joven. La manada, a corta distancia ahora, continuó apacentado. Lancé un profundo suspiro. Eso era un verdadero cazador.

Al oír un sonido pegué un brinco y me volví, empuñando automáticamente mi lanza...

Un conejo pardo del tamaño de una cabra y patas cimbreantes olfateaba el aire enseñando unos dientes largos y amarillos como los de las ratas. Eché hacia atrás la lanza la arrojé viéndola clavarse en el animal a mitad de un salto

de huida, y luego se desplomó de cabeza a tierra. Me acerqué rápidamente manejando la segunda lanza como lo haría una campesina al matar a una serpiente, y lo rematé.

Excitado, jadeante, recogí el cuerpo ensangrentado, observando el boquete hecho por mi lanza. Busqué a mi alrededor un lugar donde celebrar el festín. Se movía algo negro en mi brazo. ¡Una pulga! Solté el conejo, capturé el parásito y lo aplasté. Había más en el sitio de donde salió éste, agitándose en las enormes orejas. De repente perdí las ganas de comer conejo -o rata gigante- para almorzar.

De pronto la adrenalina acumulada por espacio de treinta y seis horas se

agotó, dejándome hambriento, desvalido y maltrecho, perdido en un mundo infernal y salvaje, a una distancia inimaginable del hogar que, yo lo sabía, jamás volvería a ver. Había dado tumbos de un fracaso en otro, ocupando mi mente con trivialidades, reacio a afrontar la realidad: el hecho escalofriante de que mi vida acabaría aquí, en medio de soledad y miseria, dolor y pánico... antes de que pasaran muchas horas.

Me tumbé a la p i e d e u n árbol mirando al cielo, descansando -eso me dije- o esperando otro felino, menos caprichoso, que pudiera presentarse inesperadamente. Había desaprovechado todas mis

oportunidades. Había logrado escapar en el vehículo de los Hagroon que me condujo irremediablemente a su guarida, donde me dejé capturar sin pelear, pensando que aprendería algo de los hombres gorilas. Y cuando, gracias a la estupidez de mis enemigos y a mi suerte, tuve otra oportunidad, otro vehículo, cometí otro error y permití que Dzok me engañara para ser sentenciado al exilio. Y por tercera vez me dominó el pánico y huí del enemigo sin someter a prueba mi vehículo casero para venir a parar aquí. Cada vez hice lo que pareció oportuno y en cada ocasión llegué más allá del punto de partida. Tal vez no más allá en cuanto a distancias en la Red, pero infinitamente más lejos de cualquier

esperanza de salvación, eso sin contar con las esperanzas de advertir del inminente peligro a las autoridades Imperiales.

Me levanté y regresé al lugar donde había dejado el vehículo destrozado, con el vago propósito de registrar los restos aunque no sabía para qué. Era el instinto ciego de quien está saturado de desastres y se lanza a la acción inútil para librarse de ideas angustiosas.

Resultaba más penoso avanzar por el terreno. Siguiendo el curso del río llegué al enorme esqueleto -al que los pajarracos ya habían abandonado- y llegué al llano donde los residuos de mi choza indicaban a las claras mi torpeza para escoger lugares de campamento.

Se me ocurrió una idea poco brillante. En el vehículo había un trozo de metal -restos del serpentín original Maxoni- que tal vez podría utilizar como material para las puntas de las lanzas o bien para sacar fuego del pedernal...

Murió ese impulso. Me dolía el estómago y estaba cansado. Quería irme a casa, tomar un buen baño caliente, meterme en cama y tener al lado a alguien dulce y perfumado que acariciara mi frente febril repitiéndome que yo era un tipo estupendo...

Ya empezaban a notarse los síntomas de esquizofrenia. Era fácil pasar de un deseo a una certeza. Respiré hondo, enderecé los hombros y me dirigí

hacia el lugar del incendio. Procuraría aferrarme a la realidad durante algún tiempo. Cuando la situación fuera insoportable comprendería que estaba cerca del santuario de la locura.

En el suelo ennegrecido había huellas de animales, marcas de cascos y de patas, y...

Me incliné, achicando los ojos para cerciorarme de lo que veía. Eran huellas casi humanas. Comprendí lo que debió sentir Robinsón Crusoe. La presencia de otro hombre me produjo un escalofrío en el espinazo.

De tres saltos llegué a la cercana cortina de jungla que no estaba quemada y me tumbé de bruces para escrutar el

paisaje. Intenté convencerme de que era un golpe de suerte, la primera esperanza auténtica, pero un instinto más antiguo que las teorías de la Fraternidad Humana me dijo que había encontrado al predador más mortal del mundo entero. El hecho de que fuéramos de la misma especie significaba únicamente que nos disputaríamos el mismo terreno de caza.

Mi lanza era torpe y mi destreza en el manejo no me haría merecedor de ninguna medalla. Busqué una piedra en el bolsillo y encontré un huevo aplastado. Lo ridículo de la situación estuvo a punto de hacerme reír tontamente. Entonces oí un ruido que no pude localizar. Me incorporé un poco para otear los bosques a mis espaldas.

No vi nada. Traté de reflexionar sobre mi situación. Si estaba en lo cierto y había allí un visitante humano, era importante comunicarme con él. Incluso un primitivo poseería cierta altura: comida, fuego, prendas de vestir, cobijo. Yo tenía aptitudes para hacer alfarería, tejer cestos, y algunos conocimientos sobre el manejo del arco. Tal vez consiguiéramos algo colaborando juntos... pero sólo si yo sobrevivía al primer encuentro.

Oí el sonido por segunda vez y descubrí un animal parecido al ciervo que cruzaba el lugar del incendio. Respiré sin darme cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Era imposible saber cuándo fueron hechas

la, huellas humanas. Pero no podía permanecer indefinidamente tumbado en el suelo. Me levanté y revisé el vehículo siniestrado. Todo estaba como lo había dejado.

Eché otro vistazo a las huellas. No eran huellas de un pie descalzo, sino de sandalias planas. El rastro lo indicaba, examinó el lugar y el vehículo y luego se había alejado, siguiendo claramente las huellas de mis botas. Era evidente que el desconocido me seguía la pista. Este pensamiento no me tranquilizó en absoluto.

Intenté contener el instinto que me aconsejaba huir lo antes posible. Era preciso encontrar a ese individuo y en las circunstancias más favorables para

mí. No quería matarle, por supuesto, pero tampoco pensaba tenderle la mano amistosamente, así por las buenas. Sólo quedaba... la captura.

Trabajar a descubierto tenía sus riesgos, pero ya era bastante expuesto continuar con vida. Si mi perseguidor había perdido el rastro en el terreno más elevado, era sólo cuestión de horas que volviera a presentarse y, sin saber por qué, yo estaba convencido de que volvería. Y cuando lo hiciera...

Había trabajado de firme durante dos hora; preparando la trampa. No era muy ingeniosa, y si mi presunta presa conocía bien los bosques -requisito indispensable para sobrevivir en este lugar- no caería en una emboscada tan

torpe.

En cualquier caso, aquello me mantenía ocupado y eso era mejor que permanecer escondido, esperando. Además, mi moral salía ganando al imaginar que era yo quien tomaba la iniciativa.

La trampa consistía en un hoyo practicado en la tierra blanda cubierto por una estructura de ramas y hojarasca bajo el camuflaje de tierra ennegrecida. Había cavado con las manos utilizando a ratos una tabla de los restos del vehículo. Oculté la tierra extraída entre la maleza al otro lado del follaje. El agujero sólo medía un metro y medio aproximadamente de profundidad, pero cumplía mi propósito: el de hacer

perder el equilibrio al intruso, ventaja que aprovecharía para iniciar las negociaciones.

Tenía tanta hambre que me comí uno de los huevos aplastados rebañando el forro del bolsillo. Pero antes tenía que escoger el escondrijo y prepararme para entrar en acción cuando la víctima cayera en la emboscada. Elegí una posición a la izquierda, donde me ubiqué de forma que pudiera salir de un salto en el momento psicológico.

El hoyo estaba en frente del lugar del siniestro, allí donde la abertura induciría a acercarse a una víctima cautelosa. Había dejado un pañuelo de encaje en la misma entrada del vehículo como señuelo. Era el mismo que Olivia

me prestó para secarme la frente durante aquella interminable sesión nocturna y conservaba aún un ligero perfume que probablemente sería más irresistible para un primitivo que un montón de monedas de oro. Había hecho todo lo posible. El resto dependía de la oposición.

Dormité un rato y al despertar vi que había anochecido. Los árboles formaban un fondo de encaje negro contra el cielo dorado y rojo, y los grillos y un pájaro eran los únicos que rompían el absoluto silencio...

Entonces crujió la maleza, se oyó el ruido de las ramas al quebrarse y luego una pesada respiración... Helado, tenso, inventé ver algo en la penumbra.

Él se acercaba.

¡Diablos, ya estaba ahí! Y no se esforzaba en tomar precauciones. Este nativo se sentía muy seguro de sí mismo... lo que probablemente demostraba que era el carnívoro más importante en su terreno. Intenté imaginar al hombre capaz de enfrentarse con el rey de los felinos que antes vi, pero renuncié desalentado. Y ése era el individuo al que trataba de echarle la zancadilla y amenazarle después con un mango de escoba...

Engullí las perfollos de maíz que me atragantaban y forcé la vista para ver algo. Distinguí una figura alta que se aproximaba en posición inclinada, buscando a su alrededor... a mí, sin

duda. Ese pensamiento me desasosegó. No pude ver qué arma empuñaba. Cogí mi lanza con fuerza y mantuve mi respiración a ritmo lento. Estaba muy cerca, parado, mirando primero el vehículo y luego la abertura de entrada. Debía distinguirse el pañuelo, y el perfume... Avanzó un paso, luego otro. Su forma vaga, oscura, destacaba en las sombras...

Se oyó un grito ahogado, el ruido de una caída y salí corriendo de mi escondrijo dando traspiés contra las raíces, con la lanza en alto, hasta detenerme en seco delante del torso pálido y la oscura cabeza del hombre que trataba de asirse a un punto de apoyo, hundido hasta las caderas en mi

trampa.

—¡No se mueva! —grité, con los dientes apretados, empuñando la lanza con ambas manos y amenazando al hombre que ahora parecía más estrecho de hombros, más desgarrado, con el rostro como una mancha negra debajo del casco blanco.

—Caramba, Bayard —dijo la voz de Dzok—. ¡No ha sido divertido darte caza!

## CAPÍTULO XI

—No, no fue nada fácil, amigo — dijo Dzok, ofreciéndome una segunda taza de un brebaje parecido al café que preparó después de encender una fogata —. Te aseguro que mi reputación quedó muy mal parada ante el Consejo por haberte llevado a Xonijeel. Sin embargo, según el dicho, la mejor ofensa es una buena defensa. Contraataqué acusando al Ministro Sphogeel de comprometer en su cargo a un oficial TDP, de acusar ilegalmente de ineptitud a un agente, negligencia al no presentar un asunto de seguridad ante un

alto Tribunal del Consejo...

—No acabo de comprender, Dzok —le interrumpí—. Tú me persuadiste para ir a Xonijee prometiéndome ayuda para combatir a los Hagroon...

—Bayard, en realidad te prometí hacer todo lo que pudiera. Fue mala suerte que Sphogeel estuviera en el Consejo aquella semana. Tiene fama de xenófobo. Jamás imaginé que llegaría a desterrarte por decisión de un tribunal irregular...

—Tú fuiste quien me quitó el arma —indiqué.

—Por fortuna, además. Si llegas a matar a alguien, me hubiera sido completamente imposible evitar que te

eliminaran allí mismo. Y dudo que hubiera intentado evitarlo. Eres un tipo agresivo y sanguinario, ¿sabes?

—De, modo que me seguiste a B-I Cuatro...

—Tan pronto como pude. Logré una misión para escoltar a un grupo de reclutas, todos ellos nativos, por supuesto...

—¿Nativos?

—Aaah..., Anglics, como tú, que son capturados cuando son cachorros..., es decir, cuando son pequeños. Son graciosos esos bebés Anglics. Les tomo aprecio, no puedo evitarlo. Además, es fácil entrenarles y son muy humanos...

—Está bien, ahórrate la

propaganda. No me anima en absoluto la idea de que haya esclavos humanos que sirven de animalitos domésticos...

Dzok carraspeó un poco.

—Por supuesto, amigo. Perdona, sólo trataba de... ¡Diablos, muchacho, no sé qué decir! ¡Reconozco que te tratamos mal! Pero... —me dirigió una sonrisa maliciosa—, olvidé hablar de tus defensas hipnóticas contra el lavado de cerebro. Creo que hubieras tenido más problemas en deshacerte de los falsos recuerdos si ellos lo hubieran sabido y, en consecuencia, hubiesen modificado su adoctrinamiento. Como desagravio, fui en tu busca, pero ya habías puesto pies en polvorosa...

—¿Por qué tanto misterio? ¿Por qué no llamaste a la puerta y decías que todo estaba olvidado y perdonado?

Dzok soltó una risita.

—Vamos, vamos, querido amigo, ¿imaginas la cara de un típico campesino Anglic al ver la mía asomando por la puerta preguntando por un compañero extraviado?

Me rasqué la barbilla sin afeitarme durante dos días.

—De acuerdo, tenías que ser precavido, pero pudiste telefonar...

—Podía permanecer escondido en la buhardilla hasta que anocheciera y salir entonces de reconocimiento —cosa que hice precisamente— dijo Dzok—.

Pensaba abordarte en casa de la señora Rogers, pero me diste esquinazo. Te localicé de nuevo en la casita de los bosques, pero fuiste más rápido que yo y escapaste...

— Te descubrimos rondando la casa —repliqué—. Y pensé que la Gestapo

Xonijeeliana se proponía tomar medidas más drásticas que la de mantenerme en exilio.

—Después traté de hablar contigo en el camino, cuando se interpuso aquel sujeto del tricornio. Me despistaste de nuevo subiendo al tren. Me diste mucho trabajo para averiguar tu destino. Tuve que regresar a Xonijeel, desplazarme a

Roma y viajar de nuevo hasta lo que tú llamas B-1 Línea Cuatro, y seguidamente buscar tu paradero. Por fortuna mantenemos una base permanente en Italia con cierto número de agentes...

—Supongo que también son nativos, ¿no?

—Supones bien. Amigo, me temo que estás desarrollando un complejo de manía persecutoria...

—Es lo que ocurre cuando a uno le persiguen.

—Tonterías. Caramba, tú sabes que siempre te he tratado de igual a igual...

—Claro, algunos de tus mejores amigos son personas. Pero al infierno

con todo eso. Sigue.

—Hummm. Sí. Por supuesto que tenía que actuar en la oscuridad. Aún así, la cosa no era fácil. La policía romana es muy suspicaz. Después de encontrarte, me aposté delante de tu piso, descubrí qué te traías entre manos y corrí a tu taller. Ya sabes qué sucedió allí...—se frotó la cabeza redonda con expresión divertida —. Aún duele, ¿sabes? Por suerte para mí iba bastante embozado...

—Si hubieras dicho algo —me defendí—. Me golpeaste cuando iba a abrir la boca.

—Está bien, lo siento... más de lo que puedes imaginar, considerando lo

que pasé después de aquello. ¿Cómo diablos conseguiste dar conmigo aquí?

Su sonrisa me mostró los numerosos dientes blancos.

—Gracias a tu aparato, amigo, que es increíblemente inútil. Podía haberte seguido en bicicleta por el rastro que dejaste en la Telaraña.

—¿Dijiste antes que viniste a B-I Cuatro con el pretexto de cumplir una misión de reclutamiento?

—Sí, no podía revelar mis intenciones... y el lugar parecía adecuado para reclutar voluntarios...

—Creía que teníais muchas personas de confianza a las que habíais adiestrado de niños...

—Necesitamos una cuota elevada de personal para nuestras Fuerzas Especiales, individuos que sepan los idiomas y usos de las líneas Anglic. Podemos brindarles a esos sujetos una carrera emocionante, buena paga, retiro. No es mala la vida que llevan como miembros de un cuerpo de élite...

—¿No les extrañará que regreses sin reclutas?

—¡Ah, es que los tengo ya, amigo mío! Veinte hombres escogidos que esperan en la base de Roma B-I Cuatro.

Tomé aliento y formulé la pregunta:

—¿De modo que has venido para desagraviarme? ¿De qué forma? ¿Me ofreces un viaje de retorno a casa?

—Escucha, Bayard —dijo Dzok con seriedad—. He estudiado aquel fotograma de Sphogeel, donde se indica claramente que no existe ninguna línea-A normal en las coordenadas de la Telaraña de que hablaste...

—¿También tú me tomas por chiflado?

Movió la cabeza:

—La cosa no es tan sencilla...

—Revisé los archivos, Bayard. Hace tres serranas, cuando abandonaste tu línea nativa en el vehículo Hagroon, la línea Cero-Cero estaba allí donde tú indicaste. A las doce horas... no quedaba nada.

Le miré atónito, boquiabierto.

—Esto sólo tiene un significado... y lamento ser yo quien te lo diga, pero al parecer se ha utilizado sin autorización un artefacto conocido con el nombre de instrumento de discontinuidad.

—Prosigue —dije con voz ronca.

El aparato fue diseñado por nuestros propios técnicos hace más de cien años. Se utilizó en una guerra contra una provincia rebelde...

Le miraba, expectante.

—Difícilmente puedo disculparme por las acciones de la generación anterior, Bayard —dijo Dzok, incómodo—. Baste decir que el aparato fue declarado ilegal por votación unánime

del Alto Tribunal de la Autoridad y jamás volvió a utilizarse. Es decir, nosotros no lo utilizamos más, pero ahora se sabe que los Hagroon han robado el secreto...

—¿Qué hace un instrumento de discontinuidad? —pregunté—. ¿De qué modo ocultaría para vuestros aparatos la existencia de una línea-A?

—El instrumento —dijo Dzok, con aire apesadumbrado —una vez instalado en cualquier línea-A, libera la energía entrópica de esa línea al azar. Un círculo de energía viaja hacia el exterior creando lo que hemos denominado una tempestad de probabilidad en cada línea-A cuando llega el frente de la onda. Respecto a tu línea Cero-Cero ha

desaparecido, amigo, dejó de existir. Ya no existe.

Me puse de pie, sintiéndome aturdido. Dzok continuaba hablando, pero yo no le escuchaba. Imaginaba los cables tendidos de los Hagroon en los garajes desiertos de la Terminal de la Red; los preparativos callados y metódicos para destruir un mundo...

—¿Por qué? —grité—. ¿Por qué? No estábamos enemistados con ellos...

—Descubrieron vuestras posibilidades de la Red. Erais una amenaza que debía eliminarse...

—¡Un momento! Has dicho que vosotros inventasteis ese no sé qué de discontinuidad. ¿Cómo lo consiguieron

los Hagroon?

—Lo ignoro, pero pienso averiguarlo.

—¿Quieres hacerme creer que llegaron con barba postiza y lo escamotearon sin que nadie les viera? No puedo tragarme ese cuento, Dzok. Es mucho más fácil imaginar que vosotros cooperabais con los Hagroon y les encargasteis el trabajo sucio...

—Si fuera como tú dices, ¿por qué estaría yo aquí? —preguntó Dzok.

—No lo sé. ¿Por qué estás aquí?

—He venido a ayudarte, Bayard. Quiero hacer lo posible...

—¿Con otro billete de ida

solamente para mí... para enviarme a otro rincón perdido donde dedicarme a la jardinería y olvidar todo lo referente a un mundo que ya no existe a causa de gente con demasiado pelo que decidió eliminar el estorbo sin darle una sola oportunidad...? —avanzaba hacia Dzok con la intención confusa de comprobar si era tan fácil como parecía retorcerle el cuello...

Dzok permanecía sentado, mirándome fijamente.

—No tienes por qué portarte como un imbécil, Bayard, a pesar de que tu raza tenga fama de ser feroz... Por otra parte, soy mucho más fuerte que tú...

Sacó algo del bolsillo de su pulcra

chaqueta blanca y me lo arrojó a los pies. Era mi revólver de resorte. Lo recogí rápidamente.

—No obstante, si eres realmente un maníaco homicida, adelante. No te tomes la molestia de escuchar lo que tengo que decir ni te preguntes por qué vine aquí.

Le miré desde el otro lado de la hoguera, después me metí el arma en el bolsillo y me senté.

—Prosigue —dije—, te escucho.

—Pensé mucho en el asunto, Bayard —dijo Dzok en tono tranquilo. Se sirvió otra taza de café, la olió y la sostuvo en equilibrio sobre una rodilla—. Y se me ocurrió una idea...

N o dije nada. E l silencio era impresionante; incluso l a s aves nocturnas estaban calladas. A lo lejos, algo bramaba. La brisa agitaba las copas de los árboles. Suspiraban como un viejo que recordase los amores desvanecidos de su juventud.

—Hemos desarrollado objetos muy interesantes en nuestros Laboratorios de Investigación de Telaraña —dijo Dzok—. Una de las creaciones más recientes es un traje especial, ligero, con su circuito de Telaraña entretejido con el mismo material. El generador va acoplado en el interior de una hombrera que pesa algunas onzas nada más. Su diseño se basa en una aplicación nueva de mecánica de plasma, utilizando

fuerzas nucleares con preferencia sobre los convencionales campos magneto-electrónicos...

—Magnífico —repliqué—. ¿Y qué tengo que ver yo con todo eso?

—Quien lo lleva puesto puede desplazarse por la Telaraña sin vehículo —continuó diciendo Dzok—. El traje es el vehículo de traslación. Naturalmente es necesario ajustar el traje al cociente entrópico del usuario, pero esto es en sí una ventaja. Cuando se activa el campo el usuario es trasladado automáticamente al continuo de tensión mínima, esto es, a su línea-A de origen... o a cualquier otra línea con la cual esté entonado su metabolismo.

—Formidable. Habéis perfeccionado un vehículo de desplazamiento. ¿Y qué?

—Aquí tengo uno para ti —Dzok indicó con la mano su vehículo modelo «standard» Xonijeel en forma de burbuja... un artefacto mucho más sofisticado que las máquinas rudimentarias del Imperio —después de robarlo del laboratorio lo introduje clandestinamente en mi gaveta. Por ti me he hecho responsable de varios delitos, muchacho.

—¿Qué hago con este traje? ¿Voy de un lado a otro dando tumbos, porque sí? Acabas de decirme que mi mundo ha desaparecido...

—Hay otra novedad que seguramente te interesará conocer — prosiguió diciendo Dzok, imperturbable —. Durante nuestras investigaciones de la naturaleza de la Telaraña, hemos hecho descubrimientos que dan otra luz nueva a nuestras anticuadas teorías de la realidad. Naturalmente, al descubrir por primera vez la naturaleza de la Telaraña, uno veíase obligado a aceptar el hecho de que el limitado punto de vista de una sola línea mundial no representaba la totalidad de la existencia, que en un Universo de infinitudes existen todas las cosas posibles. Sin embargo, con el chauvinismo intelectual propio de nuestra orientación monolineal, dimos

por sentado que el frente de onda de la realidad simultánea avanzaba en todas direcciones a la misma velocidad. Ese «ahora» en una línea-A era necesariamente «ahora» en todas las otras... que ésta era una calidad inmutable, tan irreversible como la entropía...

—Bien, ¿acaso no lo es?

—Sí..., precisamente es tan irreversible como la entropía. Pero al parecer la entropía puede invertirse... y con mucha facilidad, por cierto.

Dzok sonreía triunfalmente.

—¿Tratas de decir —pregunté con cuidado— que vosotros habéis desarrollado el viaje por el tiempo?

Dzok reía ahora.

—En absoluto... no al menos en el sentido directo a que te refieres. Hay una imposibilidad inherente en la inversión de movimiento en el camino del tiempo personal.

Estaba pensativo.

—Al menos, creo que la hay...

—Entonces, ¿de qué hablas?

—Cuando uno sale de su propia línea-A, atravesando otras líneas en sus miríadas, es posible, mediante la adecuada aplicación de estas nuevas fuerzas hipermagnéticas subatómicas de que te hablé, producir una especie de... viraje, por así llamarlo. Con preferencia

a viajar a través de las líneas sobre una estasis temporal planiforme, como es normal en impulsiones más primitivas, descubrimos que era posible torcer el vector -retroceder temporalmente a niveles contemporáneos con el pasado de la línea de origen- a distancias proporcionales con la distancia del desplazamiento normal por la Telaraña.

—Supongo que esto tiene algún significado —dije—, pero ¿cuál?

—Significa que con el traje que tengo para ti, puedes retornar a tu línea Cero-Cero... ¡en un momento previo a su desaparición!

C a s i e r a d e día. D z o k y yo dedicamos las últimas horas a l estudio

de un mapa extendido sobre la pequeña mesa de navegación de su vehículo, haciendo cálculos basados en la formulación compleja que según él representaba las relaciones entre la entropía normal, entropía-E, el desplazamiento en la Red, el cociente entrópico del cuerpo en cuestión —el mío— y otros factores demasiado numerosos para nombrarlos aun en el caso de que yo los entendiera.

—Eres un caso difícil, Bayard — dijo el agente, meneando la cabeza. Abriendo un maletín plano sacó del mismo un instrumento parecido a un estetoscopio provisto de un accesorio parecido a un pick up de tocadiscos. Manipuló el aparato presionado contra

mi cabeza y comparó las lecturas del mismo con las cifras que tenía anotadas.

—Creo que he corregido debidamente tus idas y venidas de las pasadas semanas —dijo—. Puesto que han transcurrido algunos años desde tu última visita a tu línea A original —la B-I Tres—, podemos dar por sentado que te has ajustado a una relación normal entrópica con tu línea Cero-Cero adoptada...

—Más vale que repitas la revisión con esos controles manuales... por si las moscas.

—Naturalmente, pero esperemos que no se presente la ocasión de utilizarlos. Amigo, fue una tontería

lanzarte a la aventura con ese vehículo casero para navegar sentado. No podía dar resultado, compréndelo. Jamás hubieras encontrado tu objetivo...

—De acuerdo, pero eso no me preocupará hasta que sepa si sobreviviré a este nuevo viaje. ¿Qué margen de error tendré?

Dzok parecía inquieto.

—Será menos amplio de lo que yo desearía. Mis observaciones indicaban que tu línea Cero-Cero fue destruida hace veintiún días. El desplazamiento máximo que puedo darte con el traje es de veintitrés días. Dispondrás de cuarenta y ocho horas aproximadamente, una vez hayas llegado, para desviarte de

los Hagroon. ¿Cómo lo conseguirás...?

—Éste es mi problema.

—He pensado en ello —dijo Dzak—. Les viste actuar en tiempo nulo. Por tu descripción de sus manejos, Parece ser que levantaban un portal de transferencia uniendo el nivel nulo con su correspondiente aspecto de entropía normal... En otras palabras, con el continuo normal. Lo necesitarán, por supuesto, a fin de instalar el instrumento de discontinuidad en la línea. Tu labor consistirá en dar la voz de alarma y rechazarles cuando efectúen el ataque.

—Podremos conseguirlo —le aseguré sombríamente—. Lo difícil será convencer a la gente de que no estoy

loco...

No hablé de mi inquietud de que, en vista del comportamiento de las autoridades Imperiales con ocasión de nuestra última entrevista, incluidos mis más íntimos amigos, ponía en duda que me hicieran caso y fuera posible actuar lo antes posible. Ya me preocuparía de eso llegado el momento, cuando terminara mi viaje... suponiendo que lograra encontrar mi objetivo.

—Ahora probemos el traje —Dzok levanté la tapa de una gaveta de pared y sacó un equipo parecido al traje de nylon de un submarinista, entregándomelo.

—Cuelga un poco por abajo, pero

eso lo arreglo en seguida...

Puso manos a la obra con la destreza de un modisto, utilizo tijeras grandes y una plancha caliente, recortando y volviendo a pegar el blando material plástico. Cuando lo tuve puesto, él acortó las mangas y le echó un remiendo en el centro de la espalda para adaptarlo mejor d mis hombros anchos.

—¿Esos retoques no afectan a los circuitos? —pregunté, mientras ajustaba el casco unido a los hombros.

—En absoluto. Lo importante es la textura del tejido... Mientras esté seguro de que las conexiones principales están correctas...

Colocó en su sitio la pecera y

después tocó un tachón de la lámina del pecho del traje al tiempo que observaba la subida de los contadores de un pequeño panel de pruebas que había encima de la mesa. Movi6 la cabeza en signo afirmativo y los apag6.

—Bien, Bayard —dijo con expresi6n grave—. Aqu6 est6n los controles...

Era completamente de d6a. Dzok y yo est6bamos en la planicie de hierba un poco m6s elevada que el r6o. Parec6a preocupado.

—¿Est6s seguro de que comprendes los controles de maniobra espaciales?

—S6, esto es sencillo. Un simple

golpe contra el suelo y salgo disparado...

—Tendrás que tomar grandes precauciones. Por supuesto que no notarás los efectos normales de gravitación, de forma que podrás volar con la ligereza del humo... pero conservarás la inercia normal. Si topas con un árbol o una roca, será tan catastrófico como en un campo entrópico normal.

—Tendré cuidado, Dzok. Y tú cuídate también —le tendí la mano que me cogió, sonriendo.

—Adiós, Bayard. Buena suerte y todo eso... Es una pena que no se consiguiera una alianza entre nuestros

gobiernos respectivos, pero quizás eso era un tanto prematuro. Ahora queda por lo menos la posibilidad de un acercamiento futuro.

—Claro que sí... y gracias por todo.

Retrocedió un paso, agitando la mano. Miré a mi alrededor para contemplar por última vez el sol matutino, el paisaje verde, el vehículo transparente de Dzok y el propio Dzok de piernas largas, con las botas manchadas de lodo, su traje blanco sucio.

Levantó una mano y oprimí la palanca para activar el traje. EL momento fue de vértigo, por todos lados

sentí una fuerte presión. Después, Dzok fluctuó hasta desaparecer. Su vehículo desapareció de mi vista. Se inició el extraño y anormal movimiento de objetos normalmente inmóviles característico en los viajes por la Red. Oscilaron los árboles, ladeándose en el suelo, extendiendo hacia mí sus tentáculos vegetales como si presintieran mi presencia.

De un salto me encontré en el aire, suspendido a tres metros por encima de la superficie. Toqué el control reactor y al instante me sentí impulsado hacia adelante por una ráfaga de iones fríos. Orientándome, corregí el rumbo y me preparé para un largo trayecto.

Estaba en camino.



## CAPÍTULO XII

Fue un viaje extraño por los mundos de probabilidad, expuesto como me encontraba a los efectos panorámicos de holocaustos de proporciones planetarias. Durante un buen rato pasé rasando un mar de lava hirviente que se extendía hasta el distante horizonte. Después floté entre fragmentos de corteza de un mundo destruido, y más tarde, vi las llamas pálidas que lamían las cenizas de un continente incendiado.

Viajaba todo el tiempo hacia el norte siguiendo el débil “bip bip” de mi

auto-brújula, enfilando el rumbo que me llevaría a Estocolmo en un vuelo de cuatro horas.

Vi mares inmensos de fluido muerto y aceitoso que se precipitaban sobre lo que antes fue tierra, y sus crestas de espuma estaban singularmente inclinadas hacia atrás, mientras yo retrocedía a través del tiempo cruzando el espacio-A. Contemplé los movimientos obscenos de monstruosas formas vivientes creadas por consecuencias desastrosas de las fuerzas liberales del campo M-C, enormes junglas de plantas de color sangre, desiertos de piedra fragmentada, desolados, sobre los cuales llameaba el sol como un alumbrado de arco en un

cielo negro sin brisa.

De vez en vez surgía brevemente un paisaje casi normal, mientras cruzaba veloz un grupo de líneas-A que habían sido menos dañadas que las demás. Pero siempre surgía el elemento extraño: una forma animal inmensa, como un perro de cien toneladas, o una vaca inmensa que hubiera sufrido mutación, con miembros extra y cabezas colgantes repartidas al azar por la enorme masa en la que crecían enredaderas de color rojo sangre penetrando en la carne.

Transcurrieron horas. Consulté mi cronómetro y los instrumentos de navegación instalados en la bocamanga del traje. Estaba cerca de mi objetivo y, según el indicador de posición, me

encontraba sobre el sur de Suecia, aunque la llanura rocosa de abajo no tuviera ningún parecido con las verdes y suaves planicies escandinavas que había visto tres meses atrás, durante una excursión en bicicleta que hicimos Barbro y yo.

Maniobré para aproximarme al suelo, crucé un dedo del mar que señalaba la situación de Nyköping en el espacio normal. Me acercaba. Era el momento de escoger un lugar de aterrizaje. Inútil tomar tierra en las cercanías de la ciudad. Sería imprudente aparecer súbitamente identificado en una calle concurrida de gente. Ahora podía reconocer el paisaje llano y ondulado del sur de la capital. Reduciendo

velocidad, permanecí suspendido, esperando el momento oportuno...

De súbito me envolvieron la luz y el color. Accioné el conmutador principal de control y descendí los últimos metros que me separaban de una ladera verde. Tardé unos momentos en quitarme el casco; luego, respiré profundamente el aire frío y limpio... el aire de un mundo rescatado veintidós días al pasado.

Carretera abajo, con el traje doblado bajo el brazo, paré un carro tirado por un caballo y le dejé creer al carretero que yo era uno de tantos chiflados aficionados a volar por mi cuenta y riesgo. Hasta que llegamos a la ciudad estuvo repitiendo que jamás

lograría levantarme del suelo con uno de esos artefactos, pero acabó pidiéndome que le dejara intentarlo. Con la promesa de avisarle la próxima vez que repitiera mi experimento, me apeé ante la estafeta de la ciudad.

Dentro, di un pretexto absurdo para justificar mi falta de fondos a un hombre colérico que llevaba uniforme azul y le pedí una conferencia con el Cuartel General del Servicio Secreto en Estocolmo.

Mientras esperaba descubrí un calendario de pared... y la frente se me llenó de sudor. Era un día más tarde de lo que Dzok había calculado. Faltaban sólo horas para que ocurriera el desastre que se cernía sobre el Imperio.

El hombre rollizo regresó llevando a remolque a otro más delgado. Me instó a repetir mi petición delante de su superior. Empecé a sentirme irritable.

—Caballeros, tengo una información importante para el barón Richthofen. Les ruego que hagan la llamada...

—No será posible —dijo el sujeto delgado. Su nariz era tan afilada que podía abrir un boquete en una madera contrachapada de cuarto de pulgada. La tenía, enrojecida en la punta, como si eso ya lo hubiera intentado.

—Carguen el importe de la conferencia a mi número telefónico particular —dije—. Me llamo Bayard,

número 12 de la Nybrovägen...

—¿Lleva documentos de identidad?

—Lo siento, perdí la cartera.

Pero...

—Me coloca usted en un aprieto — dijo el tipo delgado con una sonrisa que daba a entender que lo pasaba en grande —. Si el señor es incapaz de identificarse...

—¡Esto es importante! —grité—. Sólo puede perder el importe de una llamada. ¡Si digo la verdad caerá usted en ridículo por ponerme inconvenientes!

Esto fue decisivo. Después de deliberar con su compañero, anunció que comprobaría el número que le había dado, de un tal Bayard de Estocolmo...

Esperé mientras marcaba el número, hablaba, hacía signos afirmativos con la cabeza, hablaba de nuevo en voz baja y colgaba de nuevo con expresión triunfal. Le dijo algo al otro tipo que salió corriendo.

—¿Y bien? —pregunté.

—¿Dice usted ser Herr Bayard? — musitó juntando las yemas de los dedos.

—Para usted el coronel Bayard, amigo —repliqué—. El asunto es de vida o muerte...

—¿Para quién..., ah..., coronel Bayard?

—¡Váyase al infierno...! — exclamé, dispuesto a pasar detrás del

mostrador.

Se apoyó en un pie y oí un timbrazo lejano. Reapareció el gordo, con aspecto azorado. Detrás de él había otro hombre, un tipo corpulento con gorra plana y pistolera: la viva imagen de un polizonte.

Apuntándome con el arma me ordenó apartarme de la pared. Luego me cacheó rápidamente —sin descubrir el revólver de resorte que Dzok me devolviera— y me indicó que fuera hacia la puerta.

—Un momento —exclamé—. ¿Qué significa esta farsa? Necesito hacer esta llamada a Estocolmo...

—¿Asegura ser usted el coronel

Bayard del Servicio de Inteligencia Imperial? —preguntó el policía en tono autoritario.

—Acertado a la primera —repliqué con sorna.

—Quizá le interese saber —dijo el delgado funcionario de Correos, saboreando el momento dramático— que herr Coronel Bayard se encuentra en este preciso instante cenando en su casa de la capital.

## CAPÍTULO XIII

La celda que me destinaron no era mala comparada con las de los Hagroon, pero eso no impidió que aporreara los barrotes y gritara constantemente.

Llevaba encima mi revólver de resorte, por supuesto, pero ya que no lo reconocerían como arma aunque lo mostrara, era imposible engañarles. Y aún no estaba dispuesto a matar. Faltaban varias horas todavía para la crisis y no tardaría en hacer mi llamada... un vez que entrasen en razón.

El gordo se había ido prometiendo que llegaría pronto un funcionario de la

base militar de Sódra. Entre tanto, yo continué alborotando, exigiendo que me comunicaran por teléfono con Estocolmo, pero nadie me hizo caso. Había perdido la oportunidad de utilizar el revólver. El guardián se encontraba en la oficina contigua.

Un muchacho de aire perezoso, con pantalones colgantes y anchos tirantes de colores azul y amarillo, me trajo un «smijrgasbord» pequeño al mediodía. Intenté sobornarle para que hiciera la llamada por mí. Con una sonrisa torcida, me volvió la espalda.

Era ya de noche cuando hubo un revuelo inesperado en la habitación exterior de la cárcel. Se abrió la puerta metálica y apareció un rostro familiar...

el de un agente a quien encontré en un par de ocasiones por motivos profesionales. Era un hombre alto de aire preocupado, vestía de paisano y llevaba un maletín. Se quedó de una pieza al verme. Después se acercó con aire vacilante.

—Hola, capitán —le saludé—. Como dicen, lo que vamos a reírnos de esto después, pero ahora necesito que me saque de aquí inmediatamente...

Detrás de él se encontraban el polizonte que me detuvo y el gordo de la estafeta de Correos.

—¿Sabe mi nombre? —preguntó el agente, turbado.

—Me temo que no, pero usted tiene

que conocerme. Nos vimos un par de veces...

—Oigan lo que dice el tipo — exclamó el gordo —. Es un caso perdido...

—¡Silencio! —gritó el agente. Se acercó para examinarme detenidamente.

—Trató usted de comunicarse por teléfono con el Cuartel General de Inteligencia —dijo—. ¿De qué deseaba hablar?

—Se lo contaré personalmente — repliqué—. Sáqueme de aquí, capitán..., ¡rápido, demonios! ¡Se trata de un asunto de máxima prioridad!

—Puede decirme a mí lo que quería informar —dijo.

—¡Informaré personalmente al barón Richthofen!

Se encogió de hombros.

—Me pone usted en una posición difícil...

—¡Al infierno su posición! ¿No comprende el sueco vulgar? Le digo que...

—¡Hable con más respecto a un agente del Servicio Secreto Imperial! — interrumpió el polizonte:

El agente se volvió hacia los dos hombres.

—¡Largo de aquí, los dos! —gritó.

Salieron abatidos, derrotados. Se volvió hacia mí, pasándose una mano

por la frente.

—Resulta tan difícil para mí —dijo—. Tiene usted un parecido asombroso con el coronel Bayard...

—¡Parecido! ¡Qué diablos, yo soy Bayard!

Meneó la cabeza.

—Este punto me fue aclarado específicamente —dijo—. No sé de qué se trata, amigo mío, pero le conviene contarme toda la historia...

—¡Tengo información de vital importancia para el Imperio! ¡Cuenta cada minuto que pasa hombre! ¡Olvídese de papeleos y comuníqueme por teléfono con el Cuartel General!

—Es usted un impostor, de eso no nos cabe la menor duda. Una comprobación de rutina en la casa del coronel Bayard demostró que él se encuentra allí...

—No puedo explicarle todas las paradojas implicada en el asunto. ¡Usted haga la llamada!

—¡Es imposible hacer llegar todas las llamadas excéntricas al Jefe del Servicio de Inteligencia! —replicó el hombre—. ¿De qué se trata su mensaje? Si tiene interés, me ocuparé personalmente de...

—Entonces, déjeme hablar con Bayard —le interrumpí.

—¡Ah, decide abandonar su

impostura!

—Diga lo que quiera. ¡Déjeme hablar con él!

—Esto es imposible...

—Ignoraba que tuviéramos en el servicio a un estúpido como usted — dije claramente—. De acuerdo, le daré el mensaje... y por todo lo más sagrado para usted, le conviene creerme.

No me creyó. Me escuchó cortésmente hasta que terminé de hablar. Después, le hizo una señal al guardián y se preparó para marcharse.

—¡No puede irse sin comprobar al menos mi historia! —grité con voz ronca

—. ¿Qué clase de agente es usted? ¡Eche un vistazo al traje que llevo conmigo, condenado! ¡Eso es una prueba de que no lo he imaginado todo!

Me miró con expresión preocupada.

—¿Cómo quiere que le crea? Asegura usted ser Bayard y esto es mentira, su historia es fantástica... ¿La hubiera creído usted?

Le miré fijamente.

—No lo sé —dije honradamente—, pero al menos hubiera hecho todas las comprobaciones posibles.

Se volvió hacia el policía que permanecía junto a la Puerta.

—¿Tiene usted ese... traje-vehículo?

El polizante asintió:

—Sí, señor. Está encima de mi mesa escritorio. Lo he examinado para...  
—su voz fue apagándose mientras salía con el agente y la puerta se cerró tras ellos.

Durante otra media hora me paseé por la celda, preguntándome si no hubiera sido mejor pegarles un par de tiros y obligar al polizante a dejarme en libertad, pero mi experiencia respecto a los hombres del Imperio me hacía creer que eso no hubiese dado resultado, Por su propio bien, los condenados eran demasiado valientes.

Entonces volvió a abrirse la puerta. Esta vez apareció un desconocido, un hombrecillo de nariz y ojos escurridizos con gafas gruesas como las piezas de damas.

—.. muy singular, muy singular — decía —, pero no tiene sentido, naturalmente. El circuito está inerte...

—Es herr profesor doctor Runngvist —dijo el agente—. Ha examinado su... ah... traje, y asegura que se trata de un aparato de construcción chapucera con el que es imposible...

—¡Condenación! —grité—. Claro que el traje está inerte..., ¡si no lo llevo puesto yo! ¡Está sintonizado para mí!

—¿Eh? ¿Sintonizado para usted?

¿Una parte del circuito? —el viejo se ajustó mejor las gafas para observarme con detenimiento.

—Escuchen, estúpidos, es un artefacto sumamente complicado. Emplea los campos somáticos y neurales de quien lo usa como parte del circuito total. No funcionará si no me lo pongo. Si me lo dan les haré una demostración...

—Lo siento, no puedo permitirlo —se apresuró a decir el agente—. Escuche, amigo, ¿por qué no deja la comedia y me dice qué pasa? Se encuentra usted en un grave aprieto por intentar suplantar a un oficial...

—Conoce usted de vista a Bayard,

¿no es cierto? —intervine.

—Sí...

—¿Me parezco a él?

Parecía muy preocupado.

—Pues sí, en cierto modo. Imagino que fue ese parecido lo que le indujo a la impostura, pero...

—Escúcheme, capitán —dije con expresión tan sincera como me lo permitían los barrotes—. Esta es la crisis más grave que afronta el Imperio desde que el Inspector Jefe Bale se volvió loco...

—¿Cómo sabe usted eso? —replicó el capitán, arrugando el entrecejo.

—Me encontraba presente entonces. Me llamo Bayard, ¿recuerda? Ahora sáqueme de aquí...

En la habitación contigua sonó el timbre estridente del teléfono. Resonaron pisadas y el eco de voces. Luego se abrió la puerta de par en par.

—¡Inspector! Es una llamada... desde Estocolmo...

Mis inquisidores se volvieron:

—¿Sí?

—¡Ese tipo... el coronel Bayard! —dijo alguien excitado. Le hicieron callar. Permanecieron en el vestíbulo, conversando en voz baja. Luego el capitán del Servicio Secreto volvió

seguido por el policía.

—Le conviene decir todo lo que sepa —dijo con aspereza; su expresión era realmente amenazadora.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Un número indeterminado de fuerzas armadas están atacando Estocolmo!

Casi era medianoche. Durante la hora anterior estuvo tratando de escapar, pero el capitán Burman, el agente, había tomado grandes precauciones. Había cerrado con llave la puerta de acceso a la sección de las celdas y nadie estaba autorizado a aproximarse a la que yo ocupaba.

Creo que él empezaba a sospechar que las cosas no eran tan sencillas como parecían. Desde el otro lado del pasillo observé la puerta en cuya cerradura giraba una llave. La abrió Burman, pálido, acompañado por dos extraños vestidos de paisano. Tensé la muñeca preparado para accionar mi revólver de resorte, pero ellos se mantenían alejados.

—Este es el hombre —dijo Burman señalándome como lo haría una casera descontenta de un inquilino—. Sólo he conseguido que me diga absurdos..., ¡o lo que hasta ahora me parecían absurdos!

Los recién llegados me observaron

de pies a cabeza. Uno de ellos era bajo y fuerte, calvo, con una chaqueta de solapas anchas y pantalones ensanchados en las rodillas. El otro vestía con elegancia y pulcritud. Decidí apelar al primero: ningún subordinado se atrevería a ir tan desaliñado.

—Escuche —empecé—. Soy el coronel Bayard del Servicio de Inteligencia Imperial...

—Puede estar seguro de que le escucharé —dijo el hombrecillo—. Comience por el principio repitiendo lo que le contó al capitán.

—No hay tiempo de hablar —ya tenía el revólver en la palma de mi mano. Los tres pegaron un brinco, y en

la mano del tipo elegante apareció una automática pesada.

—¿Habían visto un arma de este tipo? —mostré el revólver de resorte, apuntando con él al hombre armado.

El individuo corpulento hizo un rápido signo afirmativo con la cabeza.

—Entonces sabrá que únicamente se dan a algunas personas del Servicio... entre las cuales me cuento yo. Pude haberlo utilizado para escapar hace horas, pero creí que no sería necesario matar a nadie para que me escucharan. Ahora es demasiado tardé para sentimientos humanitarios. Abran la celda o empiezo a disparar... y le advierto que soy más rápido que usted,

amigo —agregué dirigiéndome al más alto que empuñaba el arma.

—Con esto no hace sino empeorar las cosas...

—Peor ya no pueden estar. La llave. Llamen al imbécil pies planos de la otra oficina.

El tipo gordo movió la cabeza.

—Dispare, señor. Entonces el mayor Gunnarson se verá obligado a disparar también y morirán dos hombres. Pero no le dejaré en libertad.

—¿Por qué no? Pueden vigilarme de cerca. Lo único que quiero es hablar por teléfono con el Servicio...

—Ignoro la clave de que se sirve y

la persona que ha de recibir sus señales, pero no pienso investigarlo a costa de la seguridad Imperial...

—No existe tal seguridad Imperial mientras me retenga aquí. ¡Le he contado mi historia a Burman! ¡Entren en acción! ¡Hagan algo!

—He intentado pasar su informe al barón Richthofen en Estocolmo —dijo el tipo desaliñado.

—¿Cómo que lo ha intentado?

—Ya ha oído. No pude establecer comunicación. Están interrumpidas todas las conexiones telefónicas. He enviado un mensajero que todavía no ha regresado. Acaba de llegar el segundo que mandé el cual salió de allí hace una

hora y escuchó las noticias por la radio del coche poco antes...

—¿Poco antes de qué?

—Del ataque con gases —dijo en tono seco. De pronto apareció un arma en su mano. Era un revólver pesado. Lo sacó con tanta rapidez que ni siquiera pude ver de dónde.

—¡Ahora explíqueme todo el asunto, señor Bayard o como se llame usted! ¡Tiene diez segundos para empezar!

Continué apuntando con mi revólver a su compañero. Sabía que si me movía un milímetro nada más, el del traje arrugado me balearía. Procuré devolverle la mirada acerada que me

taladraba.

—Le conté todo a Burman. Si prefieren no creerlo, la culpa no es mía. Pero quizás estemos a tiempo aún. ¿Cuál es la situación en la ciudad?

—No estamos a tiempo, señor Bayard...

Ante mi horror y espanto vi una lágrima en el rabillo del ojo del tipo gordo.

—¿Qué...? —no pude acabar la pregunta.

—Los invasores han lanzado un gas venenoso que cubre la ciudad entera: Han levantado barricadas en prevención de un intento de relevo militar. Hombres extraños con trajes y cascos de una

pieza tirotean a todo aquel que aproxima...

—Pero..., ¿y la gente? ¿Y... mi esposa? ¿Qué...?

Meneó la cabeza.

—¡El Emperador y su familia, el gobierno, todo el mundo habrá muerto seguramente dentro de la ciudad sitiada, señor Bayard!

En la habitación contigua sonó el ruido de un estropicio. El sujeto gordo me volvió la espalda y llegó a la Puerta de un salto; miró hacia afuera y desapareció corriendo, seguido de Burman.

Le grité al mayor Gunnarson que dispararía contra él si no se detenía,

pero él no se detuvo y yo no disparé.

Sonaron pisadas apresuradas, el ruido de cristales rotos, un par de tiros. Alguien gritó:

—¡Los hombres-gorilas! —hubo más disparos y el ruido pesado de un cuerpo al caer al suelo. Retrocedí hasta el rincón de mi celda, maldiciendo el fatal error de haberme dejado acorralar allí. Apuntaba hacia la puerta, en espera del primer Hagroon que la franqueara...

La puerta se abrió del todo y en su umbral apareció una figura familiar de hombros estrechos, uniforme blanco manchado...

—¡Dzok! —grité—. Sácame de aquí... o... —me asaltó una horrible

sospecha. Dzok debió leérmela en la cara.

—¡Calma, compañero! —gritó mientras le apuntaba con mi revólver—. Estoy aquí para echarte una mano, compañero... ¡y viendo cómo andan las cosas, te vendrá muy bien!

—¿Qué pasa ahí fuera? —grité. Había alguien detrás de Dzok. Un joven alto vestido con chaqueta verde y pantalones cortos escarlatas que cruzó la puerta sosteniendo un rifle de cañón largo con una bayoneta corta calada. Llevaba guarniciones blancas en la chaqueta, anchos pasamanos trenzados y varias hileras de relucientes botones dorados. En la cabeza un ancho sombrero de tres picos con una franja

dorada y una rosa de cintas de color rojizo. Llevaba calcetines blancos y lustrosos zapatos negros con enormes hebillas doradas. El dueño de tan delicadas prendas de vestir me dirigió una cordial sonrisa y luego se volvió hacia Dzok haciéndole un torpe saludo con la palma de la mano abierta.

—Creo que les dimos una buena zurra, señor. Y ahora ¿qué le parecería si echáramos un vistazo por ahí detrás, no sea que haya más chiflados dispuestos a cargarse a un tipo honrado?

—Olvídelo, sargento —dijo Dzok—. Estamos aquí para rescatar a un detenido de la cárcel, nada más. Esos de ahí fuera son aliados nuestros. Deploro el tiroteo, pero no nos dieron otra

alternativa —ahora me hablaba a mí—. Intenté hacer algunas indagaciones, pero todo el mundo estaba dominado por una inquietud histórica. Abrieron fuego sin mirarnos apenas, a los gritos de «¡Los peludos hombres-gorilas!» Verdaderamente lamentable...

—Los Hagroon han asaltado la capital —le interrumpí—. Lanzaron gases, llenaron las calles de barricadas se supone muerto a todo el mundo...

Yo empezaba a coordinar mis pensamientos y a reaccionar. Era preciso contener a los Hagroon. Eso era lo único importante. En realidad nada importaba ya si Barbro también estaba muerta... pero ella fue siempre luchadora. Hubiera deseado que yo

siguiera en la brecha peleando, mientras pudiera respirar y moverme.

Dzok estaba anonadado.

—¡Esto es tremendo, compañero! No encuentro palabras para decirte cuánto lo siento... —se condolió conmigo durante un rato. Luego volvió el sargento de la otra habitación trayendo una llave con la que me abrió la celda.

—De forma que he llegado demasiado tarde —dijo Dzok con amargura—. Tenía la esperanza...—dejó la frase inacabada mientras íbamos a la oficina de afuera.

—¿Quiénes son éstos? —pregunté, asombrado al ver a: media docena de

soldados de brillantes plumajes que estaban apostados vigilando las ventanas y la puerta de la cárcel.

—Mis voluntarios, Bayard... mis reclutas napoleónicas. Recuerda que yo llevaba la misión de reclutamiento. Cuando te dejé, volví para cargar en mi vehículo a esos muchachos, regresando a Zaj donde encontré... ¡nunca lo imaginarías, compañero!

—Dame tres oportunidades para adivinarlo —repliqué—, y las tres veces mi respuesta será «los Hagroon».

Contrito, Dzok asintió con la cabeza.

—Esos canallas habían invadido el cuartel general de las Autoridades,

incluida la terminal de la Telaraña, por supuesto. Empecé rápidamente una retirada estratégica y te seguí el rastro hasta llegar aquí...—hizo una pausa, azorado—. La verdad, compañero, tenía la esperanza de recabar el apoyo de tu Imperio. Nosotros, los Xonijeelianos, no estamos preparados para librar un combate en la Telaraña, debo reconocerlo aunque me pese. Hasta ahora...

—Lo sé. A nosotros también nos cogieron desprevenidos. Siempre me he preguntado por qué estabais tan seguros de vuestra inmunidad.

—¡Qué audacia la de esos tipos! ¿Quién iba a pensar...?

—Debisteis pararlo —dije con sequedad.

—¡Ah, está bien! Ya está hecho y no tiene remedio.

—Dzok se frotó las manos con suma complacencia —. Puesto que no puedes darme apoyo, es posible que mis muchachos y yo todavía podamos ayudarte de algún modo. Será mejor que empieces con un resumen de la situación...

Después de hablar durante diez minutos, mientras los soldados hacían algún disparo esporádico desde las ventanas de la cárcel, Dzok y yo trazamos un plan. No era bueno, pero dadas las circunstancias era mejor que

nada. En primer lugar era preciso encontrar el traje-T. Pasamos otros diez minutos registrando el lugar, hasta que pensé en probar suerte en cámara acorazada. Estaba abierta y el traje apareció encima de una mesa.

—Magnífico—dijo Dzok, satisfecho—. Necesitaré herramientas, Bayard, un calentador y una lupa...

Lo revolvimos todo hasta encontrar un juego de herramientas completo en un armario de pared, y un vaso en el escritorio del jefe. Hice algunos arreglos rápidos en un hornillo para calentar café mientras Dzok abría la consola de control instalada en el frontal del traje.

—Nos internamos en terreno peligroso, por supuesto —dijo suavemente mientras cortaba alambres finísimos como cabellos acoplándolos en posición distinta—. Lo que intento hacer es posible teóricamente, pero jamás se ha intentado... con un traje-T.

Observándole, quedé admirado de la destreza de sus dedos alargados y grisáceos mientras efectuaba el reajuste de los componentes internos de la instalación increíblemente compacta. Por espacio de media hora, mientras trepidaban con —intermitencias las armas de fuego, hizo pruebas, nuevas tentativas, estudiando las lecturas de las escalas en miniatura alojadas en los puños del traje. Luego se enderezó

mirándome con expresión preocupada.

—He terminado, compañero. No puedo garantizar los resultados del arreglo, pero hay por lo menos un cincuenta por ciento de posibilidades de que sirva a nuestros propósitos.

Le pedí que me explicara lo que había hecho y escuché con atención mientras me indicaba la interacción de circuitos que ejercía tensiones en el campo M-C de tal manera que alteraba su funcionamiento normal por una línea de profesor iba geométrica hacia el infinito...

—Está fuera de mi alcance, Dzok —le dije—. Nunca fui un hombre M-C de primera clase y en cuanto a vuestras

comunicaciones Xonjleelianas...

—Despreocúpate de eso, Bayard. Todo lo que necesitas saber es que accionando esta pieza... —Dzok indicó con una clavija de taladro un nudoso y diminuto botón— se controla el ángulo de incidencia del campo limitado...

—En otras palabras, que si algo falla y no he muerto, puedo hacer otra intentona girando ese botoncito...

—Lo has dicho concisa y llanamente. Ahora manos a la obra.

—¿A qué distancia está la ciudad?

—A unos doce kilómetros.

—Bien. Nos apoderaremos de un par de camiones ligeros. Hay varios

estacionados en el patio de fuera. Unos vehículos rudimentarios a vapor...

—De combustión interna. Y no tan rudimentarios. Alcanzan los cien kilómetros por hora.

—Servirán —Dzok entró en el cuarto de guardia y observó la situación desde las ventanas.

—Ahí fuera todo está tranquilo por el momento. No hay por qué esperar más. Vamos. Estuve de acuerdo con él y Dzok dio órdenes a los tiradores de vistoso uniforme, cinco de los cuales se apostaron en las ventanas y la puerta que daban al patio, mientras el resto formaba un cordón alrededor de nosotros dos.

—Qué diablos, nosotros también

podemos echarles una mano —dije. Había carabinas en el armario de armas. Saqué una y se la tiré a Dzok, y seguidamente me abroché un cinturón repleto de municiones.

—Diles a tus hombres que disparen hacia abajo —dije—. Nadie debe entorpecernos el paso, pero es mejor evitar que maten a alguien. No saben lo que ocurre allí...

—Y no hay tiempo para explicaciones —concluyó Dzok por mí, mirando a sus hombres—. No disparéis a matar, entendido, muchacho. Ahora, sargento, salga con tres de sus hombres. Mantenga cubierto el primer este botón del suelo. Por lo demás, sólo tiene que llevar el volante.

Hizo otro signo afirmativo mientras, a causa del impacto recibido en el parabrisas, los fragmentos de cristales nos cubrieron la cara. Le sangraba el corte de la mejilla, pero de un manotazo se apartó los cristales rotos y me saludó con la mano.

Me apeé y corrí hacia mi camión. Lo puse en marcha, deteniéndome sólo un segundo para comprobar que el pelirrojo me seguía. Enfilé derecho hacia las verjas de hierro cerradas, choqué contra ellas a treinta kilómetros por hora, pasé y después de cruzarlas giré el volante a la izquierda, bajando vertiginosamente por la estrecha callejuela.

Tardamos veinte minutos en recorrer los doce kilómetros hasta las afueras de la ciudad. Habíamos tenido que reducir la velocidad en los últimos treinta metros para sortear los cuerpos tirados en la calle, hasta que llegamos a una barricada formada por automóviles volcados y ennegrecidos por el fuego, cuyos neumáticos aún eran lamidos por vivas llamas de fuego. Las campanas de una iglesia repicaban dando la hora: medianoche. El sonido alegre desentonaba en aquella escena deprimente.

Contemplé las oscuras torres de la ciudad al otro lado de la barrera, las calles sombrías. Había por lo menos una docena de hombres tirados por el

suelo, en las actitudes desagradables que acompañan a una muerte violenta. Ninguno de ellos iba uniformado o armado. Eran ciudadanos atrapados en la nube de veneno que había invadido las calles. No se veía a ningún Hagroon. Reinaba la quietud de un cementerio. Percibí un sonido a mi izquierda. Levanté la carabina y entonces vi a un hombre con camisa blanca y sin nada en la cabeza.

—Por fin, gracias a Dios que han venido —dijo con voz entrecortada—. Me alcanzó una bocanada de gas... me encuentro muy mal. Conseguí sacar a un par, pero... —tosió, doblando el cuerpo—. Es demasiado tarde. Todos han muerto. El gas ya se ha evaporado...

—Retroceda —dije—. Haga correr la voz de que nadie debe atacar las barricadas. Detrás de él había otro hombre y una mujer con la cara manchada de hollín.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó alguien. La docena de supervivientes rodeaban el coche, creyendo que éramos de la policía, dispuestos a lo que fuera para ayudarnos.

—Manténganse apartados para que no les ocurra nada. Intentaremos hacer algo...

Entonces alguien lanzó un grito, señalando a Dzok. Otro grito recorrió el gentío.

—¡Fuera todo el mundo, pronto! —  
ordené a los hombres de la parte trasera  
del camión y seguidamente le grité a la  
muchedumbre—: ¡Es un amigo!

Bajé de un salto y corrí al lateral  
del vehículo, donde el hombre que daba  
el primer grito de alarma trataba de  
forzar la maltrecha portezuela.

—¡Escúcheme! ¡No es enemigo!  
¡Es un aliado del Imperio! ¡Vino para  
ayudarnos! ¡Trajo consigo a sus  
soldados! — le indiqué a los diez  
soldados uniformados que formaban  
círculo en torno del camión.

Aparecieron en ese momento los  
faros del segundo camión que se situó  
lentamente junto al primero, parando el

motor. Las portezuelas se abrieron con violencia para dejar salir a los hombres.

—Tiene pelo en la cara... como los otros...

—¿Los ha visto?

—No... pero me lo dijo... el hombre que saqué de la barricada, ante de morir...

—Bien, yo no tengo pelo en la cara... a menos que cuente usted la barba de tres días. ¡Éste es el comandante Dzok! Está de nuestra parte. ¡Ahora haga correr la voz! ¡No quiero que haya accidentes!

—¿Quién es usted?

—Soy el coronel Bayard, del

Servicio de Inteligencia Imperial. Haré todo lo posible...

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—preguntaron varias voces a un tiempo. Repetí las instrucciones de mantenerse a raya.

—¿Qué piensa hacer, coronel? —preguntó el hombre que descubriera antes a Dzok—. ¿Qué plan tiene?

El traje-T modificado, dirigió una cortés reverencia a la muchedumbre.

—Es un placer conocerles, señoras y caballeros —les dijo. Dzok ignoró por completo una risita ahogada—. Como bien ha dicho el coronel Bayard, tengo el honor de ofrecer mis servicios en la lucha contra el brutal invasor. Pero es el

propio coronel quien debe cumplir esta noche nuestra misión. El resto únicamente podemos esperar...

—¿Qué va a hacer?

Yo tenía el traje puesto a medias. Dzok me ayudaba a meter los brazos en las mangas, a colocar en su sitio la pesada gaveta del pecho, a cerrar las largas cremalleras.

—Utilizando este equipo especial —dijo Dzok, adoptando su mejor postura teatral—, el coronel Bayard llevará a cabo una misión de extremo peligro...

—Ahórrate la cantinela y dame el casco —le interrumpí.

—Queremos ayudar de algún modo

—dijo otra voz.

—Lo que ahora necesitamos con más urgencia —la voz de Dzok dominó la de todos— es café. Mis valientes muchachos están un tanto fatigados, ya que no han descansado desde que abandonaron sus cuarteles. Por lo demás, lo único que podemos hacer es esperar...

—¿Por qué no podemos ir con usted algunos de nosotros, coronel? —preguntó un hombre, acercándose un poco más—. Podría utilizarnos de escolta... ¡en lugar de llevarse a esos petimetres con uniformes de opereta!

—Es preciso que el coronel vaya solo —dijo Dzok—. Realizará una

misión de espionaje... ¡al otro lado del tiempo! —Volvióse hacia mí, diciendo en voz baja—: No pierdas tiempo, compañero. Es más de medianoche... El mundo termina dentro de dos horas...

El casco transparente estaba en su sitio, a punto todos los contactos. Dzok comprobó rápidamente un par de detalles y con los dedos hizo el signo O para indicar que los sistemas funcionaban sin excepción.

Puse la mano sobre el botón de «activar» y, como de costumbre, respiré profundamente. Si, una vez puesta en práctica, servía la teoría de Dzok, el reinstalado traje-T tejería la tela de la realidad de modo diferente al diseñado por sus creadores, sometiendo a

esfuerzo el campo-E del continuo normal de tal manera que me expelería, como se arroja una semilla de melón apretando las yemas de los dedos, a ese curioso estado intemporal de nula entropía... al otro lado del tiempo como él lo denominó poéticamente. Esto es, si su teoría era correcta. Y había una sola forma de saberlo. Oprimí el botón...

## CAPÍTULO XIV

Hubo un momento de vértigo total: el mundo se invirtió a mi alrededor, reduciéndose a un agujero hecho por un alfiler, a través del cual fluía toda la realidad hasta expandirse en inmenso torbellino...

Me encontraba en la calle, contemplando los bultos oscuros de coches incendiados que relucían con un resplandor azulado como cadáveres mantenidos bajo el agua durante nueve días.

Al dar media vuelta vi los camiones de la policía vacíos, los

cuerpos sin vida en la calle, los árboles secos y, despojados de hojas que bordeaban la avenida, y detrás de ellos los ojos vacíos de las casas.

Dzok, los soldados, la multitud... Todos desaparecieron en el instante en que, se produjo la brusca existencia del campo del traje... o, para ser más exactos, yo había desaparecido de entre ellos, Ahora estaba solo en la misma ciudad desierta que vi al despertar después de mi inexplicable encuentro con el hombre llameante en el sótano del Cuartel General del Servicio de Inteligencia Imperial.

Miré de nuevo el reloj del campanario de la iglesia: las manecillas se habían parado a las doce veinticinco.

Y el reloj que vi en el despacho poco después del encuentro señalaba las doce menos cinco. Era demasiado tarde para impedirle al hombre llameante hacer lo que vino a hacer.

Pero aún estaba a tiempo de averiguar la posición de los Hagroon y el lugar donde se encontraba la máquina de discontinuidad y, cuando regresara, organizar un batallón de asalto...

Había demasiadas variables en la situación. La única ira para el malestar que crecía en mi estómago como presentimiento de un inevitable fracaso era la acción inmediata.

Al dar un paso hice saltar un guijarro con la punta del zapato.

Avanzaba entre nubes de polvo por tierra reseca, donde sólo momentos antes crecía la hierba. La luz que emanaba del suelo me permitió ver algunas depresiones que parecían formarse en el terreno aun antes de que las hollaran mis pies...

Miré hacia atrás. No había ningún rastro de mis huellas, pero hacia adelante creí distinguir un camino apenas señalado. Era curioso eso del tiempo nulo...

Crucé la calzada esquivando a un hombre muerto que yacía tumbado casi encima de la, barricada. Escalé los restos de un turismo incendiado que llevaba acoplada detrás una enorme rueda de recambio.

Había más cadáveres al otro lado: hombres que murieron cuando trataban de saltar el muro o que se quedaron allí refugiados. Vi entre ellos a un Hagroon cuyo cuerpo aparecía crispado dentro de su traje acondicionado para la atmósfera, con un agujero ensangrentado en mitad de su pecho. Alguien del bando Imperial había derramado sangre enemiga. El pensamiento era alentador en semejante escena de desolación.

Seguí adelante, mirando el reloj del campanario... Las manecillas señalaban las doce y un minuto. Lo miraba aún cuando el minuterero retrocedió un minuto.

Lo comprendí de súbito. Los cambios que hizo Dzok en el traje-T

lograron desplazarme al tiempo nulo. Pero los dos olvidamos el reajuste previo que hizo él a lo., controles del traje, el reajuste que hizo posible que el traje me llevara en dirección retrógrada, hacia atrás en el perfil temporal, durante mi viaje desde el mundo de la jungla. Ahora, activado el traje, manteniéndome en mi estado innatural de antientropía, se había reanudado el movimiento retrógrado. ¡Viajaba hacia atrás a través del tiempo!

Seguí mi camino, observando el singular funcionamiento de los objetos al incidir en el campo-E del traje, o al penetrar el ambiente externo desde el campo.

Se movió un guijarro al que había

dado un puntapié, salió despedido del campo, donde tomó de nuevo su natural dirección temporal y saltó hacia atrás, hizo como si chocara con mi pie y cayó al suelo.

A mi alrededor susurraba el aire en constante torbellino al captar corrientes vagabundas, desalojadas en su retroceso en el tiempo, sólo para ser liberadas, con las resultantes irregularidades locales en la presión del aire. Me pregunté cuál sería el aspecto que yo ofrecería a un observador exterior... si es que era visible para alguien. Y mi arma... ¿qué efecto pudo o podría tener al dispararla en el futuro, mediando la muerte en el pasado...?

A dos manzanas de distancia

apareció una figura por la esquina de la calle, caminando de espaldas, moviendo los brazos... como en una película proyectada en marcha atrás. De espaldas contra la pared observé aproximarse al peatón. ¡Un Hagroon! Se me erizó el pelo del cogote. Con un rápido movimiento deslicé el revólver de resorte hasta mi mano... Y esperé.

Pasó por delante, sin detenerse, volviendo la cabeza como si buscara indicios de vida en la acera, pero no me hizo el menor caso. No se veía a ninguno de sus compinches. El momento era propicio para hacer una prueba. Me adelanté sin vacilar, apunté el revólver hacia su pecho a una distancia de seis metros, de seis metros y medio...

No hubo reacción alguna. Aunque yo podía verle, para él era invisible. Supuse que los rayos de luz proyectados sobre mí quedaban afectados por el campo, que su progresión temporal se invertía, con el resultado de que los anulaba, mientras que la luz normal que emanaba de la escena...

Pero ¿cómo era posible que yo pudiera ver si la luz viajaba hacia atrás desde mis ojos...?

Recordé la declaración hecha por un físico de la Red del Imperio, explicando la razón de que fuera posible escrutar los continuos a través de los cuales pasara un vehículo en movimiento con un inmensurable y breve

instante de tiempo: “La luz es una condición, o un acontecimiento...”

Fuese cual fuese la razón, el Hagroon no podía verme. Un tanto a favor de nuestro bando. Ahora tenía que encontrar el modo de aprovechar una ventaja tan pequeña y cualquier golpe de suerte que surgiera.

Invertí media hora en llegar a los Garajes de la Red. Por el camino encontré algunos cadáveres en la calle. Por lo visto el ataque sorprendió a la gente durmiendo. Quienes se encontraron fuera de casa se dirigieron a las barricadas, donde hallaron la muerte.

Me crucé con un par de Hagroon que caminaban de prisa, hacia atrás, y

después con un grupo de seis y más adelante con una columna de veinte o treinta, todos ellos andando en dirección opuesta a la que yo llevaba. Esto significaba que, en progresión normal, se dirigían a la zona de los Garajes de la Red, procedentes del Cartel General Imperial. Dos manzanas de calles más allá había una muchedumbre de Hagroon.

Circulando con el torrente de personas -el cual parecía separarse de mí, junto con expresiones perplejas en las caras de los Hagroon que veía a través de sus viseras oscuras- crucé primero el Puente del Norte y después las sombrías verjas de hierro forjado del edificio del cuartel general. Aquí la

masa de Hagroon era compacta, una muchedumbre de seres huraños casi humanos que retrocedían a través de las amplias entradas, inundando los senderos de gravilla y los yermos rectángulos de tierra que en época normal fueron macizos de flores impecablemente cuidados. Eché un vistazo al reloj de la fachada de un edificio del otro lado de la plaza: las once y cuarto.

Había retrocedido en el tiempo tres cuartos de hora, mientras que habían transcurrido treinta minutos subjetivos.

Me abrí paso a través de la multitud de Hagroon, alcancé la puerta y penetré en el mismo vestíbulo de techo alto que había abandonado seis semanas

antes. Ahora lo llenaban masas de silenciosos Hagroon que eran observados por dos mandamases cubiertos de adornos de latón situados en los peldaños inferiores de la escalinata que conducía a los pisos altos. Los dos sujetos hacían muecas y gesticulaban enérgicamente. Al parecer, el sonido no hacía conexión entre el tiempo nulo «normal» y el efecto invertido de mi campo.

El gentío se apretujaba hacia un corredor lateral. Hacia allí me encaminé, llegando a una puerta pequeña que ostentaba el rótulo de ESCALERA DE SERVICIO...

Recordé esa puerta. Semanas antes la había cruzado persiguiendo al hombre

llameante. Al abrirla sentí el trajinar fantasmal de los cuerpos de Hagroon que se escurrían por mi lado un instante antes de que los tocara; bajé un tramo de escaleras y seguí la dirección de la marea de intrusos hacia una puerta: era la misma a cuyo lado tuve en jaque al hombre ígneo...

La masa de Hagroon era menos compacta. Permanecí a un lado mirando a aquellos seres que retrocedían rápidamente al interior de la habitación pequeña atravesando la puerta estrecha... Cada vez había más en tan reducido espacio...

No era posible. Había visto centenares de ellos en las calles, agolpándose en la entrada,

apretujándose en los correctores, desfilando hacia aquí—o desde aquí en la secuencia de tiempo normal — procedentes de esta habitación pequeña...

Ahora quedaban pocos Hagroon en el vestíbulo; estaban de pie, escuchando la silenciosa arenga de un oficial profusamente adornado con chapas y lentejuelas de latón. Retrocedían precipitadamente al interior de la habitación. Llegaron los oficiales procedentes de lo alto, se agruparon en breve conciliábulo y retrocedieron seguidamente a través de la puerta. Fui tras ellos... y me quedé clavado en el sitio.

Un disco reluciente de unos tres

metros, carente de sustancia, flotaba en el aire a un par de pulgadas del suelo de piedra, sin llegar a rozar el techo abovedado Y polvoriento del depósito abandonado. Mientras yo miraba uno de los restantes oficiales Hagroon se acercó de espaldas al disco, agazapóse ligeramente y dio un salto atrás a través del disco, desapareciendo con la magia de un conejo en el sombrero de un ilusionista. Ya quedaban dos Hagroon. Uno de ellos retrocedió de espaldas al disco, lo atravesó de un salto. El último habló izando un —instrumento pequeño que sostenía en la mano, miró a su alrededor, ignorándome por completo.

Y, también él saltó a través del disco, desapareciendo.

Estaba ante prodigios que, comparados con los vehículos del Imperio, convertían a estos últimos en algo primitivo y frágil como un cochecito de niño. Pero no había tiempo que perder en divagaciones. Ésta era una entrada desde algún otro espacio a Estocolmo de tiempo nulo. Los Hagroon habían penetrado por él, aunque yo ignoraba desde dónde. Había un método empírico y simple de encontrar respuesta para la pregunta...

Me acerqué al disco parecido a la superficie de un estanque, suspendido en la penumbra. Más allá de esta misteriosa superficie plana no se veía nada. Apretando los dientes, pensé que ojalá no me equivocara, y di un paso adelante,

a través del disco.

Comprendí en seguida que me hallaba en tiempo normal —que corría hacia atrás, sin duda en la misma habitación—, pero estaba en una honrada oscuridad, lejos de la penetrante luz mortal del tiempo nulo. Las figuras grotescas de los Hagroon me rodeaban, llenando casi hasta los topes el limitado espacio de la habitación, desbordándose por el corredor, indiferentes, al parecer, por la falta de iluminación.

Reconocí a los oficiales, vistos momentos antes, que fueron los últimos en trasponer los portales — o los primeros, en tiempo normal —, los pioneros delegados para reconocer con

antelación a las fuerzas principales, a las hordas que desfilarían hacia los Garajes de la Red. Seis semanas atrás —o esta noche: daba lo mismo en uno u otro caso —me los encontraría aquí, embarcando en sus vehículos del tiempo para regresar a la línea del mundo Hagroon una vez cumplida su misión.

Pero ahora, debido al milagro de mi movimiento retrógrado en la corriente del tiempo, presenciaba los sucesos a la inversa: las tropas victoriosas después de su triunfo sobre la ciudad dormida, dispuestas a llenar las calles para revalidar su ataque con gases.

Observé que muchos Hagroon llevaban barriles pesados y otros

retiraban recipientes de un montón apilado en el corredor, echándoselos a los hombros. De dos en dos y de tres en tres, se alejaban desfilando de espaldas por los pasillos, las escaleras y volvían a las calles muertas. Me contuve cuando iba a seguirles. Algo hurgaba en mi subconsciente. Tenía que actuar ahora, inmediatamente, antes de que pasara mi última oportunidad. Los acontecimientos fluían inexorablemente hacia su conclusión inevitable mientras yo me devanaba el cerebro, confuso, vacilante. Costaba pensar y orientar mis ideas en la desencajada perspectiva del tiempo invertido, pero tenía que obligarme a analizar lo que estaba viendo y reconstruir el ataque.

Los Hagroon habían llegado a los Garajes de la Red. Allí vi sus vehículos del tiempo. Era el lugar perfecto para un ataque inesperado y, gracias a las características emanaciones de las ondas transmisoras, una posición fácil de establecer para fines de navegación.

Desde allí habían atravesado la ciudad vacía en tiempo nulo, dirigiéndose al Cuartel General del Servicio de Inteligencia, un centro conveniente desde el cual lanzar el ataque, con infinidad de sótanos oscuros... y acaso hubiera también un elemento de humor sarcástico en su elección del escenario...

Después, las tropas habían salido a

las calles a través del portal, en la medianoche real de la ciudad, lanzando los gases... Y ahora yo estaba presenciando el final de este ataque.

Seguidamente habían regresado, atravesando de nuevo el portal, a sus vehículos del tiempo en tiempo nulo... Era el éxodo que había contemplado...

Sin embargo, ¿por qué el ataque con gases a una ciudad que iba a ser aniquilada al mismo tiempo que el resto del planeta?

Muy sencillo: los Hagroon necesitaban paz y tranquilidad para levantar su máquina de discontinuidad... Y necesitaban estar seguros de que la máquina infernal funcionaría

regularmente durante el tiempo preciso para que ellos regresaran atravesando su portal en tiempo nulo, embarcaran en sus vehículos del tiempo y abandonaran la línea-A sentenciada. Mediante el ataque con gases a la ciudad se aseguraban la tranquilidad para perpetrar el asesinato de un universo.

Porque mataban mucho más que a un mundo. Era un planeta, un sistema solar, un cielo lleno de estrellas, hasta los confines del tiempo concebible y más allá... un aspecto único e insustituible de la realidad, para ser eliminado para siempre de la faz de los continuos, porque un mundo, una insignificante mota de polvo en ese universo, representaba una posible

amenaza para la seguridad de los Hagroon...

Era un complot abominable... y transcurrían velozmente los momentos durante los cuales yo podría hacer algo para desbaratarlo. En ese preciso instante, en alguna parte, había un pelotón trabajando en los preparativos del artefacto fatídico. Y si me retrasaba unos minutos nada más en encontrarlo, sería demasiado tarde o ¡demasiado pronto! La máquina sería desmontada por separado y sus piezas transportadas a los vehículos del tiempo por hombres que caminaban hacia atrás... y entonces sería completamente imposible volver a darles alcance. Tenía que encontrar la máquina... ¡ahora!

Miré a mi alrededor. Hagroons, acarreando barriles vacíos, continuaban caminando de espaldas por el corredor. Sus oficiales gesticulaban y se veían los movimientos de sus rostros a través de sus viseras. Un individuo, sin casco, me llamó la atención. Vino desde el lado opuesto por el estrecho vestíbulo y se aproximó con paso vivo al Hagroon que dirigía la operación barriles. Le precedían dos Hagroons de alto rango. Se volvieron para ir a reunirse con un grupo que retiraba envases vacíos de un montón y se los cargaban a la espalda. El que no llevaba casco habló al oficial; ambos asintieron con la cabeza, hablaron un poco más y seguidamente el primero de ambos se alejó de espaldas

por el vestíbulo, distanciándose de la escalera. Titubeé unos instantes y fui tras él.

A unos quince metros penetró en un almacén muy parecido al que contenía el portal. Había allí otros cuatro Hagroons agachados en torno de un trípode macizo que sostenía una sólida construcción; al lado, en el suelo, había la caja del mismo.

Me acompañaba la suerte. Había encontrado la máquina de discontinuidad. En el mismo momento en que vi la máquina comprendí lo que debía hacer.

Mientras dos Hagroons interrumpían su trabajo, con expresión

cómicamente intrigada, fui a la plataforma, agarré la sólida caja de embalaje y la levanté. Se desprendió fácilmente. Aunque invertido, mi ritmo de tiempo ligeramente acelerado me daba un extra de fuerza bruta.

Retrocedí un paso, abrazando el horrible artefacto contra mi pecho y notando el zumbido del cronometrador... Pero quedé atónito al ver que aún se encontraba en el mismo sitio y que en mis manos había su duplicado. Los técnicos Hagroon proseguían su labor normalmente. Pero es que yo aún no había aparecido, creando la paradoja ante sus miradas sobresaltadas...

Corrí hacia la puerta, crucé el pasillo, subí la escalera y emprendí una

carrera en dirección a los Garajes de la Red.

Cubrí la distancia en veinte minutos, a pesar de mi carga entorpecedora, imponiéndome la obligación de ignorar el ataque con gases a mi alrededor. Hagroon uniformados taconeaban, caminando hacia atrás, por las calles bien iluminadas, bajo una nube de gas parduzco que parecía aliarse y fundirse ante mi mirada. Corriendo unas veces y andando otras, descansando el peso que acarreaba ora en un lado ora en el otro, sudando abundantemente dentro del traje. Estaba cercado por el gas y deseé que mi traje fuera tan hermético como Dzok me había asegurado.

En los garajes había algunos Hagroon en actitudes indolentes que deambulaban entre los vehículos aparcados, o bien miraban por las amplias puertas hacia las calles de la ciudad donde se desarrollaba la acción. Pasé inadvertido por su lado, me acerqué al último vehículo de la hilera... la misma máquina a la que subí la otra vez. Sabía que tenía controles que lo dirigían automáticamente a su línea-A de origen... el mundo Hagroon.

Abrí la portezuela, dejé mi carga sobre el suelo metálico de color gris, la empujé hacia el interior y luego consulté el reloj de pared. Dzok y yo calculamos que el artefacto entró en acción a las dos a.m. exactamente. Eran ahora las diez

cuarenta y cinco: faltaban tres horas quince minutos, para el minuto 111. Y desde la línea Cero-Cero a la línea Hagroon el vehículo invirtió en su tránsito tres horas veinticinco minutos.

Tenía que matar el tiempo durante diez minutos...

La máquina de discontinuidad había comenzado la cuenta hasta alcanzar el momento de actividad cataclismológica... la descarga titánica de energía que liberaría la estasis que constituía la materia de realidad para esta línea de existencia alterna. La había arrebatado de las manos de sus constructores cuando estaban

completando su instalación. Funcionaría cuando llegara el momento. Lo que planteaba problemas ahora era el vehículo. Subí al mismo y examiné los controles. Eran bastante sencillos. Un cable fiador acoplado al conmutador principal de campo...

Salí de nuevo, encontré un trozo de cuerda de piano encima de un banco de trabajo del garaje la amarré a la palanca pintada de blanco que controlaba los generadores del vehículo y extendí el cable a través de la portezuela. Faltaban cinco minutos.

Era importante calcular el tiempo con la máxima exactitud. Observé el retroceso de las manecillas del reloj: las diez y treinta y cuatro, las diez y treinta

y tres, las diez y treinta y dos, las diez y treinta y uno. Se produjo una leve vibración en el vehículo...

Cerré la portezuela cuidadosamente, cerciorándome de que el cable quedaba despejado, luego lo cogí y le di un fuerte tirón. El vehículo pareció dar un bandazo. Rieló, despidió una luz trémula durante un instante y luego se quedó inmóvil, firme y sólidamente colocado.

Respiré: el ejemplo de la máquina me había prevenido. Los resultados de mis acciones en objetos externos no eran visibles para mí, pero había puesto en camino al vehículo del tiempo. Lo que ahora tenía ante mis ojos era su realidad pasada.



## CAPÍTULO XV

En la calle el ataque estaba en pleno apogeo. Vi a un hombre que se levantaba del arroyo, como una marioneta suspendida por hilos y, cogiéndose el cuello, corría hacia atrás, de espaldas, entrando en un edificio... Un cadáver resucitado de entre los muertos.

Ahora la nube parda flotaba a poca altura por encima del asfalto, una capa baja de gas mortal. Un largo penacho de humo fluyó hacia un Hagroon, se introdujo por la boca de su lanzagases. Se formaron otros penachos de humo

que retrocedían en el aire volviendo a la posición de los atacantes. Estaban contemplando la escena invertida del ataque con gases: los invasores inundando las calles con el veneno que diezmaría la población. Les seguí mientras la nube venenosa se hacía compacta, se separaba y fluía de nuevo, hacia atrás, al interior de los recipientes lanza-gases de donde había brotado.

Ahora podía ver a los invasores con su carga a cuestas, retrocediendo de espaldas hacia la mole oscura del Cuartel General de Inteligencia. Les seguí confundiéndome entre ellos. Atravesamos las puertas, recorrimos el pasillo, descendimos por la angosta escalera y entramos de nuevo en el

almacén desierto donde pasaron en desfile de pesadilla a través del disco reluciente, regresando al tiempo nulo y a los vehículos que les esperaban.

Ante mí se abrían varias posibilidades y la acción que escogiera tenía que ser la acertada... Un error costaría la vida de todo un universo.

Cruzó el portal el último de los Hagroon, de vuelta al tiempo nulo, regresando a los Garajes de la Red para abordar sus vehículos y desaparecer rumbo a su horrendo mundo. El portal se levantaba en la habitación vacía, expectante, mientras transcurrían los minutos... minutos de tiempo subjetivo durante los cuales yo retrocedía inexorablemente, siempre atrás, hasta el

momento en que los Hagroon activaron el portal por primera vez... Y bruscamente lo vi empequeñecerse, reducido a un punto de increíble brillo y extinguirse finalmente.

Parpadeé en la oscuridad y entonces encendí una lámpara pequeña alojada en el panel del pecho del traje, cuyo propósito era facilitar la lectura de mapas e instrumentos durante el tránsito por los continuos sin luz. Gracias a la misma, distinguí los vagos contornos de la habitación, las polvorientas calas de embalaje, el suelo sucio... y nada más. Ahora tenía la convicción de que el portal no requería ningún aparato de foco para establecer su círculo de congruencia entre el tiempo nulo y el

real.

Aguardé un cuarto de hora, dando tiempo para que los Hagroon abandonaran las proximidades del portal, mientras consultaba los controles de mi muñeca y repasaba las instrucciones de Dzok. Después hice girar el botón que me impulsaría en retroceso a través de la barrera y Al tiempo nulo. Sentí que el universo se trastornaba mientras las paredes giraban a mi alrededor después me encontré en tiempo nulo, a solas, respirando con dificultad, pero sin novedad.

Miré en torno y vi lo que buscaba: una caja metálica, colocada sobre una tarima, semioculta por una pila de cajones: la máquina portal.

Acercándome, le puse una mano encima. Emitía un débil zumbido, preparada para servir a sus monstruosos propietarios cuando llegaran dentro de algunos minutos en el tiempo normal.

Había herramientas en el maletín de cuero acoplado al brazo de mi traje. Saqué un destornillador y extraje los tornillos. Una vez desprendida la tapa de la caja, encontré un laberinto de componentes bastante familiares. Estudié los circuitos, reconociendo un serpentín moebius análogo al que formaba el corazón de mi traje-T.

Empezó a cobrar forma el germen de una idea... Era una estratagema imposible probablemente, difícil sin duda alguna, y casi impracticable,

aunque yo poseyera el conocimiento técnico necesario para llevarla a la práctica... Pero la idea ofrecía perspectivas tan gratas que empecé a sonreír con satánica complacencia mientras contemplaba la máquina entre mis manos. Dzok me había explicado algunas cosas cerca del funcionamiento del traje-T... Y estuve presente mientras modificó los circuitos en dos ocasiones. Ahora tocaba el turno de intentarlo. Si lo conseguía...

Veinte minutos después había hecho todo lo posible. Era bastante sencillo en teoría. El enfoque del portal se controlaba por medio de un simple mecanismo de capacitancia nuclear, sintonizado por un campo cíclico de

gravitación. Invertiendo los contactos como hizo Dzok al juntar el traje para que me impulsara atrás en el tiempo cuando crucé los continuos, había modificado la orientación del efecto de los lentes. Ahora, en vez de establecer congruencia a un nivel de paridad temporal, el portal establecería contacto con un nivel de tiempo en el futuro... tal vez de una semana o dos. Ahora podía retroceder, invertir la acción del traje y dar la alarma. Seguramente les haría razonar si disponía de unas dos semanas para convencer al servicio de Inteligencia Imperial de que no era un demente de cierto parecido con un tal B. Bayard. Cierto que surgirían problemas como el de la existencia simultánea de

dos ex diplomáticos del mismo nombre, pero eso carecería de importancia si podía evitar la destrucción total que acechaba entre bastidores.

Coloqué la tapa en su sitio y tuve por primera vez la corazonada de que mi absurda jugada podía resultar... que al alcanzar atrás en el tiempo a un punto previo al ataque Hagroon, podría cambiar el curso de los inminentes acontecimientos.

Si acertaba, los invasores a quienes vi salir del portal jamás llegarían... jamás habían llegado, el ataque con gases sería relegado al reino de las posibilidades irrealizables y los habitantes de la ciudad que ahora dormían apaciblemente despertarían por

la mañana ignorando su propia muerte de la que habían resucitado...

Era un pensamiento impresionante. Había hecho todo lo que podía hacer aquí. Había llegado el momento de irme. Resistí con el estómago la presión del campo del tiempo nulo del traje-T, invertí el control...

Parpadeé, dejando que mis sentidos revirtieran el enfoque. Estaba de retorno en tiempo real, en el almacén oscuro y desierto. No había rastro del portal y ahora, si mis cálculos eran correctos, no lo habría durante mucho tiempo. Entonces los sobresaltados Hagroon se enfrentarían con el fuego de los soldadas imperiales.

Una vez en el vestíbulo, me mojé los labios con la lengua, reseco de pronto como los de un maniquí. No me atraía dar el siguiente paso. Era peligroso revolver en mi traje y ya tenía suficiente con las audaces experiencias de la noche. Pero debía dar ese paso.

Había una luz tenue... demasiado difusa para trabajar bien. Subí al corredor de la planta baja por la escalera, y allí vi a un grupo de hombres que atravesaban de espaldas el vestíbulo de entrada. Reprimí el impulso de soltar gritos de alegría: ellos no podrían oírme. Eran tan impermeables como los Hagroon a los sonidos del pasado. Yo era un fantasma moviéndome en un mundo irreal de recuerdos vivientes que

desfilaban al revés coma las imágenes de un álbum de fotos hojeada desde el fin hasta el principio. Y cuando hubiera invertida la acción del traje-T me quedaría aún el problema de conseguir que alguien me creyera.

Debía reconocer que era difícil que alguien tomara en serio mi historia cuando mi doble -otro yo- podía negar mi autenticidad. Y nada habría cambiado. Yo... el «yo» de seis semanas atrás, sin las cicatrices acumuladas desde entonces, se encontraba en casa – ahora- cenando en mi suntuosa villa, con la incomparable Barbro, dispuesto a recibir una misteriosa llamada telefónica... y hete aquí que aparecía yo

entonces, andrajoso, sucio, sin afeitarse y diciendo tonterías. Pero esta vez al menos dispondría de algunos días para convencerles.

Entré en el corredor transversal, encontré un despacho vacío, cerré la puerta con llave y encendí la luz. Entonces, sin detenerme a considerar las consecuencias de un error de cálculo, accioné el mecanismo de energía del traje para anularla. Bajé la cremallera, me quieté el casco y el traje, eché un vistazo a la habitación. Todo parecía normal. Me acerqué a la mesa escritorio y cogí el cortapapeles de mango negro... viendo, con deprimente sensación, que encima de la mesa permanecía el duplicado del que sostenía en mi mano.

Tiré de nuevo el cuchillo y desapareció al instante, absorbido por el flujo del tiempo normal.

Era lo que temía: incluso sin llevar el traje puesto, yo vivía en sentido inverso.

Saqué de nuevo el equipo de herramientas y lo utilicé para abrir el dispositivo de control del pecho. Sabía qué cables debía invertir. Con infinito cuidado coloqué los filamentos delgados como cabellos en posiciones distintas, dejándome guiar por la intuición cuando no podía recordar lo que vi hacer a Dzok. Si hubiera sabido que tendría que hacer solo ese trabajo, le habría pedido a Dzok que me entregara algunos apuntes útiles. Pero los dos, debido a la

excitación momentánea, olvidamos que yo me deslizaría retrocediendo atrás en el tiempo en cuanto se activara el traje, se encontraba ahora fuera de mi alcance, a varias horas en el futuro.

Terminé por fin, con una fuerte jaqueca y un sabor repulsivo en la boca. Mi estómago vacío reclamaba alimento y al mismo tiempo amenazaba con la violencia si entretenía demasiado ese pensamiento. Casi durante cuarenta y ocho horas estuve operando sin comer, sin beber y sin descansar.

Me puse el traje otra vez, subí las cremalleras, demasiado cansado siquiera para preocuparme, accioné el control... y supe al instante que algo iba mal... muy mal.

No se produjo el tirón nauseativo acostumbrado que esperaba, sino una sensación de claustrofobia a causa de la presión y el calor. Me zumbaban los oídos y noté en la garganta una obstrucción al inhalar una bocanada de aire ardiente.

Me aproximé a la mesa escritorio con la sensación de acarrear plomo en las piernas. Recogí el pisapapeles que pesaba de forma muy extraña...

¡Estaba ardiendo! Al saltarlo lo vi chocar con impacto en la superficie de la mesa. Respiré de nuevo... y tuve la impresión de ahogarme. El aire era denso como el agua, caliente como vapor recalentado...

Exhalé una bocanada de cristales de hielo. Me fijé en la manga del traje. Estaba cubierto por una capa blanca. La toqué con el dedo y noté el calor que despedía. ¡Era hielo... hielo candente que se acumulaba en su traje! Aumentaba de grosor invadiendo la manga y la visera frontal del traje. Al doblar el brazo para eliminarlo, se agrietó la corteza que saltó a pedazos al suelo. Conseguí pasarme la mano por el visor de plástico. A través de la abertura despejada vi un espejo al otro lado de la habitación. Eché a andar en su dirección... pero mis piernas se esforzaron en vano. ¡Estaba clavado en el sitio, aprisionado por el hielo rígido como una armadura!

Ya tenía la visera recubierta de hielo. Intenté mover el brazo: también estaba rígido. Y lo comprendía de repente. Fueron completamente imperfectas las alteraciones que hice en los circuitos del traje. Había restablecido una dirección normal de progresión temporal, pero mi camino entrópico tenía una sola fracción de normalidad. Era una estatua de hielo... ¡un hallazgo interesante para el dueño del despacho cuando echara abajo la puerta al día siguiente, a menos que yo pudiera liberarme y cuanto antes!

Hice tensión con las piernas, apoyé el peso de mi cuerpo hacia un lado... y me sentí caer hasta chocar contra el suelo. El impacto rompió mi armadura

de hielo y actué rápidamente, levantando un brazo entumecido, tanteando en busca del botón de control con dedos casi helados...

Se produjo una repentina liberación de presión. Se aclaró la visera que ahora estaba cubierta de gotas de agua que titilaron hasta desaparecer. Mi figura despedía una nube cegadora al fundirse el hielo que se elevaba como el vapor. Me di impulso contra el suelo, me sentí rebotar en el aire llegando casi al techo, y caer de nuevo como un globo hinchado. Descendí apoyado sobre una pierna y noté otra presión al retorcerse el tobillo. Logré bajar el otro pie, me tambaleé y recobré el equilibrio, soltando palabrotas entre dientes a causa

del dolor en las articulaciones. Busqué a tientas el control, manoseé la fría superficie...

El botón de control había desaparecido. ¡Mis dedos entumecidos lo habían arrancado el accionarlo antes con excesiva faena! Me acerqué cojeando a la puerta, hice girar el tirador... Un dolor agudo penetró en mi mano. Me contempló la palma y vi que la piel estaba levantada. Tenía la fuerza de un Gargantúa y se me escapaba su control moderado. Mi ritmo entrópico estaba duplicado o triplicado. El calor de mi cuerpo sería suficiente para hacer hervir el agua. ¡A mi solo contacto se desprendía la pintura! Con precaución hice girar la cerradura de la puerta y

accioné el destrozado tirador. La puerta se movía pesadamente. La empujé para salir al vestíbulo... y quedé paralizado.

Un ejemplar Hagroon, de dos metros veinte, llenaba el hueco de una entrada al otro lado del corredor, a unos tres metros de distancia.

Retrocedí, pegado de espaldas contra la pared. No había contado con este factor. Probablemente era un explorador adelantado a la columna principal con varias horas de antelación. Había presenciado la marcha del último de sus compañeros por el portal. Eso me hizo suponer que no quedaba ya ninguno, pero si el portal hubiera sido activado por breves momentos, para someterlo a prueba, una hora antes...

Otra cuestión académica. Aquí estaba, enorme como un oso y doblemente feo, una mole protegida por un abultado traje adaptado para la atmósfera, que levantaba un brazo lentamente y avanzaba un pie, viniendo hacia mí.

Caí al apartarme de un brinco, cuando el Hagroon golpeó la pared en el sitio que ocupaba yo un instante antes... y la pared estaba socarrada y ennegrecida por el calor de mi cuerpo. Retrocedí un poco más, esta vez con cuidado. Le aventajaba en agilidad, pero si me atrapaba entre sus brazos destructivos... Estaba enloquecido... y asustado. Lo demostraba en su expresión, que veía a través de la oscura

visera. Quizá había estado en el sótano del portal, descubriendo la desaparición de su salida de escape. O tal vez se retrasaba la fuerza invasora... El corazón me dio un salto al comprender que había triunfado. Invertí una hora trabajando en el traje y acaso otra media hora dando tumbos en mi estado de tiempo lento, formando un témpano protector personal... y ellos no habían aparecido en escena. Ahora podía responder a los teóricos respecto a un punto: ¡un visitante del pasado podía modificar el futuro previamente visto, eliminándolo de la existencia! Pero el Hagroon que tenía delante ignoraba aspectos anormales de su presencia. Era un luchador preparado y entrenado para

retorcer los pescuezos de los pequeños humanos sin pelo, y yo correspondía a esta última descripción. Dio otro salto, un singular movimiento lento, sin gracia, patinó en el suelo y giró de nuevo para hacer otra tentativa...

Calculé mal mi distancia, sentí que me agarraba por la manga. Era rápido ese monstruo torpe y pesado. Me aparté al intentar zafarme de él y di un traspié... descubriendo que perdía el equilibrio. Fue a por mí mientras me debatía impotente en el aire. Una manaza enorme me atrapó por el brazo, atrayéndome hacia su inmenso torso. La presión fue aplastante y casi creí oír el crujido de mis costillas cuando la sangre me cubrió el rostro... El material de su traje

borbollaba, se retorció, se tornaba negro. Aflojó su mortal abrazo. Le vi la cara, su boca abierta y, distante, a través de su casco y del mío, oí su grito de agonía. Levantó las manos con los dedos estirados, despellejadas por las quemaduras del terrible calor de mi cuerpo. Aún así, se arrancó frenéticamente el plástico derretido de su pecho peludo, mostrando una ensangrentada quemadura de segundo grado desde la barbilla al ombligo.

Seguí oyendo y encajé el golpe con las manos abiertas, pero no pude evitar la sensación de desgarramiento de la piel de la barbilla y la salpicadura de sangre caliente. Luego no hubo nada más que un relámpago de estrellas y la dulce

e insondable negrura...

Permanecí de espaldas, oprimido el pecho por un frío ártico parecido a una prensa de hierro. Respiré penosamente, apoyé las manos en el suelo. Estaban entumecidas como las tenazas de un nevero, pero logré incorporarme sostenido por las piernas. Resaltaban contra el pulido suelo de madera las huellas ennegrecidas y una zona oscura donde antes estuve tendido... y mientras quemaba las superficies que iba tocando, reducían mi calor, helándome.

Había desaparecido el Hagroon. Vi la huella ensangrentada de una mano en la pared y otra más adelante. Se había dirigido a la escalera de servicio y, sin

duda, al almacén donde estuvo el portal. Tendría que esperar largo tiempo...

Me apoyé contra la pared, dominado por los escalofríos, entrechocando los dientes como en la rigidez de la muerte. Estaba harto de rescates del mundo en solitario. Había llegado el momento de que hubiera otro participante para repartirnos responsabilidades y honor... y, dicho sea de paso, para efectuar una delicada operación en mi traje-T averiado, antes de que me quedara congelado, me desplomara de bruces y fuera a parar al sótano por el boquete abierto a fuego en el suelo.

Regresé hacia el vestíbulo delantero impulsado por la vaga idea de

encontrar a alguien... tal vez a Richthofen. Estaba aquí esta noche. ¡El bueno de Manfred, arriba, ante su mesa escritorio, sometiendo a interrogatorio de tercer grado a un pobre diablo llamado Bayard, considerado como sospechoso porque otro pobre diablo, con el mismo nombre, estaba encarcelado a varios kilómetros de distancia, asegurando que él era Bayard y que se aproximaba el fin del mundo!

Llegué tambaleándome a la esquina, febril el rostro, sintiendo que me flaqueaban las piernas, cuya fuerza era absorbida por el terrible desnivel entrópico entre mi descarriado campo-E y el espacio normal de mi contorno.

Señor B, mala cosa es que ande

usted revolviendo máquinas que no entiende, máquinas hechas por una tribu de hombres-monos inteligentes que nos consideran, a los sapiens, poco mejores que maníacos homicidas... y ¡cuánta razón tienen, cuánta razón! Había caído y, a. gatas, observaba elevarse las espirales de humo entre mis dedos insensibles. Era gracioso. Como chiste sería de un efecto seguro. Palpé l a pared, haciendo saltar la pintura en ampollas, me incorporé y recorrí otros treinta centímetros en dirección hacia la escalera...

Pobre diablo ese Bayard: yo. Menuda sorpresa se llevaría si entraba en ese cuartito de abajo y se topaba con un Hagroon quemado, aterrado y lleno

de odio mortal... el resto patético de una operación planeada con tanto esmero que se frustró por haber omitido un par de factores insignificantes. Los Hagroon, tipos duros y muy suyos. ¡Ja! No supieron qué era realmente la sed de sangre hasta que se enfrentaron con ese sujeto ese tal Homo Sapiens. Pobrecillos monstruos, no les dieron ni una oportunidad... Otra vez abajo y una buchada de sangre. Esa vez debió ser un golpe tremendo, en pleno rostro. Acaso sirviera de algo. Ayuda a despejar la cabeza. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Tenía que ir corriendo a avisar al bueno de B. No puedo permitir que el infeliz entrase allí desprevenido. Debo llegar antes... conservo el revólver de

resorte... eliminar al individuo...

Experimenté la confusa impresión de que se me resistía una puerta contra la que me apoyaba y que se abría de golpe; y yo me caía rodando escaleras abajo, rebotando, muelle y sencillamente, como caería a una almohada... y, finalmente, la sensación de chocar contra el suelo frío y áspero, el peso y el dolor...

Vaya excursioncita interminable. A levantarse otra vez, notando que el frío subía por las piernas como un veneno lento... la nube de gas parduzco enroscándose por las piernas, extendiéndose por la ciudad. Tenía que avisarles, decirles...

Pero no me creen. Locos. No lo creen. Dios, cómo duele... y el corredor largo, oscuro, se pierde a lo lejos, y la luz se intensifica y disminuye, se intensifica y...

¡Ahí está! Dios, vaya monstruo. Pobre monstruo, herido, agazapado en el rincón, gimiendo y bamboleándose. Ahora me ve y se incorpora torpemente. ¡Y hay que ver qué dientes los suyos! A su lado Dzok es un roedor. Viene hacia mí. Saca el revólver, pálpalo, ahora en tu mano, sostenlo, aprieta...

El arma se caía de mis manos baldadas, se deslizaba hasta el suelo y yo lo buscaba a tientas con manos como tocones, presintiendo la forma maciza de mi lado, rondándome...

Al diablo el revólver. Tampoco podría oprimir el gatillo. Amigo mío, lo que se impone ahora es actuar con rapidez. Dale un golpe bajo y su peso hará el resto, utiliza la fuerza del adversario contra sí mismo, judo en cinco lecciones, las clases empiezan el lunes...

Un golpe escurridizo y patiné por el suelo, oyendo, incluso a través del traje, el ¡plaf! producido por el cráneo duro del Hagroon chocando contra la esquina de una caja de acero, y el tremendo batacazo al desplomarme al suelo. Otra vez me encontraba a gatas, sin sentir va el sucio, sin sentir nada... Tú levántate de nuevo y cerciérate...

Me puse de pie, apoyándome en una caja enorme colocada convenientemente a mi lado, di tres pasos vacilantes y me incliné sobre él. Vi la mancha de sangre, el suave chorro de fluido que brotaba de su herida encima de la oreja, el borrón rojinegro del interior del casco. Okey, señor Hagroon. Me diste guerra, pero esa puñada baja y la damisela suerte fueron excesivas para ti, y ahora...

Oí un ruido en la puerta. Allí había un hombre apenas visible en la luz trémula del inminente desmayo. Incliné el cuerpo hacia adelante, con mirada escudriñadora con la extraña sensación de algo déjà vu, algo visto ya antes...

Vino hacia mí, con movimiento

retardado, y parpadee, pasándome la mano por la visera cubierta de vaho. Estaba en el aire, ejecutando un salto de sueño, alargando las manos hacia mi. Me infundí ánimos para retroceder, tendiendo la mano como si quisiera evitar un destino indecible...

Chascaron chispas largas y rosadas de su mano a la mía mientras permanecía suspendido como un buceador a mitad de un salto desde el trampolín. Oí un ruido como el que produce la grasa al freírse y por un increíble instante vi el rostro que tenía delante...

Después una explosión silenciosa convirtió el mundo en una blancura cegadora que me arrojó a la nada.



## CAPÍTULO XVI

Era una cama maravillosa, amplia, fresca y limpia, y el sueño también era un prodigio. El rostro de Barbro, perfecto como la concepción que tendría un artista de la diosa de la caza, enmarcado por sus cabellos oscuros rojizos en un halo de luz sedosa.

Justo detrás de la rosada visión había un montón de pensamientos negros clamando por ser sacados a la luz y revisados, pero esa vez no mordería el anzuelo. No, señor, tenía suficiente con el sueño estupendo, pero ojalá no me abandonara con el recuerdo de forma,

oscuras que se movían en túneles hediondos... y el dolor, la pérdida, el malestar del fracaso y la esperanza, muerta...

El Sueño se inclinó un poco más y había lágrimas en sus ojos grises de color de humo, pero la boca sonreía y tic pronto se apretó contra la mía y besé unos labios cálidos y suaves... labios de verdad, no como esos labios caprichosos que en los sueños siempre nos esquivan.

Levanté una mano, noté un peso de yunque y vi un enorme bulto de vendaje blanco.

—¡Barbro! —exclamé con una voz que me sonó a graznido.

¡Manfred! ¡Está despierto! ¡Me reconoce!

¡Ah, muy mal tendría que estar el hombre que no te reconociera, querida! —dijo una voz fría. Apareció otro rostro, menos bonito que el anterior, pero simpático de todos modos. El barón Von Richthofen me sonreía, preocupado y excitado a un mismo tiempo.

—¡Brion! ¡Brion! ¿Qué Sucedió? —Las yemas frías de los dedos de Barbro me acariciaban la cara—. Tardabas tanto en regresar a casa que llamé y Manfred me dijo que habías salido... Entonces registraron el edificio y encontraron huellas de pies,

quemaduras...

—Más vale que no le atosigues ahora —murmuró Manfred.

—No, por supuesto que no—. Me cayó en la cara una lágrima ardiente, y Barbro, sonriendo, la enjugó—. Pero estás a salvo, esto es lo que importa. Descansa, Brion. Ya lo pensarás más tarde...

Intenté hablar para decirle que todo iba bien, que no se fuera... Pero desvaneci6se el sue6o y me cubri6 el sue6o cual espuma de jab6n perfumado, y me dej6 ir, sumergi6ndome en sus verdes profundidades.

Despert6 con hambre la segunda

vez. Barbro estaba sentada junto a la cama, mirando a través de la ventana a un árbol primaveral, de tonalidades verdes y doradas bajo el sol del atardecer. Permanecí quieto un rato, contemplándola, admirando la curva de su mejilla, la línea del cuello, las pestañas claras y oscuras...

Se volvió y una sonrisa cálida como el sol que asoma en el cielo después de una lluvia de primavera penetró a través de mis vendajes.

—Me encuentro perfectamente — dije. Esta vez me salió la voz áspera, pero reconocible.

Sobrevino un período de tiempo agradable hecho de palabras susurrarlas,

deliciosas bobadas y muchísimos besos suaves como plumas. Después entró Manfred, y Hermann y Luc y el ambiente se tornó más práctico y concreto.

—Dime, Brion—dijo Manfred mita de n serio, mita de n broma—. ¿Cómo te las arreglaste para dejar mi despacho, desaparecer durante media hora y reaparecer sin conocimiento junto a un ser simiesco, vestido con una indumentaria propia de un baile de disfraces extravagantes, con una barba de tres días, con veintisiete cortes, magulladuras, contusiones, y eso sin contar l a s quemaduras d e segundo grado, síntomas de congelación y un diente roto?

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

Me lo dijo, había estado inconsciente durante cuarenta y ocho horas. Dos días después de la hora prevista para la invasión... y los Hagroon no habían aparecido.

—Escucha —dije—. Lo que voy a contarte resultará un poco increíble, pero si recuerdas el cadáver hallado a mi lado, supongo que procurarás...

—Un ser verdaderamente singular, Brion —dijo Hermann—. Imagino que te atacó y eso explicaría hasta cierto punto tus heridas, pero respecto a las quemaduras...

Se lo expliqué y me escucharon. Tuve que interrumpirme dos veces para descansar y durante una pausa ingerí un

plato de caldo de gallina; pero no olvidé nada.

—Esto es todo —dije para terminar—. Ahora ya podéis decir que todo ha sido un sueño; pero a ver si procuráis explicarme cómo soñé con el Hagroon muerto.

—Tu historia es imposible, ridícula, fantástica, fruto evidente de una mente trastornada —dijo Hermann—. Y creo que es absolutamente verídica. Mis técnicos han presentado informes muy extraños de los instrumentos de Control de la Red. Lo que has dicho corresponde con las observaciones hechas. Respecto al detalle de tu garabito al reajustar el portal a fin de devolver a los invasores a un nivel temporal de semanas en el

futuro, lo encuentro sumamente interesante...

—Ignoro a qué distancia los desvié—dije—. Ocupaos de prepararles un buen comité de recepción para cuando lleguen.

Hermann carraspeó.

—A eso iba a referirme, Brion. Tú mismo has comentado tus deficientes aptitudes para la modificación de complicados aparatos MC... y, por cierto, me ha dejado admirado el traje que te has traído de tus viajes. Es una maravilla... pero estoy divagando.

—Dijiste que reajustaste el portal desviando a los Hagroon hacia el futuro. Sin embargo, temo que les hayas

lanzado allende el nivel de tiempo de nuestra línea Cero- Cero...

Se produjo un breve silencio.

—No lo entiendo —dije—. ¿Dices que ya nos han invadido... el pasado mes?

—Todavía no puedo calcular el exacto desplazamiento temporal, pero está claro, Brion, que fueron hacia atrás, no hacia adelante...

—Eso ya poco importa —dijo Barbro—. Dondequiera que estén, ahora ya no nos importunan... ¡gracias a tu valentía, héroe mío!

Todos se echaron a reír y mis orejas se pusieron al rojo vivo. Manfred aludió a la figura ígnea.

—Qué sensación tan extraña al encontrarte frente a frente con tu propio yo...

—Y eso me recuerda... —dije rompiendo el súbito silencio—. ¿Dónde está... mi otro yo?

Nadie contestó. Al fin Hermann hizo chasquear los dedos.

—¡Creo que encontré la respuesta! Es un interesante problema planteado en la física del continuo... pero creo que puede aceptarse como axiomático que la paradoja de una confrontación cara a cara de identidades es intolerable a la estructura de la realidad simultánea. Por eso, al producirse la confrontación... ¡algo tiene que ceder! En este caso, la

intolerable tensión entrópica fue aligerada por la desviación de un aspecto de este ser, lo que lleva al plano que tú llamas tiempo nulo... donde encontraste al Hagroon, lanzándose a tu extraña aventura.

—Dzok, tu amigo... —dijo Barbro—. Tenemos que hacer algo, Manfred, para ayudar a esa gente a luchar contra eso: monstruos peludos. Podríamos mandar tropas...

—Temo que olvidas las complicaciones a las que aludió Brion en relación con la disposición de la máquina de discontinuidad, querida —dijo Hermann. Había un destello de feroz diversión en sus ojos—. Teniendo en cuenta la cuidadosa sincronización de

su operación, invagino que el vehículo Hagroon del tiempo que llevaba el aparato de destrucción llegó a la hora fijada a la línea del mundo Hagroon... justamente cuando lo accionó el cronometrador. Los Xonijeelianos no deben temer una invasión Hagroon. Nuestro Brion los ha eliminado de la lista de amenazas activas del continuo.

—Dzok llevaba razón —dijo Manfred con tristeza. Somos una raza feroz. Pero acaso sea ley de la naturaleza que nos creó...

—Y tenemos el deber de ayudar a las pobres gentes de estas líneas-A subdesarrolladas tecnológicamente — dijo Barbro—. ¡Pobre Olivia que sueña en un mundo

que jamás conocerá porque nosotros nos reservamos, por egoísmo, sus tesoros...!

—Estoy de acuerdo contigo, Barbro —dijo Manfred—. Debe producirse un cambio de política. Pero aro es tarea fácil llevar lo que nosotros llamamos civilización y cultura a un mundo ignorante. Hagamos lo que hagamos, siempre habrá quien se oponga a nosotros. Por ejemplo, ese Napoleón V. ¿Cómo reaccionará a la proposición de ser vasallo de nuestro emperador?

Barbro me miró.

—Estuviste bastante enamorado de esa Olivia, Brion —dijo—, pero te perdono. No soy tan estúpida como para invitarla a vivir en casa, pero debes

procurar traerla aquí. Si es tan encantadora como dices, tendrá muchos pretendientes...

—No posee ni la mitad de tu encanto —dije—, pero creo que sería un hermoso gesto... Se oyó un taconeo junto a la puerta Entró un muchacho con chaqueta blanca, respirando con dificultad.

—Una llamada para usted, herr Goering —dijo—. El teléfono está en el vestíbulo.

Salió Hermann, dejándonos hablando... Se formularon numerosas preguntas que recibieron extrañas respuestas.

—En cierta manera —dijo Manfred

—, es una lástima que tu celo aniquilara completamente a los Hagroon, Brion. Una tribu nueva de hombres de remota relación con nosotros, pero dueños de elevada inteligencia, cultura técnica...

Regresó Hermann, retorciéndose el lóbulo de la oreja y parpadeando con perplejidad. Acabo de hablar con el Laboratorio de la Red —dijo—. Han calculado el destino de tus invasores Hagroon, Brion. Trabajaron basándose en los vestigios registrados por nuestros instrumentos durante el período de los últimos cinco años...

—¿Cinco años? —preguntaron varias voces.

—A partir de la fecha en que se

instaló nuestra instrumentación actual perfeccionada —dijo— se han observado lecturas anómalas que en el pasado nos vimos obligados a aceptar como una desviación normal, aunque inapreciable, de los valores calculados. Ahora, contando con el informe de Brion, podemos darles una nueva interpretación.

—Sí, sí. Hermann —dijo Manfred, apremiante Ahórranos las pausas dramáticas de efecto...

—¡En pocas palabras, Barbro, caballeros, los Hagroon han sido arrojados a cincuenta mil años en el pasado mediante el ingenioso reajuste que hizo Brion a su portal!

Se hizo un silencio de absoluta estupefacción. Me oí reír con un cloqueo estridente.

—De modo que lo lograron... con cierta anticipación Y si trataron de retroceder... saltaron a una línea-A que había sido retirada para ellos...

—No creo que haya sucedido así —dijo Hermann—. En mi opinión, han alcanzado a salvo la era neolítica... dónde aun permanecen. Creo que se han adaptado a su repentina degradación a una condición técnicamente inferior, esos centenares de proscritos en el tiempo. Y, según creo, jamás perdieron el odio contra los seres distintos a ellos que encontraron en aquel frío país del norte de hace cincuenta mil años.

»No. estuvieron aislados allí en la época de los mamuts y los glaciares. Y allí dejaron los huesos que han hallado nuestros arqueólogos modernos dándoles el nombre de Neandertal...

FIN

## SOBRE EL AUTOR

John Keith Laumer (1925 - 1993) fue un escritor estadounidense de ciencia ficción. Antes de convertirse en escritor a tiempo completo, fue oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y diplomático de ese país.

Es conocido principalmente por sus novelas sobre viajes en el tiempo y paradojas (como "Al otro lado del tiempo", o "La Huella de la Memoria"), y especialmente por su serie de novelas Bolo y Retief. Esta serie de novelas (de las que escribió más de veinte) trata

sobre tanques que eventualmente se vuelve inteligentes tras siglos de mejoras constantes debido a luchas contra diversas especies alienígenas. Un diplomático cínico es el principal protagonista de la mayoría de ellas, y están influidas en gran medida por el trabajo de Laumer para el Servicio de Asuntos Exteriores.

"Al otro lado del tiempo" se establece en otra de sus series más elaboradas: Imperio, un mundo donde convergen gran cantidad de líneas temporales, vigilado por la línea Estocolmo: un mundo dónde la revolución americana nunca se produjo y Gran Bretaña y Alemania se fusionaron para formar un gran imperio

en 1900. Esta serie se compone de 10 novelas independientes entre sí.

Fue un escritor muy prolífico en la década de los 60 y 70 del siglo pasado, abarcando gran cantidad de temas, desde el viaje del héroe, hasta la new wave, pasando por comedias y óperas espaciales. En 1971 sufrió un derrame cerebral, lo que le mantuvo sin escribir durante varios años, y cuando recuperó la carrera de escritor nunca volvió a recuperar la calidad que habían atesorado sus trabajos anteriores.

También fue antologista, y recibió cuatro nominaciones por sus relatos

cortos ("En la cola" estuvo nominado a ambos premios).